Bogotá contada 6





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.



LIBRO AL VIENTO CAPITAL

Bogotá contada 6



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Marcela Trujillo Quintero, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa,Yenny Mireya Benavídez Martínez, María Eugenia Montes Zuluaga, Óscar Javier Gamboa Arévalo, María Camila Jaramillo Laverde, Equipo del Área de Literatura

CÁMARA COLOMBIANA DEL LIBRO
Enrique Gómez Villa, Presidente Ejecutivo
Sandra Pulido Urrea, Gerente de Ferias

Primera edición: Bogotá, septiembre de 2019

Camilo Andrés Rojas Tello y Nicolás Medina, Anfitriones Bogotá Contada 6
Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
978-958-5487-99-4, isbn digital
978-958-5487-98-7, isbn
Unión Temporal Idartes, Impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.° 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Manuvo Colobia sas/ Mákina Editorial, Conversión a epub
https://makinaeditorial.com/

Contenido



Bogotá, contada una vez más

Con esta edición, la serie de «Bogotá contada» alcanza ya 52 escritores de 17 países diferentes. De esta manera la ciudad sigue desplegándose y desdoblándose en las plumas de los más diversos creadores, multiplicando los relatos y visiones que existen sobre ella y asentándose con cada vez más fuerza en el panorama literario continental.

Al igual que ha venido sucediendo en las anteriores entregas, y esta no es la excepción, la ciudad se ha revelado como un semillero inagotable de historias. Incluso los textos que se produjeron simultáneamente y sobre las mismas vivencias, como en el caso de la primera edición de *Bogotá contada*, dan un espectro muy interesante. Podemos afirmar que aún existe espacio para muchos volúmenes de esta serie, pues cada escritor es un mundo y nuestra ciudad se les ha mostrado de maneras tan íntimas como originales.

Inaugura este volumen «Bogotá, una sinfonía», del colombiano Nicolás Buenaventura. Se trata de una exploración de la forma en que tres de sus habitantes se apropian de la ciudad: el «ruidero, músico y antropomúsico» León David Cobo, quien se dedica a grabar los sonidos que se producen en lugares emblemáticos, la maestra Yeimi Pachón Forero, que es invidente y debe recorrerla a diario, y Cleóbulo Sabogal, académico de la lengua. Una radiografía sonora y lexicográfica sorprendente por lo que revela y por el retrato que el autor hace de los protagonistas.

Continúa la uruguaya Mercedes Estramil con el relato titulado «Siete». El humor negro y por momentos angustiante que caracteriza a novelas

suyas como *Hispania Help* (2009) y *Washed Tombs* (2017), está presente a lo largo de esta narración que adopta el punto de vista y la voz de un narrador colombiano, un riesgo del que Estramil sale indemne pero, como era de esperarse, sus personajes no.

El tercer texto, «Un día en Bogotá» es de la mexicana Brenda Lozano. En él, la autora encuentra diferentes conexiones entre Colombia y México a través de la comida, el habla, la música y los íconos populares que compartimos. Las diferentes voces que la autora registra, con los matices idiomáticos y los giros orales, son la mejor caracterización de los personajes que pueblan su día bogotano.

El brasileño Roger Mello, reconocido como uno de los autores e ilustradores de libros para niños más importantes del mundo, se desmarca en «Sanguina» del universo infantil para centrarse en la figura de una bióloga brasileña de visita en Bogotá. Acompañada de tres ilustraciones hechas expresamente para esta publicación, «Sanguina» es una oportunidad para descubrir esta faceta menos conocida de Mello.

El guatemalteco Rodrigo Fuentes nos trae en «Realitá» –contrapunteado por diversas escenas de su recorrido por Bogotá y los alrededores– el relato de un ex concursante de *reality show* colombiano. Es un testimonio conmovedor y al mismo tiempo irónico de la dictadura del *rating* y la cultura del espectáculo en tierras colombianas.

El penúltimo texto, «Dos (o cuatro) fantasmas bogotanos», es del barranquillero, residente en Estados Unidos, Jaime Manrique Ardila. En la búsqueda y remembranza de María Mercedes Carranza y José Asunción Silva, sus queridos fantasmas bogotanos, Manrique tiene un encuentro inesperado con otros dos que desconocía pero acoge en las bellas y sentidas páginas de su elegía.

Cierra esta edición la *nouvelle* «Una canción de Carlos Vives y los contrabandistas de esmeraldas», del venezolano Juan Carlos Méndez Guédez. Fiel al desbordante humor que le conocimos en novelas como *Chulapos mambo* (2011), Méndez Guédez nos trae la historia de un quijote venezolano que pretende redimirse como compositor de canciones para Carlos Vives.

Bienvenidos, una vez más, a esta «Bogotá contada» que compartimos siete millones de habitantes y un puñado de excelentes escritores.

Antonio García Ángel

Bogotá contada 6



Nicolás Buenaventura Vidal
(Santiago de Cali, 1962)



Foto: © Noé Obregón.

Además de su práctica como guionista –más de 15 guiones, varios producidos https://www.unifrance.org/annuaires/personne/341026/nicolas-buenaventura–, escritor –ocho libros publicados–, cuentero, dramaturgo y realizador de nueve espectáculos presentados alrededor del mundo –en la realización audiovisual tres largometrajes: dos de ficción, un documental–, Nicolás acompaña procesos de escritura cinematográfica como formador en Le Groupe Ouest –http://www.legroupeouest.com/lab-scenario/scenaristes-consultants/– y La CinéFabrique –https://cinefabrique.fr/intervenants/ en Francia. https://nicolasbuenaventura.com/blog/–.

Bogotá, una sinfonía

No es verdad que las palabras no sienten la influencia de los ruidos y silencios que las vieron nacer y vivir. Hablamos de manera distinta si llueve o si el sol estalla sobre nuestra lengua.

Tonino Guerra, Llueve sobre el diluvio

Bogotá contada. Estaría bien desconfiar, Bogotá también es incontable, son muchas ciudades girando al mismo tiempo y ninguna se detiene, ninguna cesa, ninguna empieza, ninguna termina. Aprendimos en el colegio los límites del país, los puntos extremos de su geografía: Punta Gallinas, Cabo Manglares… Las ciudades no tienen fronteras, no paran de crecer, devoran pueblos, devoran veredas, devoran selvas y caminos. A esta ciudad solo se le reconoce un límite, los cerros, al oriente. Lo demás es crecimiento y no solo longitudinal, de un tiempo para acá hemos visto a Bogotá crecer vertiginosamente en edificios, ¿adefesios?… cada vez más imponentes. También sus tiempos se mueven; pasados, presentes y futuros conviven de manera que no hay cómo dar cuenta de ellos.

Las ciudades sufren transformaciones que no se ven, de las que no se habla. Aquello que François Jullien llama «transformaciones silenciosas». Son silenciosas porque son «continuas y globales», y se pueden revelar en tanto «acontecimientos sonoros». Nuestro órgano «continuo» y «global» es el oído. Podemos cerrar los ojos pero nunca cerramos los oídos; mientras nuestra mirada se centra en un punto, nuestra «escucha» es «omnidireccional».

Quise indagar algunos movimientos de la incesante sinfonía que puede ser esta ciudad y me encontré con otros oídos, los oídos de otros.

*

La escucha

Escuchar a Bogotá es algo para lo que los oídos de León David Cobo se han entrenado desde que en 1989, cuando todavía era un niño, lo aterró el estallido de la bomba en el edificio del DAS. Me dice que todavía recuerda que escuchó primero el estruendo y luego le cayó encima la «onda expansiva». Recuerda que en aquella época aprendió a determinar, en las noches, qué tan lejos estallaban las bombas. Eso ha cambiado y León David también. Se ha dedicado a registrar eventos y paisajes sonoros, una memoria que hoy se guarda gracias a la codificación y traducción de sonidos en bits (dígitos binarios). Es ruidero, músico y antropomúsico, preocupado por «la escucha», como dice, por los universos sonoros que nuestra mente es capaz, o no, de percibir. Es quien se encuentra detrás de la audioteca *De agua, viento y verdor*, un proyecto extraordinario que recoge voces, cantos, identidades ignoradas, silenciadas y otras a punto de desaparecer de nuestra geografía. Ha participado en los proyectos teatrales *Ella en Shakespeare* y *Victus*, con Casa Ensamble, entre otros.

—Bogotá suena a muchas cosas, son muchos espacios: edificios, montañas, humedales, pitos de carro, niños y algunos silencios. Es muy diversa, son veinte localidades cada una con sus singularidades y distancias. Esta localidad (Teusaquillo), tiene muchos paisajes sonoros. Al final del año vienen las golondrinas. Aquí pasa el tren todos los días a las cinco de la mañana. Y se escuchan las campanas. Ahora estamos en la Feria del Libro, todo es pitos de carro y motores, pero habitualmente es una zona muy residencial, tiene sus silencios, por ejemplo, los de la Universidad Nacional, debido a toda la zona verde.

También Bogotá está poblada de ausencias y León David ha grabado algunas. Escuchó y grabó el paisaje sonoro de los espacios en los que ocurrieron dos feminicidios *emblemáticos*. El primero es el de una mujer asesinada por su marido en un centro comercial.

—El marido le dio 28 puñaladas. Fuimos al lugar donde había ocurrido esa muerte y grabé. Estábamos haciendo un trabajo para la obra *Ella en*

Shakespeare. Era un sonido perturbador. En la plazoleta se escuchaban los tenedores, los cuchillos, las cucharas, un aire acondicionado y la reverberación de aquel espacio que no dejaba distinguir claramente los sonidos. Mientras el hombre apuñalaba a la mujer nadie hizo nada. Nadie reaccionó frente a ese acto tan violento. Yo quería imaginar, ver ese momento con todos sus sonidos. En Bogotá el feminicidio ha crecido de manera exponencial en los últimos años.

León David buscaba dejar registrado no solo la ausencia de la mujer: también el miedo, la impotencia o tal vez la indiferencia, ese «nadie hizo nada» que todavía lo impresiona.

—El otro ocurrió en el Parque Nacional, una zona de árboles por donde baja el río Arzobispo. Fui exactamente un año después de la muerte de Rosa Elvira Cely, que fue asesinada y empalada. Ella comenzó a llamar, a pedir ayuda desde las cuatro de la mañana. El sitio es muy peligroso, tuve que ir con apoyo de la Policía. Grabé el tiempo y el recorrido que ella estuvo pidiendo ayuda. Reconstruí su trayectoria. Este era un paisaje de amanecer, con el riachuelo, los pájaros despertando, apacible, apartado. El centro comercial era agobiante, con varios ambientes sonoros simultáneos y todos muy contaminados. En ninguno de los dos casos la víctima fue socorrida, en uno porque nadie hizo nada y en el otro porque no había nadie, nadie respondió a su llamado.

Le pregunto por qué grabar esas ausencias:

—Porque nadie reconoce los espacios sonoros. El mundo visual lo acapara todo. Nadie piensa lo que Rosa Elvira Cely podía estar escuchando cuando agonizaba en ese territorio. Es una evocación, se trata de evocarlas, a ellas dos y a tantas otras, en ese momento y en su ausencia.

Para un proyecto llamado *La Nevera* ha indagado los imaginarios «con los niños y las niñas» (a León David le importa marcar un lenguaje «inclusivo») para lanzarse a escuchar con ellos la ciudad. Se preguntaba cómo la construyen, cómo la imaginan. Les pidió pensar en lugares que les resultaran representativos, simbólicos de Bogotá, y allí grabaron paisajes sonoros: vendedores ambulantes, aleteos de palomas en las plazas y los monumentos… A veces viajaban a la deriva por edificios, calles, plazoletas. Poco tiempo después ellos comenzaron a contarle lo que escuchaban:

—Los que vivían en el barrio Santa Fe escuchaban disparos en la noche, gritos y peleas. Otros venían de localidades más rurales y hablaban de pájaros, de vientos, de insectos…

Quise saber más acerca de ese aprendizaje, saber cómo aquel encuentro había educado su percepción.

—Aprendí a escuchar de manera más prolongada. A escuchar las acciones. Yo estaba muy preocupado por escuchar armonías, alturas, ritmos… Los niños y las niñas tienen una capacidad de escucha muy profunda y a la vez muy imaginativa. Un día estábamos escuchando búhos y pájaros y un niño me llamó para que fuera a escuchar, en un corredor, a un león que rugía. ¡Era una retroexcavadora! Ellos, con los sonidos, imaginan otros mundos. La escucha es una forma de arte.

Hoy en día Bogotá tiene nuevos universos sonoros. León David, que creció en el mundo del sonido analógico, cuenta que «la escucha» ha cambiado radicalmente.

—Antes todo reposaba en la calidad de la reproducción del sonido, los altavoces eran muy importantes. Ahora resulta común ver a quince adolescentes en plena rumba con dos celulares que no emiten bajas frecuencias. El sonido de la ciudad ha cambiado. Hoy se escucha con altavoces cuyas frecuencias son muy limitadas o se escucha a través de audífonos y muy fuerte. Ese sonido de los audífonos es constante, un ruido más con el que hay que contar. El cambio de los dispositivos es significativo y tiene consecuencias.

A León David le preocupa lo que llama «la reducida escucha de los *milennials*».

Pero Bogotá también suena a protestas. Me cuenta que ha grabado los paisajes sonoros de las marchas de los sindicalistas y de los estudiantes, que ha grabado ese espacio en el que la ciudad se llena de voces que logran callar los ruidos.

—Los cantos de las multitudes en los que las voces se confunden y son una sola fuerza.

**

Mi escucha de Bogotá siguió cambiando de manera importante gracias al encuentro con la maestra Yeimy Pachón Forero.

—Con ye, a la colombiana.

Así me dijo al final de nuestra entrevista en la Escuela Normal Distrital María Montessori. Es una mujer valiente, generosa: una luz que ilumina caminos y oscuridades. Voy a tratar de revivir aquí la aventura que fue escucharla, el recorrido y el descubrimiento de la ciudad que viví con su relato.

—Bogotá es una ciudad inmensa. Sus barrios huelen a pan, a panadería, a «líchigo». Un «líchigo» y un «fruver» huelen muy distinto. El «líchigo» huele a cebolla, a panela, a papa cruda.

»En las mañanas los barrios huelen a panadería, otros huelen a arepa de choclo. En los barrios se oye el caminar. En las noches se oye la gente volviendo a sus casas.

»El septimazo es una pesadilla, te anula la posibilidad de escuchar, de percibir, hay demasiado tráfico sensorial, mucho ruido, muchos olores. La séptima es una locura. Me gustaría poder recorrerla, pero habría que pensarla de una manera distinta. Habría que apropiársela y pensarla para todo el mundo.

»El centro es muy agradable, las calles son transitables. A pesar de que los andenes son pequeños una se siente segura.

»Cuando llueve la ciudad es mucho menos amable. Todo el mundo va de afán. Es horrible. Una no oye más. Las llantas de los carros rodando sobre el asfalto mojado producen un ruido que detesto, como el de un televisor mal sintonizado y con mucho volumen. Un ruido muy fuerte que no deja escuchar nada. Además de los motores, los pitos, la impaciencia… Y, por si fuera poco, ¡están los charcos! Todo se vuelve enemigo. La gente corre, no ve nada y una no puede correr, ni evitar los charcos. Una no puede tener afán. Cuando hay sol, la gente está más dispuesta a ayudar.

»En los barrios es distinto, con la lluvia logro ver qué tan larga es cada cuadra. En los barrios, el olor de la lluvia es tranquilizador.

»Me gusta el frío, es más agradable al tacto. Es más fácil tocar las superficies frías, más fácil leer las cosas…

Yeimy es hija de una madre soltera, pasó gran parte de su infancia en un hogar donde solo recibían a niños ciegos, luego fue a un colegio de niños videntes y eso la obligó a tener otra relación con la ciudad.

—Mi madre tenía que trabajar y yo tenía que formarme, no tenía papá y eso me dio una historia de vida.

Tuvo que aprender a salir sola con el bastón, a tomar el bus. En aquel tiempo el Transmilenio estaba en proceso. Viajar en bus era más difícil y vencer esa dificultad fue muy importante. Al principio tenía miedo de caminar y perderse, de caerse, de estrellarse, miedo de enfrentar la calle. Tenía angustia de tomar el bus equivocado, de pasarse de la parada. Más que a la inseguridad de la ciudad, le temía a salir sola y no controlar nada y aprendió. Educó su oído, educó su olfato, educó sus pies…

—Una puede demorarse mucho en el recorrido de una cuadra. Si paso por ella todos los días termino por reconocerla, pero la continuidad siempre está llena de obstáculos; una silla, un vendedor, un vehículo. Percibir es fundamental, adquirir una conciencia mayor de la calle. Si la conozco sé donde están los huecos y esta es una ciudad llena de huecos. Es mi necesidad de no estrellarme lo que me da esa conciencia.

»La orientación es muy importante: derecho, en diagonal, a la izquierda, a la derecha… Bogotá te obliga a una orientación particular; los cerros al oriente, las calles de oriente a occidente, las carreras de sur a norte. Como persona ciega tengo que tener mucha lateralidad, los videntes pueden tener conflictos de lateralidad, una no.

»Hay que aprender a distinguir: un carro pequeño, un carro grande, un camión, una moto…

»Sentir el viento es muy importante. El viento me ayuda a saber si el espacio es cerrado o abierto. Con el viento percibo las paredes, percibo si tengo al frente una avenida. En cada espacio el viento es distinto. El viento me orienta mucho más que el sol. En un bus, el sol me puede dar alguna indicación, pero en la calle es el viento. Y los pies. Cada mañana, antes de calzarme, tengo que pensar los trayectos para elegir los zapatos. Los pies ayudan a mirar, a percibir el mundo. Nunca mando el paso duro porque si

hay algo blando, por ejemplo, ya no puedo evitarlo. Voy más despacio, mirando con los pies. Como mujer ciega, el equilibrio tampoco es el mismo, hay que encontrarlo de otra manera, con otros puntos de referencia. Una mujer advierte el hueco, yo no puedo evitarlo hasta que no me encuentro con él.

»Entre una más sale, más experta se vuelve y pierde el miedo, se vuelve práctica con la calle, con la ciudad. No es un don, no tengo ningún poder extraordinario, es solo entrenamiento, aprendizaje.

»Hay cosas que han cambiado. El Transmilenio lo ha hecho más fácil, ya no tengo miedo de pasarme de la estación, transformó mi vida como persona ciega. El bastón de rodachín también, con el de puntera hay que ir dando golpes, el de rodachín es más práctico, pero es más costoso.

Yeimy lleva veinte años enfrentando la experiencia de una Bogotá que no se ve y también aquella de ser vista por la ciudad. Ella escucha cómo es percibida, recuerda haber escuchado decir a su alrededor «¿Pero cómo es que se le ocurre salir sola?» o «Es bonita, pero tiene que es ciega». «Es vulnerable, pero, como es ciega, no se le puede hacer nada».

Ya me había asombrado la manera como Yeimy ve la ciudad, escucharla describir cómo es vista me dejó perplejo:

—La gente que pide en la calle no me pide dinero y ha habido gente que me ha dado dinero sin que yo pida nada. En la calle es más común ver hombres con discapacidades que mujeres. Las familias protegen a las niñas ciegas, es difícil que las dejen salir.

»En otros lugares la gente es más amable. En Ipiales, donde también hace frío, la gente está muy pendiente. Acá a una la ayudan a pasar la calle y ya; en cambio en Cali lo llevan al lugar. No tanto en Medellín… En otros lugares hay mucha sobreprotección, la percepción hacia los ciegos es otra, una entra a una cafetería y le preguntan: «¿Pero usted sí va a pagar?». En Bogotá es distinto. Sí, es como una selva, es difícil: sus rampas, sus huecos, sus avenidas, su tráfico intenso, su ruido, la gente que se atraviesa… Pero hay cosas que han cambiado. Antes, en los transportes públicos pensaban que me subía a pedir plata; hoy en día, no. Los ciegos nos hemos ido ganando lugares. Como hay muchas más personas ciegas que nos

arriesgamos a salir hemos cambiado la manera como nos miran. Hemos creado otros espacios, hemos podido demostrar que no somos inservibles.

»Me gusta mi barrio, todos los vecinos me conocen. Sé cuando la gente me mira. A veces están mirando si me voy a estrellar, yo lo siento. Están pendientes de si el oráculo de muchos signos me va a permitir llegar sana a mi destino. Pero no hay tal oráculo. A una le toca educar sus sentidos, pedir ayuda, ver las voces…

¿Ver las voces?

—Sí. Para ver las voces hay que saber preguntar y depende mucho de lo que necesito. Si digo: ¿voy bien para tal lugar? Me dicen: «Sí, sí, sí». Tengo que identificar bien los ritmos de la voz. Los intervalos me permiten saber si la persona sabe, si es verdad, si es fiable. No se trata de un don. Una tiene que desarrollar la capacidad de leer las tonalidades, los intervalos, los acentos. Lo que la gente hace como gestos también lo hace con la voz y una aprende a ver esos gestos en la voz. No puedo explicar por qué ni cómo. Es algo intuitivo.

»A través de la voz me imagino la forma de ser de las personas. Si una persona es tranquila, si es buena gente… No pienso nunca en su físico sino en su forma de ser. La gente que es muy bonita muchas veces no es buena gente. Oigo decir a mi alrededor: «¡Es que es lindísimo!». Lo conozco y me parece que no. Una ve otra cosa.

»Un sujeto me atacó. ¡Dos veces! Me estuvo siguiendo todo el día pero yo no pude describirlo. Esa es una dificultad como mujer ciega y no tengo la facultad de resolverla.

»En esta ciudad hay que estar todo el tiempo atenta, percibir cada voz y tratar de conocer muy rápido a la persona que me puede ayudar. Si no me siento en confianza rompo rápidamente el vínculo. En esta ciudad, como mujer, estoy expuesta. Me siento más en confianza si la persona que me ayuda es otra mujer o un hombre acompañado de su novia.

»A veces me han ayudado habitantes de la calle. En la décima, por ejemplo, que es un desorden horrible. El otro día no había cómo ver nada, estaba en obras. Un hombre habitante de la calle me ayudó a atravesarla, fue largo, cada vez que él veía un cartón se iba a recogerlo, me dejaba sola, pero regresaba y me acompañó hasta el final. Ellos, que son ignorados,

despreciados, como una no los puede ver así, se relacionan de manera distinta. Hay otros que van bien vestidos, huelen bien, una les pide ayuda y se van.

»El proceso de relacionarse con el otro es difícil, y sobre todo en las horas pico. La gente empuja, atropella, pasa por encima… No ve. En hora pico no existe la silla preferencial en el Transmilenio, no hay amabilidad, nadie te abre una puerta, la gente está mucho menos dispuesta a ayudar.

Yeimy también ve en las miradas; miradas que, a su vez, han ido cambiando con los tiempos.

—Hoy en día la gente va metida en su celular, van todos ensimismados. A veces puedo escuchar las conversaciones de las mujeres que ven pasar las vitrinas desde el bus y comentan. Y yo veo que se venden muchas más cosas para mujeres en esas vitrinas. Yo estoy salvada de las vitrinas. Compro lo que necesito, y solo lo veo cuando lo toco. Mi relación con el mercado es muy distinta, pero me da curiosidad, sí. Me pregunto cómo será eso que comentan y que no veo.

»En mi infancia, cuando estaba en la casona donde solo había niños ciegos, antes de que pudiera ir al colegio con los niños videntes, había una ventanita por la que todos los que veían se asomaban y nosotros, los niños ciegos, nos la peleábamos, nos asomábamos por esa ventanita y veíamos a la gente pasar, la veíamos escuchándola, oliéndola, imaginándola. Aquel era un lugar muy católico, rezábamos todo el día. Cuando podíamos nos escapábamos para asomarnos a la ventanita. Si a uno de ciego no lo estimulan crea muchas incapacidades.

»Como maestra no tengo dificultades. Bueno sí, cuando me aburro en una reunión no tengo cómo distraerme y me puedo quedar dormida. No puedo ponerme a mirar por la ventana o mirar la pantalla del celular.

Yeimy enseña pedagogía, enseña honestidad, pero sobre todo enseña algo que este país necesita, pide a gritos: enseña confianza.

Cuando caminábamos hacia la esquina de la Caracas, donde podíamos encontrar un taxi, Yeimy me enseñó a ver, en el piso, esa línea de baldosas con surcos que, según averigüé después, se llaman pisos podotáctiles.

—Se supone que es para guiar a los ciegos –me dijo–, pero luego ponen bolardos justo en la mitad del trayecto o plantan árboles o instalan un

puesto de ventas. Al final, es como si nada.

***

Palabras

El uso, los movimientos, la circulación de las palabras también revelan procesos que los ojos no pueden percibir. Cuando regreso a Colombia ocurre un reencuentro con mis tiempos y espacios, mis conjugaciones y tratos, aquellos usos particulares del idioma que me hicieron. Me asombra por ejemplo nuestro uso recurrente y categórico de la negación para empezar las frases, sobre todo afirmaciones entusiastas: «¡No, es que esto está buenísimo!». Es un *¡No!* que suena distinto, casi como un *¡Noj!* Y me pregunto: ¿qué dice de nosotros ese uso tan repetido y afirmativo de la negación? Solemos pensar que nos servimos de las palabras para expresarnos pero es al contrario, ellas dan cuenta de lo que somos, nos nombran, dicen de dónde venimos, de qué estamos hechos y para dónde vamos.

En el trato diario bogotano se ha ido imponiendo, desde hace años y expandiendo a otras ciudades, el uso de la palabra *marica*. Tanto hombres como mujeres se hablan unos a otros tratándose mutuamente de marica: *¡Noj, marica!* La verdad es que me molestaba y en este reciente regreso terminé dándome una razón. Cuando la pelea está perdida más vale darse una razón.

—La lengua –como dice el profesor Cleóbulo Sabogal–, la hacen los usuarios.

Marica, antes de ser aquel insulto de machito por el que tantas veces me agarré a puños en mi adolescencia, es un diminutivo de María. Lo aprendí en un poema de Góngora:

Hermana Marica
mañana que es fiesta
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela…

Pues la razón que me he dado es que en Bogotá, tanto hombres como mujeres, nos llamamos María. Es fácil, basta con anteponerle o posponerle Marica a cualquier nombre: José Marica y Marica José, Marica Antonia y Antonio Marica, Pablo Marica y Marica Paula… Es una razón idealista, sí. Tiene el ideal de darnos a todos una equidad femenina, cosa que no estaría mal.

Las transformaciones también las revelan las palabras que se ponen de moda y aquellas que desaparecen de circulación o comienzan a ser mal vistas. En este regreso, una que me sorprendió agradablemente fue *veci*. «¡Dígame, veci!», me decían en la tienda, en la calle. Podría decirse que la palabra *veci* no existe, no creo que podamos encontrarla en los diccionarios pero, como también dice Cleóbulo, «Decir que una palabra no existe es muy complicado ya que una palabra existe a partir del momento en el que alguien la usa».

El hecho es que me encantó ser tratado de vecino y así, de manera coloquial y breve, sobre todo en estos tiempos, en los que se impone de manera tan brutal la desconfianza para reinar sin resistencia. También me sorprendieron otras palabras, el uso de la palabra *insumos*, nunca la había oído tantas veces en tan poco tiempo. Me fui a buscarla en el diccionario: «conjunto de bienes que se usan para producir otros bienes». Está compuesta de *in*: hacia adentro y *sumere*: tomar para sí mismo. «Bienes para producir bienes hacia sí y para sí mismo».

Comenté está afición (por no decir obsesión) por las palabras y sus usos, y Luisa, una amiga, me habló de un hombre a quien Bogotá, Colombia, Hispanoamérica le consultan diariamente dudas idiomáticas, el profesor Cleóbulo Sabogal. Y me fui a verlo en su oficina en el recinto de la Academia Colombiana de la Lengua. Aprendí mucho y me divertí más en aquel encuentro. Hablar del idioma, discurrir acerca de las palabras puede ser tan apasionante y embriagante como hablar de cine, de series de televisión, de intimidades públicas o de fútbol.

Acerca de las palabras de moda el profesor Cleóbulo contó que:

—Una que a menudo hace relamerse los labios es *brochure*, no pueden decir *folleto*. Otra es *problemática* en lugar de *problema*. Los políticos hablan de *la problemática*, los periodistas van a un barrio y preguntan por

«la problemática de la falta de agua». Una problemática es un conjunto de problemas. Lo que hay detrás es la tentación del sesquipedalismo para formar archisílabos; alargar las palabras para tratar de hacer que suenen mejor, más elegantes. Otra muletilla es *el tema*: «vamos a hablar del tema», «el tema de los vuelos», «ponga tema»… La palabra *tema* entra en todas las frases y se vuelve relleno.

»También la muerte ejerce su derecho sobre las palabras. Entre las palabras que han caído en desuso está *occiso*; sigue siendo usada en España pero acá, muy poco. Otra es «interfecto».

»La palabra *alepruz* se fue volviendo despectiva y, ahora, en el diccionario de colombianismos aparece como obsoleta. En Cundinamarca se usaba la palabra *sangrepuerco* para calificar a alguien malgeniado, en la última edición ya la sacaron del diccionario.

»Hay una recurrencia bogotana a eufemismos como *habitante de la calle*. Personalmente prefiero *indigente*, que no es peyorativo, es alguien que carece de lo necesario para vivir. Ahora hay una susceptibilidad nueva, no se puede decir *ciegos*, sin embargo no le han cambiado el nombre al Inci, Instituto Nacional para Ciegos. Me han llegado consultas preguntándome si decir epiléptico es ofensivo.

También hablamos de ese trato singular de la ciudad que sorprende a tantos extranjeros: *Su mercé*.

—La expresión *su mercé* me gusta, es de respeto y con un tinte afectuoso. Es curioso porque se usa mucho en Bogotá, pero no en la televisión ni entre los políticos. Es más, en el común de las gentes, en las gentes del común.

No resistí a la tentación de preguntarle por la historia de su nombre. Me contó que su padre lo había bautizado por un parasicólogo llamado Cleóbulo Rentería, pero él sabe que por esos arcanos de la vida el nombre le viene de Cleóbulo de Lindos, uno de los siete sabios de Grecia, nombre compuesto por Kleos, que significa *gloria*, y boulê: *consejo*. Lo que da como resultado: consejero glorioso. Una de las célebres máximas de Cleóbulo de Lindos aconseja: «Ser buen oidor y no gran hablador».

Al final de la entrevista sonó un timbre, ya habíamos sido interrumpidos por otras llamadas, las consultas idiomáticas que atiende el

profesor no cesan, pero este sonido era nuevo, y muy viejo. Vi sobre su escritorio dos teléfonos blancos de los antiguos, que hoy llaman *analógicos*. Es el antónimo que nuestro presente le ha encontrado a lo *digital*. Volvió a mi memoria el verbo *discar* que debe estar viviendo sus últimos días.

****

Y al cabo, otra vez Bogotá se dejó contar, se dejó hablar. Una vez más ocurrió en la secreta transformación de sus vocablos. Una Bogotá escuchada, suspendida en tres relatos. Tres *puntos de escucha*. Tres encuentros, tres experiencias que me llevaron a redescubrir, con otros sentidos, espacios tantas veces transitados. A percibir de otra manera el viento, la lluvia, el ruido de las llantas sobre el asfalto. A percibir esa continuidad que se va llenando de obstáculos. A vivir esa presencia de la ausencia de Rosa Elvira Cely que habita los silencios de la madrugada en el Parque Nacional.

Una Bogotá que no se ve. O… ¿Sí? Pero con los pies, con *la escucha*, con el olfato, con las palabras que nombran, pintan y desnudan a sus habitantes. Una Bogotá que aterra como un alarido, que asombra como una sinfonía, que no para de morir y renacer, de hablarse, inventarse y borrarse como una lengua.

Mercedes Estramil
(Montevideo, 1965)



Foto: © Diana Navas.

Iba a ser economista, pero se le atravesaron las letras. Estudió Literatura en la Facultad de Humanidades y escribe desde 1993 en el suplemento cultural del diario *El País* y en otros medios. Ha publicado las novelas *Rojo*, 1° Premio Fundación Lolita Rubial/Banda Oriental 1996 (Ed. EBO; reedición HUM, 2010), *Hispania Help* (HUM, 2009), *Irreversible* (HUM, 2010), *Washed Tombs* (HUM, 2017, que recibió el Premio Bartolomé Hidalgo en 2018), y los libros de relatos *Caja negra* (HUM, 2014) e *Iris Play* (HUM, 2016). También fue 1° Premio de Poesía de la IMM en 1994 con *Ángel sólido* (inédito) y Premio Morosoli 2016 en periodismo cultural.

Siete

Hace días que Claribel no me despide al irme. Es un misterio por qué lo hace, no la dejo sin dinero ni le levanto la mano. No sé por qué se pone con esas vainas. ¿Acaso cree que no distingo cuando está despierta y cuando duerme? Me acerco a darle el beso de despedida en la frente y deja de respirar como un transeúnte embestido. Treinta años atrás me habría ido dando un portazo y que la ayude Dios, pero hoy no.

Me toca recoger a una escritora argentina al mediodía en punto, aunque en El Dorado siempre hay demoras. Argentina o paraguaya, creo. Antes recordaba cada nombre y país, pero en un punto los escritores dan mamera. No es que tenga algo contra ellos, algo en especial, pero se creen un poco por encima del mundo. Llegan tímidos y dóciles y se van infatuados y soberbios. Que es un poco lo que le ha pasado a Claribel. Antes de ir hacia allá me demoro unos minutos orando en la iglesia de Pablo VI.

La distingo, aunque en las fotos parece más joven. Siempre prefiero hombres o viejos. Hablan menos, se reservan y no importunan con preguntas. Esta doña tendrá cuántos, cuarenta, o más. O menos. Con las mujeres es difícil. La edad les depende de estar enamoradas o no, de los aretes, del corte de pelo, del humor con que se levantan. Con trancón y todo, me gasto menos de una hora en llevarla a un hotel de Chapinero. No para de hablar. Primero son unos ¡oh! y ¡ah! porque parece que nunca ha visto montañas. Subo un poco el radio para sosegarla. Pregunta quién canta. «El diablo es malo y nos corrompe». No sé, Señora. Me encantan –empieza– Shakira, Carlos Vives, Marc Anthony, Maluma… tienen ustedes

unos cantantes excepcionales. Marco Antonio Muñiz no es de acá, Señora. Él es de origen puertorriqueño nacido en los Estados Unidos. Ah, dice, y mira hacia las montañas y cambia de tema, porque eso sí saben hacer los escritores, y las mujeres.

Casi no miro las montañas. Creo que si un día las quitaran no me daría cuenta.

Excepto Monserrate, donde fuimos a pedir por Lorenzo y no nos lo concedió, y solo era cuestión de que le quitaran la bala, que ni siquiera iba con su nombre. Ahí el Inútil, el hermano de Claribel, ahí fue que dijo que mi hijo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Qué lugar? ¿Qué momento? Por su entrometimiento fue que le pedimos a Montserrate en vez de ofrecernos a Guadalupe, que era donde quería ir Claribel, no porque no fuera devota de Montserrate sino porque acababan de encontrar los cuerpos descuartizados de las mujeres, y con muy buen tino la mía pensó que la Virgen estaría ocupada en eso, como los periódicos. Pero el Vago insistió, que no, que Montserrate tiene poder, y ahí fuimos y le terminamos pidiendo a ella, tan ocupada con el cambuche del necrófilo y olvidada de mi hijo y la bala que le quebró el hígado. Son hermosas, sí, Señora. ¿En su país no tienen? Ni una, ¿puede creer?

Qué pena con usted. Qué le iba a decir.

Algunas veces, cuando estoy trabajando, Claribel está en el WhatsApp todo el tiempo. Dejo el mío abierto y ahí la veo, entra y sale, entra y sale, y de repente se queda una hora como una lechuza fija. Si le pregunto con quién estaba dice que con la ahijada, con la mejor amiga, con el Impresentable, con la cuñada, con Iván Duque, con Dios, pero los chats están borrados o no existen. Como ahora, que la estoy viendo en línea y por eso oigo a medias lo que la escritora me pregunta. Que si creo en ovnis. Pues no. Me figuro que la doña debe escribir ciencia ficción y por eso esas preguntícas raras. ¿Ni en mundos paralelos? Menos, Señora. Mundo este y sobra. Y sumercé qué escribe. Me dice títulos que suenan a novela romántica, como las que Claribel compraba en el supermercado para leer los domingos. Toca contarle que en este trabajo he transportado a verdaderos novelistas de todo el mundo. Fíjese que ahí donde está usted se

ha sentado nada menos que Jean-Marie Gustave Le Clézio, un premio Nobel.

«¡¡ABURRIDO hasta decir basta, por dios!!», pronuncia la mujer entre dos estornudos dándome la razón a lo que siempre pensé: que los escritores se odian entre sí. Mucha envidia, soberbia, no entiendo qué tanto hacen todos juntos en congresos y ferias. Pero Le Clézio sí era un caballero. El año que vino me prometió un libro suyo autografiado y pues al final se fue sin dármelo y yo pensé «ya, como todos», pero al año siguiente me lo envió por correo, cuando ya no lo esperaba. Aún no lo he leído, pero Claribel sí. Una cuarta parte.

A poco del hotel la escritora me pregunta si vivo lejos. En Pablo VI Primera Etapa, Señora.

El olor a fritura lo impregna todo, y lo que es peor, la ropa. Cien veces le repetí a Claribel que no fritara nada en la noche, pero no entiende. Ahora además adquirió la costumbre de irse y me deja comiendo solo. Un día se va al cine, otro a comer donde el Inservible, cuya inservible mujer parece que hace unas arepas nunca vistas, y otro por ahí, quién sabe a dónde, a mirar pasar el Transmilenio. Me deja un papel atrapado con un imán en la puerta de la nevera: «Me fui a xxx. Te queda comida en xxx. Un Beso». A santo de qué esa mayúscula. En días así quiero ser viudo cuanto antes. Le tiro los fríjoles a Seis, que los traga sin masticar. Después se acuesta a los pies de la cama hasta que llega Claribel oliendo a ropa mojada y lo echa de malos modos y de paso me interrumpe el sueño bonito que estaba viviendo, con Pablo VI rodeada de mar y las montañas mucho detrás del mar, y Virginia haciendo la plancha mientras yo tiraba dados en la arena. Si los sueños son culpas debí soñar eso porque le mentí a la escritora que vivo en Pablo VI cuando la verdad es que nunca viví ahí. Apenas pernocté muchas noches de hace años, cuando dejé a Claribel y Virginia arrendó el tríplex y dijo que sería para siempre. Ya había embalado la mayoría de mis vainas para llevarlas ahí cuando me pidió que cancelara todo, que estaba fragmentada, dijo que iba a tratar de recomponer su matrimonio por el bien de los hijos. Caminábamos tomados de la mano justo frente al cenizario cuando dijo eso.

—¿Usted tiene mascotas?

La escritora suele hacer preguntas intempestivas y me queda la duda de si realmente espera respuestas o si es que está enamorada de sus propias palabras. Ya me ha preguntado si conozco Cartagena, si es más cara la gasolina o el ACPM, y si he sido infiel. Le hablo de Seis, el pitbull. Es el tipo de mujer temerosa de las «razas peligrosas». Le explico que la peligrosidad nunca está en el animal sino en los dueños y entonces me mira fijo y me pregunta si conozco un solo humano que no sea peligroso. Va resultando hijueputa.

La dejo en un lugar llamado Brotes de Bondad, en el instante en que comienza una lluvia siniestra y Claribel entra en línea, no conmigo. Amparados en paraguas llegan unos diez viejitos, a cada cual más roto y rezo «Dios mío, no me dejes llegar a esto». En general, cuando los escritores dan sus conversatorios aprovecho para dormir. Pero desde que controlo a Claribel ya no tengo sueño ni hambre. Entra tres veces; la primera diez segundos (un «hola, ¿cómo estás?»), la segunda un minuto suficiente para leer la respuesta quizá apurada («bien, dame un segundo») y la tercera catorce minutos en los que debe haber información recortada, verdad administrada, trasiego de fotos, emojis, suspiros. A veces se me da por recordar la belleza de mi esposa cuando la conocí y enseguida me digo que es un recuerdo equivocado; tenía la belleza de las feas, que es efímera y más valiosa que la otra. Le mando un mensaje bobo solo para comprobar una vez más que está en otro chat. Ni siquiera se molesta en ver el mío, sale de la conexión sin responderme.

Lorenzo trabajaba en lo visible de la sombra, repartiendo naranjas para una de las empresas legales del Grupo, y hasta donde su mamá y yo sabemos no era sicario ni lavaperros ni testaferro ni nada malo, aunque ya no tuviera la mirada limpia de la niñez. Pero ¿quién la tiene?, ni los niños. Cuando alguien nos avisó creímos que era una broma, un error, no una desgracia: si el país ya estaba en paz. Cuando después de la guerra llega la paz la posibilidad de una muerte violenta es algo solo destinado a los que la merecen en grado sumo. Los buenos quedamos exentos, protegidos por la estadística que ha retomado su senda normal. «Brotes de bondad». BB. ¿Sabrá algo del mal esta gente? Llueve sin clemencia. Los viejos despiden a

la escritora en la acera, a cubierto bajo sus paraguas gigantes, como gallinazos asustados. Ella sonríe de oreja a oreja y por un instante parece más joven de lo que es. Se deja caer en el asiento y pregunta: ¿usted fuma marihuana?

Nunca, Señora.

La invito a tomar algo en una cafetería. Espero que no piense que es un flirteo, pero con las mujeres nunca se sabe, viven perseguidas. Lo que me pasa es que la veo consumida, como si estuviera incubando una enfermedad o el ansia no la dejara comer. Las piernas son paticas de pollo y las muñecas puentes angostos. Mira perpleja la carta. Pide agua de panela con almojábana. Yo pido un tinto y espero a que en algún momento diga lo que todos dicen, que la palabra almojábana proviene del árabe, pero no, vuelve a atomizarme con preguntas como si yo fuese el diccionario que siempre ha estado esperando. Le hablo de los llanos, del páramo, de los mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta, de la rana dorada, de nuestros ilustrísimos presidentes, del tiro en el corazón de José Asunción Silva. Entonces deja enfriarse el agua mientras recita de un tirón, no sé si con errores o no, pero con una calma de traidor, el nocturno que empieza «Oh dulce niña pálida» y termina en «di, ¿te resistirías?». Por su mirada y el temblor de su voz intuyo que ella no, que no se resistiría. Afuera sigue lloviendo y sobre nosotros también.

Esta mañana paso a buscar a la escritora para que cobre sus honorarios. Sale de la oficina contrariada y por primera vez se sienta adelante. Me parece que estos pibes están de vivos, murmura. ¿Perdón? Nada, que «dizque» no me pueden pagar porque no sé qué problema hay en Administrativa. Estornuda dos veces y la arruguita del entrecejo se le profundiza. A los escritores, ya lo he visto, les importa mucho el dinero. Declaran lo contrario pero viven inmersos en números. Sin embargo al minuto se olvida y continúa con sus preguntas. Le cuento que he transportado a Auster, Coetzee, Vallejo, Aira. Sonríe para sí y mira por la ventanilla girando toda la cara, solo le veo el pelo, que el viento mueve con más piedad que la que usé al tirarle esos nombres, se lo deslíe como un fino fleco de lana. Vallejo

sin embargo no los ama mucho a ustedes, dice. Me quedo con las ganas de decirle que sé de lo que habla pero no he leído a ese cabrón porque justo cuando voy a hacerlo me adelanta un Spark y en el asiento de atrás va mi esposa. Más que verla bien la identifico, mi identidad percibe la suya como los perros al dueño. ¿Va con una amante? ¿Es un Uber? La escritora sigue hablando de Vallejo, capto retazos (misántropo, ojos, virgen, rabia) pero solo veo la placa del carro y sé que abandoné la ruta y lo estoy siguiendo. Me tienta decirle: Señora, ahí en ese carro va mi esposa y voy a seguirla a ver qué hace. Pero sería meterme en la boca del lobo porque esta mujer sin ningún pudor después iría y escribiría mi historia desde la penillanura ondulada donde dice que habita, y yo quedaría como un estúpido. Además no se da cuenta del trayecto, no sabe dónde está parada.

Mi mujer baja del carro frente al Parque Nacional. Lleva una ropa que no le conozco, estridente y ajustada para su trasero enorme, como si se hubiera vestido en Me Cago en la Elegancia. El celular destaca en un bolsillo del jean y sin embargo la sigo viendo en línea. Señora, digo, ¿qué le parece si bajamos en este, que es el Parque Nacional, y así lo conoce? Me dice que sí entusiasmada y justo cuando estoy parqueando Claribel da la vuelta y para un taxi, como si llegar ahí hubiese sido un error o quien la esperaba ahí ya no la espera. ¿De dónde estoy imaginando un engaño de Claribel, desde cuándo? Le explico a la escritora que debo buscar otro lugar donde estacionar, que vaya entrando al Parque y yo la busco en unos minutos. Se baja confiada.

Llevo veinte minutos manejando detrás del taxi, guardando una distancia prudente entre este tránsito inhumano cuando me doy cuenta hacia dónde vamos. Las torres azul nevera, vinotinto sangriento, ocre ruinoso y verde triste de Pablo VI están ahí nomás. Se baja en la 53, pasa frente al bloque que fue de Virginia, sin mirar hacia él. Es una coincidencia entonces. Respiro con un alivio inmenso porque prefiero que me engañe a que sepa que la engañé. Bordea el espacio común donde juegan dominó los viejos bajo la sombra de algunos árboles y dobla hacia la iglesia. Quizá, pienso, me ha seguido alguna vez y se pregunta, como yo ahora, qué hago ahí y por qué hay un espacio de mi vida vedado a la suya, un sitio paralelo del que no le hablo. Cuando el Ingrato ofreció misas por Lorenzo ni

siquiera fui. Eso son pendejadas, creo que le dije. Claribel se detiene frente a la iglesia, pero mirando el cenizario, ahí donde los restos de Virginia desde hace tanto tiempo descansan. Y hace algo que me conmueve y me espanta que es patear la pared de esa tumba inclinada, patearla con el pie derecho hasta que el zapato de charol negro –incompatible con el jean de reventada– salta por el aire y se va congregando gente haciéndole un semicírculo alrededor. Un guardia joven recoge el zapato, se le acerca y la toma por los hombros, pensarán que está loca o desesperadamente afligida. La gente se dispersa, y Claribel sale del predio y continúa hacia el Simón Bolívar. De un parque a otro. ¿Por qué habrá ido al primero, qué se le perdió ahí? Me aburre seguirla pero no puedo dejar de hacerlo. Entra por el parqueadero, sube la cuesta entre los árboles, rodea el lago y se sienta en un banco frente al agua, al costado de fardos de camalotes. ¿Habrá serpientes?

La muerte de Virginia nunca se aclaró, cayó por un despeñadero semanas después de que rompimos, algo antes de la muerte de mi hijo. La gente se resbala, a veces por tomarse una selfie –me dijo ante unas copas el Abominable, que conocía la situación–, y otras porque sí, porque está escrito. Por un momento me pasa por la cabeza la idea de acercarme a mi esposa y ponerle una mano en el hombro y recomponer la historia, pero reconocer la verdad es exponerse al abismo. La dejo que acomode su llanto donde mejor le parezca y cuando me estoy por ir saca el celular del bolsillo y empieza a grabar un audio. Ya no me importa.

Vuelvo por la escritora a la mayor velocidad que puedo. No es que piense que esté enojada o le haya pasado algo, pero ¿y si le pasó? No es buen lugar un parque para una extranjera solitaria. Cuando llego no la encuentro. No puedo preguntar a nadie porque ni me fijé cómo iba vestida. Hago un recorrido y luego otro en sentido inverso, pero el parque es inmenso. Recuerdo el crimen de ahí también, el que motivó una ley. Esta es mi ciudad. Llamo al hotel pero no ha llegado. A las ocho de la noche todavía no sabemos nada de ella, su celular está apagado, y la plana mayor de la Organización está en el hall del hotel haciéndose y haciéndome mil preguntas. Pero es que no sé nada porque no me contó nada, y yo apenas le preguntaba algo. Ella era la de las preguntas. ¿La notó deprimida? ¿Le habló algo de su familia? ¿Vivía sola, tenía pareja? ¿Estaba enferma de

algo? ¿Se quejó de algo? Me tiran granadas. La policía, dicen, está «*peinando* el parque». No sé nada de ella, es verdad, pero la expresión esa le gustaría. A las once de la noche me dicen que me vaya para mi casa, que ahí no hacemos nada.

Hay un plato de comida cubierto con otro en la mesa de la cocina. Desde ahí veo el living iluminado por el televisor. Claribel ríe con una comedia. «¿Cómo fue tu día?», pregunta sin moverse ni mirarme. Todo bien, mi linda. Luego me da la noticia de que ha llevado a Seis a la veterinaria, envenenado, al parecer, igual que los cinco anteriores. Que mañana se sabrá si vive o no.

Ya está acostada cuando entro en el dormitorio a oscuras y me desnudo. Me pongo la piyama a cuadros verdes y azules y pongo a cargar el celular. A través de su destello veo la cara de Claribel hermosamente dormida, rezo a la Virgen de Guadalupe por la escritora, porque se haya ido de parranda con algún admirador o se haya cansado de todo y de todos y haya vuelto a su patria, y ahí recuerdo nuestro último diálogo verdadero, cuando corríamos tras el Uber, ella sin saber tras qué corríamos, y yo tampoco. ¿Puedo preguntarle cuánto hace que está casado? Cuarenta años, Señora. ¡Ja! Mucho tiempo… ¿Todavía cree en el amor?

Sí, Señora. Toca creer.

Brenda Lozano
(Ciudad de México, 1981)



Foto: © Diana Navas.

Es narradora, ensayista y editora. Estudió literatura en México y Estados Unidos. Edita en la revista literaria *Make* de Chicago y es parte de la editorial Ugly Duckling Press de Nueva York. Su primera novela, *Todo nada* (Tusquets, 2009) será llevada al cine. *Cuaderno ideal* es su segunda novela (Alfaguara, 2014) y *Cómo piensan las piedras* (Alfaguara, 2017) es su primer libro de cuentos. En 2015 fue reconocida por el Conaculta, Hay Festival y el Consejo Británico como una de las escritoras menores de 40 años más importantes de su país y forma parte de Bogotá 39.

Un día en Bogotá

Vamos al nuevo edificio de la biblioteca. Qué suerte, no nos cogió el tráfico. No, esto no es nada, la hora del tráfico no la recomiendo. Vamos por la Circunvalar, los dejo en la biblioteca y luego los llevo a almorzar. ¿Quieren ir al mercado obrero? Cómo así, bueno, vamos todos, ahí hacen un caldo muy bueno y conozco a Tomás el hierbero, yo se los presento. Todavía falta para llegar, estamos lejos. Tantos ladrillos, sí, esos se ven por toda la ciudad. Cómo así, resulta que las ladrilleras están todas alrededor de la ciudad, casi todas al sur de la ciudad están, ahí es donde se produce todo el ladrillo que ven. Mi cuñado arquitecto me decía que construyen en ladrillo todo porque es más barato y también porque es más barato su mantenimiento incluso una vez que está un ladrillo encima del otro. A pesar de que hay nuevas innovaciones de los arquitectos más jóvenes que hacen toda clase de cosas raras, el ladrillo se sigue imponiendo en Bogotá. Lo hay por todos lados, yo hasta sueño con ladrillos. Acá damos la vuelta para evitar los semáforos y el tráfico que hay por allá, podríamos irnos por la séptima, y sigue viendo ladrillos en todas partes, esos no se acaban, por donde quiera hay ladrillos. Esta es la vía Circunvalar, vamos en dirección de norte a sur, esta va por todo el pie de los cerros. Yo nací aquí cerca, hace escasamente 60 años. Manejo desde los doce años, y claro, he chocado. Una vez por darle paso a una joven, choqué. Nada grave, pero por darle paso me chocó el de atrás, ya hace tiempo de eso. La otra vez que choqué sí fue mi culpa. Esto que ven acá es la parte de arriba del barrio Perseverancia, hay una plaza allí, y un parque allí al lado. Allá nos toca ir mañana sábado al

evento que tienen. Esos ladrillos rojos que se ven por allá son los edificios nuevos, ese de allá es el nuevo edificio de la biblioteca, esos otros edificios que ve entre los ladrillos rojos son construcciones nuevas. Yo creo que un 81 % de Bogotá está en ladrillo rojo y el otro porcentaje también es ladrillo rojo pero forrado en materiales prefabricados, así como ropas que les ponen a los edificios, ropas de espejos, láminas, cosas raras para esconder el ladrillo rojo. Ya estamos cerca, a unos minutos.

***

Amiga, ¿a qué hora termina tu evento? En la noche vienen Gloria, Giuseppe, Cárdenas y Luciana, vamos a pedir pizza. No te puedes ir a México sin lo prometido. Duelo de Juan Ga y Shakira. No, no te voy a decir por mensaje de voz lo que es la *shakirada*, te muestro en YouTube cuando nos veamos.

***

Parece que uno se va de paseo, que está saliendo de Bogotá porque la Circunvalar cruza el bosque, pero la avenida rodea la ciudad. Ese mismo camino nos lleva a un pueblito que se llama Choachí, lo que pasa es que todos los pueblitos que rodean a Bogotá tienen nombres muiscas: Choachí, Chía, Zipaquirá, Soacha, Sesquilé son nombres indígenas. Los muiscas eran los que habitaban esta región Cundinamarca, no, Dinamarca no, Cundinamarca, sí, eran los dueños de la sal y el maíz que cosechan acá, tenían sus pueblos. Chía era la luna, en esta región adoraban el sol y la luna, ellos comparten eso, los muiscas y los incas y los aztecas, todos ellos adoraban el sol, claro que yo también adoro al sol, más con estos fríos que hacen acá en Bogotá, acá no hay estaciones como en México, acá siempre hay frío y niebla. Mire, eso de allá es niebla. Sí, acá siempre hace este frío, cambia de todo menos el clima. Sí, es un burro el que va ahí atrás, y al burro también le queda más rápido venir por la Circunvalar. Por allá se va al cerro de la Virgen de Guadalupe. ¿Que no es mexicana? Eso digo. Y es que aquí se escuchan más mariachis que en el Garibaldi de México. Mejor

dicho, Bogotá es Garibaldi dos, aunque dicen que el de allá es espectacular. Aquí gustan los mariachis pero de una forma, cómo les digo, que para matrimonios, para cumpleaños, para todo se usan mariachis, y, miren que hay buenos mariachis. Es que la cultura mexicana está muy presente aquí. Pero muy presente está, el Chavo, las películas del Santo, las de Capulina, las de Cantinflas, y las telenovelas. Mejor dicho, acá hicieron una que se llama *La hija del Mariachi*, excelente historia, era con actores mexicanos y colombianos. Y desde que yo tengo memoria acá hay un teatro que se llama el Teatro México que es un ícono de Bogotá. Pasamos ayer, allá donde estuvimos frente al otro evento, eso es hermoso, lo tienen bien cuidado. Le voy a decir, aquí hay más hermandad de nosotros los colombianos con los mexicanos o más cuestiones culturales que nos acercan que con Venezuela que la tenemos aquí al lado. Uno siempre se lleva mejor con el amigo o cuate que dicen ustedes que con el pariente. Ahí está, ya llegamos, acá los espero para llevarlos al mercado obrero a almorzar.

***

Pero qué es este frío, amiga, no es de Dios. Me queda más fácil mandarte mensaje de voz pero no te voy a decir lo que es la *shakirada*, espera a la noche, acá te muestro en YouTube porque es muy claro el concepto, ya verás. Esta tarde me quedo en casa a comer helado y a llorar. Me rompieron el corazón, qué te digo, amiga, me enamoré.

***

Gracias por venir, buenas tardes, yo tengo una pregunta y un comentario. Primero quiero decirle que yo tuve hace muchos años una novia mexicana que me enseñó el tequila, porque las telenovelas y El chavo ese los pasaban en Colombia desde siempre, pero el cariño a la cultura mexicana lo tomé de ella y con ella tomé mucho tequila y me la pasé muy bien, y yo le quiero decir que tengo mucho amor por la cultura mexicana. Aunque sí tengo una pregunta que quiero hacerle, ¿usted ha escrito sobre gente lisiada como yo? Porque yo de eso he sufrido toda la vida, no me aceptan, me miran con

prejuicios, no me abren la puerta por ser lisiado, pero, ¿sabe qué? La razón por la que yo estoy aquí en esta biblioteca y la razón por la que la vine a escuchar es porque a mí los libros siempre me han abierto la puerta, ellos no me juzgan como me ha juzgado la gente, yo por eso le tengo amor a las lecturas, así que si no ha escrito sobre gente como yo, le pido que lo haga porque nosotros estamos agradecidos cuando los libros nos abren la puerta que la sociedad nos cierra.

***

¿Qué más? Ya somos dos, amiga, yo también he llorado hoy, aunque por otras razones. Qué bueno que te fue bien en la biblioteca. No, ese mercado no lo conozco, pero me cuentas.

***

¿Cómo es que se llama ese caldo famoso de México? ¿Pozole? ¿Ese es como el ajiaco? Verdad. Ahora que los lleve al mercado obrero les voy a presentar mi sopa favorita de aquí de Bogotá, no sé si se parece a la de allá, pero es que culturalmente y hasta religiosamente hay muchas similitudes. Aquí la mayoría es católica, ese es nuestro gen. Tenemos como los mismos dolores de patria, los españoles vinieron y nos acabaron, allá también. Los políticos corruptos se parecen, el narco, mejor dicho, el Chapo y Pablo Escobar se hicieron el uno al otro. Yo atiendo muchos mexicanos porque yo trabajo de fijo en el hotel Hilton cuando no estoy con la Cámara del Libro y viene mucho turista mexicano y veo muchas similitudes, en México y en Colombia todo se parece, nosotros nos parecemos mucho excepto con el picante, aquí nos gusta, pero no tanto como en México. Ahí sí que sale vengativo por la puerta de salida, ¿no es esa la venganza de Moctezuma como le llaman ustedes? Me parqueo aquí cerca del mercado, allá está.

***

El caldo rompecolchón, ajá, es un caldo de pescado a base de leche de coco, es un caldo que viene muy bien preparado, ajá. Los mismos clientes le colocaron el nombre, ajá, porque era un caldo muy afrodisíaco, luego venían con sus esposas embarazadas, ajá, y le colocaron el nombre del caldo rompecolchón, entonces ya se volvió como la cosa del caldo afrodisíaco aquí del mercado, ajá, así se quedó. Se toma por la mañana porque es un caldo rompecolchón, ya a esta hora nomás hay sancocho, el caldo rompecolchón solito vale cinco mil pesos y lleva una posta de pescado y es un caldo muy rico, ajá, y pues ya si piden la arepa, por separadito todo, ya cuesta aparte, ajá, pero es muy delicioso, ajá. Tres sancochos entonces, ajá.

***

Don Martín, ¿qué más? ¿Qué lo trae por acá? Ya no me había venido a ver. Tomás, qué gusto. ¿Vienen de México pero usted es colombiano, usted mexicana? Con el mayor gusto. Para el dolor de cabeza tengo esto que se llama algarrobo, por dentro es como guama, si sabe cómo es la guama, es una cosa así larga, es café, eso se rompe y tiene adentro un polvo y ese polvo se echa en jugo, y eso es bendito para el dolor de cabeza, el dolor de cabeza siempre es debilidad de la cabeza, pero para la debilidad del estómago, para el dolor de estómago, le da a uno diarrea o retortijones, para eso está la manzanilla, con un poquito con agua hirviendo y manzanilla con eso se alivia el dolor de estómago del guámbito, del mayor, del que sea. La albahaca es para hacer aromáticas, para hacer pasta. Hierbas afrodisíacas también tengo, la baba de la sábila que es esta de acá se pone una penca para un litro de agua, y todos los días se toma, para que le dé vitamina al pene, esto es lo que da la potencia al pene. Este negocio era de mi mamá, aquí la tengo en esta fotografía, ella llevaba muchos años aquí, yo aprendí todo de ella porque uno tiene que seguir, ¿cómo le dicen a eso? La tradición. Uno tiene que seguir la tradición, tengo cuarenta y cuatro años en este mercado, prácticamente yo nací y crecí en este mercado, y acá nadie tiene un seguro ni nada, pero pude seguir la tradición del trabajo para curar, en mi caso la de mi mamá. Después de que mi mamá falleció ahí si me vine

yo de lleno, un año ya que falleció, pero igualmente yo siempre estuve pendiente de ella, y así fue como le aprendí todo. Mi mamá llevaba más de cincuenta años aquí en esta plaza, imagínese que nosotros fuimos criados adentro de esos cajones donde metían el plátano, ahí donde nacían los ratones, ahí crecimos mi hermana y yo. Mi hermana tiene un puesto de ensaladas aquí enfrente, y mis sobrinas y mi hijo venden fruta allá abajo. Nomás somos nosotros, mi mamá se murió y no supimos de dónde era mi papá, mucho voltaje de mi mamá de no comentarlo nunca, ¿no? Mi papá supuestamente es del Valle, pero quién sabe de qué parte del Valle, mi mamá lo último que nos dijo era que ella nació en Ecuador, y de ahí saltó al Huila y del Huila saltó aquí a Bogotá, pero pregúntenme si tengo abuelos, tíos, nada, no nos dijo nada mi mamá, no supimos de qué parte veníamos. Estas esencias se echan en pebeteros, y estos se los comen las mujeres para adelgazar, pero eso es un peligro porque con eso hacen el veneno de las ratas, a menos de que las ratas busquen adelgazar también, eso sí ya no se sabe.

***

Amiga, mi plan de la tarde es seguir llorando hasta que lleguen ustedes. ¿Tienes otro evento? Eso no es de Dios, amiga, no te sueltan. Qué bueno que tus suegros no están acá porque no te hubieran dejado verlos, te tienen capturada. Vas al otro lado de la ciudad, suerte en el tráfico. Vivo cerca del Gimnasio Moderno adonde vas, después de que te tomes el café con tu amigo de ahí mándame un mensaje. No hay manera que vaya, amiga, te mando una foto de mi estado actual.

***

A partir de ese dicho de que los colombianos no son originales porque el aristócrata quiere parecer inglés, el intelectual, francés, la clase media, gringa, y los pobres, mexicanos, confirma que la presencia del pop mexicano en la cultura colombiana tiene cantidad de vasos comunicantes, más allá de los vínculos que hay tan claros como el Cine Azteca y el Cine

México, en el centro de Bogotá, donde antes sólo pasaban películas mexicanas, y los enlatados gringos nos llegaban con traducciones en mexicano, todo lo que nos hacía hablar en mexicano como las telenovelas, al grado de que cuando vamos a México por primera vez nos sentimos en un lugar ya conocido. En lo musical, Luis Miguel aquí desde muy chiquito fue muy exitoso aquí, Yuri, ¿quién no se sabe de memoria «La maldita primavera»?, Juan Gabriel ni se diga… Pero hay un año importante que es el año 1995 porque sale *El Dorado* de los Aterciopelados y *Pies descalzos* de Shakira, y que hayan salido esos dos discos fueron como las patas que llevaron la música colombiana al resto de Latinoamérica, por ambos flancos, el rock y el pop. Por eso yo entiendo aquello de que se van a juntar a un duelo de Shakira y de Juan Gabriel, aunque les falta rock en su velada. Acá corre el rumor de que Juan Gabriel no murió, dicen que fue una movida de su mánager, pero nadie sabe, yo sí he llegado a creerlo. Esa conexión musical existe desde hace mucho, esos vasos comunicantes están desde antes. Yo te cuento que en 1988, el 17 de septiembre para ser exactos, en el Estadio Nemesio Camacho El Campín se llevó a cabo Bogotá en Armonía, el primer gran concierto en Colombia, que si bien había antecedentes de rock colombiano es en los años ochenta que empieza a popularizarse Soda Stereo, incluso bandas que ya habían pasado en Argentina como Sui Generis y Serú Girán de los setenta, acá empiezan a llegar en casetes piratas en la década de los ochenta. Eran años muy difíciles, el narcotráfico permeaba toda la sociedad colombiana. Para el fútbol el año 1988 es nefasto porque en ese tiempo está a *full* el cartel de Medellín y Gonzalo Rodríguez Gacha, alias El Mexicano –porque tenía una fijación con la cultura mexicana–, un señor de allá de Pacho, Cundinamarca, municipio sabanero donde hay ganado, este señor fundó los grupos paramilitares, en fin, le gustaba contratar grupos para fiestas privadas, se hablaba de muchos cantantes de todas partes porque les pagaban una fortuna por venir a las fiestas privadas, y El Mexicano termina involucrado con eso y también con el fútbol, y de alguna manera ese concierto de conciertos fue un respiro en medio de un momento muy difícil, en tiempos en los que había simulacros de amenaza terrorista todos los días, porque El Mexicano había amenazado con poner una bomba en un colegio en Bogotá y todos los colegios hacían

simulacros, no por un desastre natural como sé que allá hacen con los terremotos en México, sino por terrorismo, cualquier carro mal parqueado era susceptible de ser un carro bomba y, de hecho, explotaron varios carros bomba en esos años ochenta, hasta pusieron dinamita en un avión de Avianca que iba a Cali, apenas despegando de Bogotá, explotó en el aire, y todos crecimos con esa imagen, ese miedo, estábamos amenazados todos los días, así crece mi generación y ese concierto fue un oasis en el desierto. La primera vez que los empresarios y, sobre todo, una emisora juvenil llamada 88.9, La Súper Estación, hacen un concierto de rock en español aquí, los empresarios estaban un poco dudosos pero dicen está bien, patrocinamos, pero vamos a meter baladistas que lleven público. Así es como hacen el primer gran concierto que empieza a las cinco de la tarde y termina a las cinco de la mañana, no por la cantidad de grupos que había, sino porque no tenían la estructura para hacer un concierto de ese nivel, el sistema de sonido era muy precario y el cambio entre grupos se demoraba una hora o más, y, mientras montaban el escenario para el siguiente grupo, una cosa hoy inconcebible, salió Miguel Mateos a las cinco de la mañana ya bravo, porque cómo así, ya había sol, y él era el que cerraba el gran concierto, y un grupo bogotano que nació en el Gimnasio Moderno que se llamaba Compañía Ilimitada también tocó, tenían un tema que se llamaba «En la calle» que fue un éxito que atrancó eso. Ahí se popularizó otro grupo colombiano llamado Pasaporte, Elsa Riveros, una de las mejores voces que ha dado Colombia, de hecho, hace poco en un concierto de Juanes en Washington, ella estaba ahí sentada en primera fila, y Juanes dice aquí está mi ídolo Elsa Riveros… Toca Prisioneros que era el más popular de Chile, Toreros Muertos, Miguel Matos, Franco De Vita, José Feliciano cantó «Por qué te tengo que olvidar» y empieza a lloviznar, y él siguió, «si yo te amo». Para muchos de los que estábamos ahí a los catorce, quince años, fue nuestro primer concierto en medio del campo minado en el que estábamos, y me acuerdo de que verdaderamente sobresalió en ese concierto la presencia de un grupo mexicano llamado Timbiriche, que traía muy jovencitas a Thalía y a Paulina Rubio juntas, y que eran famosas por la banda sonora de una telenovela que era muy popular que se llamaba *Quinceañera*, los sábados a las dos de la tarde, cuando en Bogotá sólo había

dos canales y medio, porque el canal 3 nomás duraba medio día. Adela Noriega que hace el papel de una niña de un colegio de monjas que se enamora de un mecánico de un taller automotriz y pues ahí todos muy rockeros, pero nos sabíamos esa de yo no sé por qué me siento hoy tan diferente, por qué siento qué ya no soy la misma, y acá viene lo mejor: y ahora, despierta la mujer que en mí dormía… El asunto es que cuando sale Timbiriche todos empiezan a chiflar porque cómo así, qué hace Timbiriche en el escenario del santuario del rock, pero bien que todos cantamos. Podríamos decir que fue la primera lucha pública entre el rock y el pop, podríamos decir ese primer gran concierto en Colombia también fue mexicano. Ahora yo no sé qué hubiera pasado si en vez de Timbiriche hubieran traído a Juan Gabriel, yo creo que eso hubiera, mejor dicho, hubiera sido el matrimonio del pop y el rock mexicolombiano.

***

Mija, ya venga. Está cerca. Venga, ya llegaron todos. No me ponga condiciones. La *shakirada* es algo que uno dice pero qué le pasa a Shakira, un momento en el que uno dice pero por qué, a ver, Shakira dime qué pasa, todo está bien, baila espectacular, mire cómo mueve las caderas, Shakira, pero cómo así que empieza a bailar como tarántula o hacer sus *shakiradas*, venga, amiga, acá le mostramos en el YouTube, ya pedimos la pizza.

Roger Mello
(Brasilia, 1965)



Foto: © Diana Navas.

Ganador del Premio Internacional Hans Christian Andersen en 2014, en la categoría Ilustrador, considerado el Premio Nobel de Literatura Infantil y Juvenil. Ha ilustrado más de 100 títulos, 25 de ellos escritos también por él. Su libro *You can't be too Careful!* figuró entre los siete mejores del año 2017 por Kirkus Reviews, y como uno de los cuatro mejores libros infantiles traducidos al inglés en 2017 por la Lista del Mildred L. Batchelder Honor Books. En 2014 recibió el Chen Bochui International Children's Literacy Award como mejor Autor Extranjero en China.

Sanguina

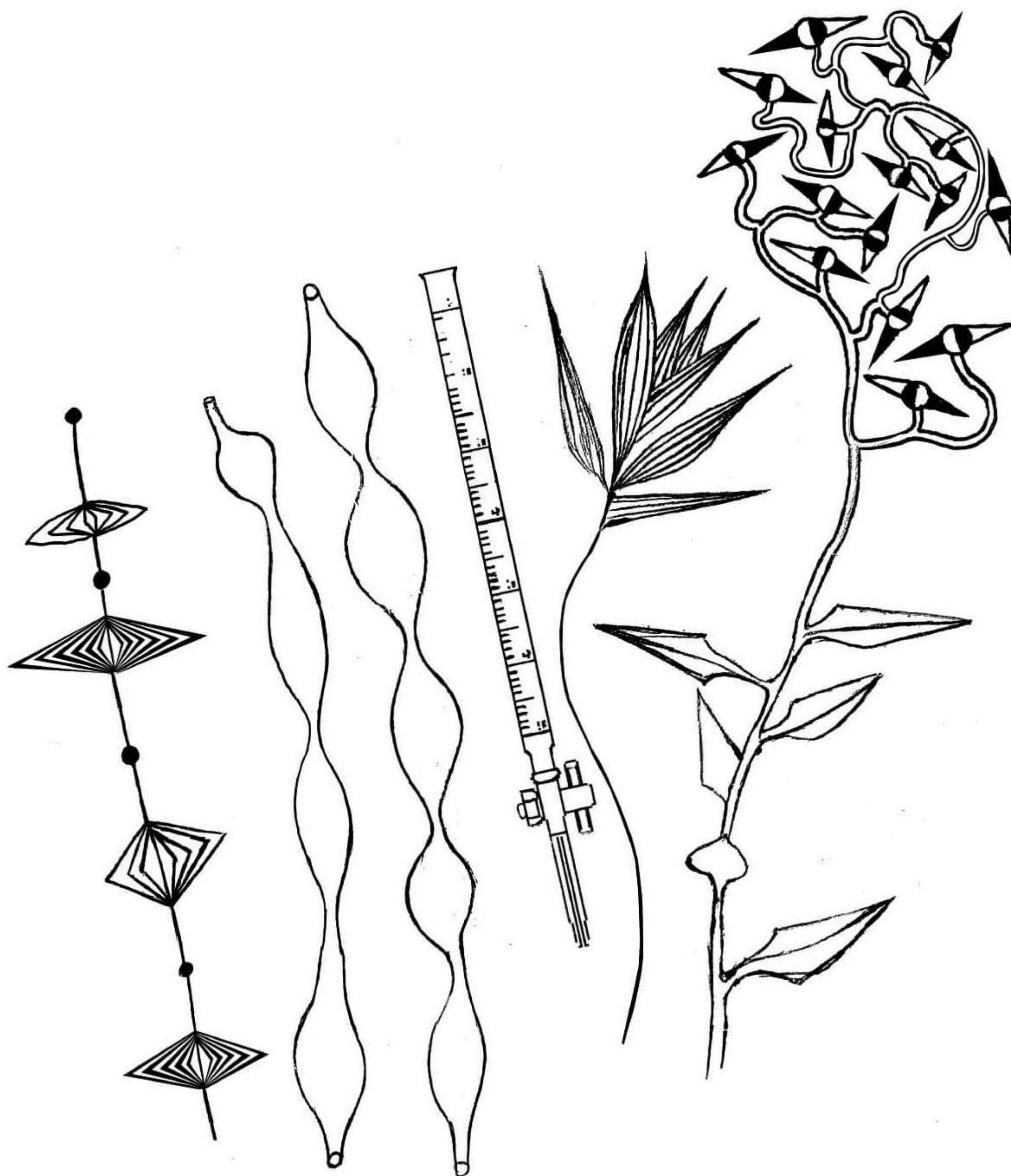
Traducción de Mariana Serrano Zalamea
Ilustraciones de Roger Mello

Las calles y las avenidas numeradas son como un código genético que transforma la carne en cifras. La carrera 33 con la 7ª. Es evidente que antes el nombre de las dos calles no estaba hecho de números. Entonces, ¿de qué estaba hecho? La ventana de la clínica me obliga a ver un café sin ladrillos a la vista, al lado de una tapia llena de anuncios de colores fosforescentes que esconde la carcasa de una sala de cine. Aquí arriba, él y yo somos batas blancas ambulantes cuyo relleno son dos personas, los pliegues marcados con plancha, personajes vestidos de un blanco aséptico, un poco inexpresivos, de poliéster impecable, somos sombras en un corredor sin sombras. En la esquina con la calle 7ª, hay un edificio de hospital, y el área de las enfermedades tropicales, está aquí, en el vigésimo piso, a dos mil setecientos sesenta y cinco metros por encima del nivel del mar. Les añadí los pisos del edificio que interrumpe la lluvia, a los dos mil seiscientos metros de la ciudad. Hago cuentas como quien respira. Mi asistente y yo nos esmeramos en los detalles de las cosas. Se llama Décio. Una vez me dijo que yo tengo los ojos tristes de la gente de las tierras bajas, y le pregunté si no sería justamente lo contrario. Después de recordarle sus propias palabras, él torció la boca como si no supiera de qué le hablaba.

Manipulo manipulo manipulo una placa de Petri que contiene unos insectos gordos. Tres insectos gordos, pero prefiero hablar después de eso. El mismo tipo de insectos infestan las casas de madera del interior de Brasil y Colombia. Pero ahora no voy a hablar de eso, caramba, ya lo dije. Calma. Calma. Respiré. La respiración es un viento que acomoda los órganos

internos. Y me da ilusión. Décio me dijo que la palabra *ilusão* en portugués no quería decir exactamente lo mismo que la palabra *ilusión* en español. Ay, los falsos amigos, podría acordarme de otros casos de palabras como esas: ilusión e *ilusão*, exquisito y *esquisito*, pastel y *pastel*, ay, el español, ay, el portugués. Ya mismo podría recordar otros casos.

Bajamos por un tinto al café de al lado de la sala de cine tapiada; por cierto, siempre bajamos y a la misma hora. Décio me llamó la atención jalándome el codo, pero eso no fue lo que me hizo ver entrando al hombre de la chaqueta marrón. Fue la chaqueta marrón en sí misma. La lluvia era plomiza, como sucede en el lugar común de la literatura policíaca. El hombre de la chaqueta marrón era exactamente a quien esperábamos, un especialista en paleomedicina. Finalmente, él logró hacernos un espacio en su agenda. Un detalle: él fue quien nos contactó. El hecho de que su figura no combinara con nada de nuestro alrededor, no le impedía que se sintiera como en su casa. Debe haber repetido la expresión «mal de Chagas» unas tres veces, antes de pedirnos otro tinto y decirnos que encontró registros del mal de Chagas en una momia muisca. Y lo dijo con entusiasmo. Aparentemente, la enfermedad se había difundido entre las personas mucho antes de que los europeos pisaran esta tierra. No tardó mucho en preguntarle a Décio sobre la política en el Brasil. «¿Ahora que una momia conservadora fue elegida como presidente?», quiso saber Décio, mientras mordía la punta del pastel, «¿aquí pastel es otra cosa, no es cierto?, yo sé, lo recordé, pero volviendo a la política, ¿eso qué tiene que ver con su investigación? Todo. Entiendo. Todo tiene que ver con todo». Y esa charla repetida entre los dos se intercalaba de manera enfática con el sonido de cubiertos que llegaba desde la mesa de al lado. Después hubo un intento de explicación sobre por qué siempre se elige a la criatura más desgobernada para gobernar. «Una paradoja de la democracia», creo que le oí refunfuñar a Décio algo así por el estilo, antes de que deglutiera el resto del pastel. Y a dos calles de allí otro reguetón más se oía palpitando en el radio de un carro, indiferente a todo.



Los dos me pidieron que siguiera y que nos subiéramos a su carro. La ciudad corría en la dirección contraria del trancón. «En una época este lugar fue el corazón empresarial de la ciudad, ahora el corazón se trasladó, y palpita más hacia el norte, en donde aumentan los números de las calles»,

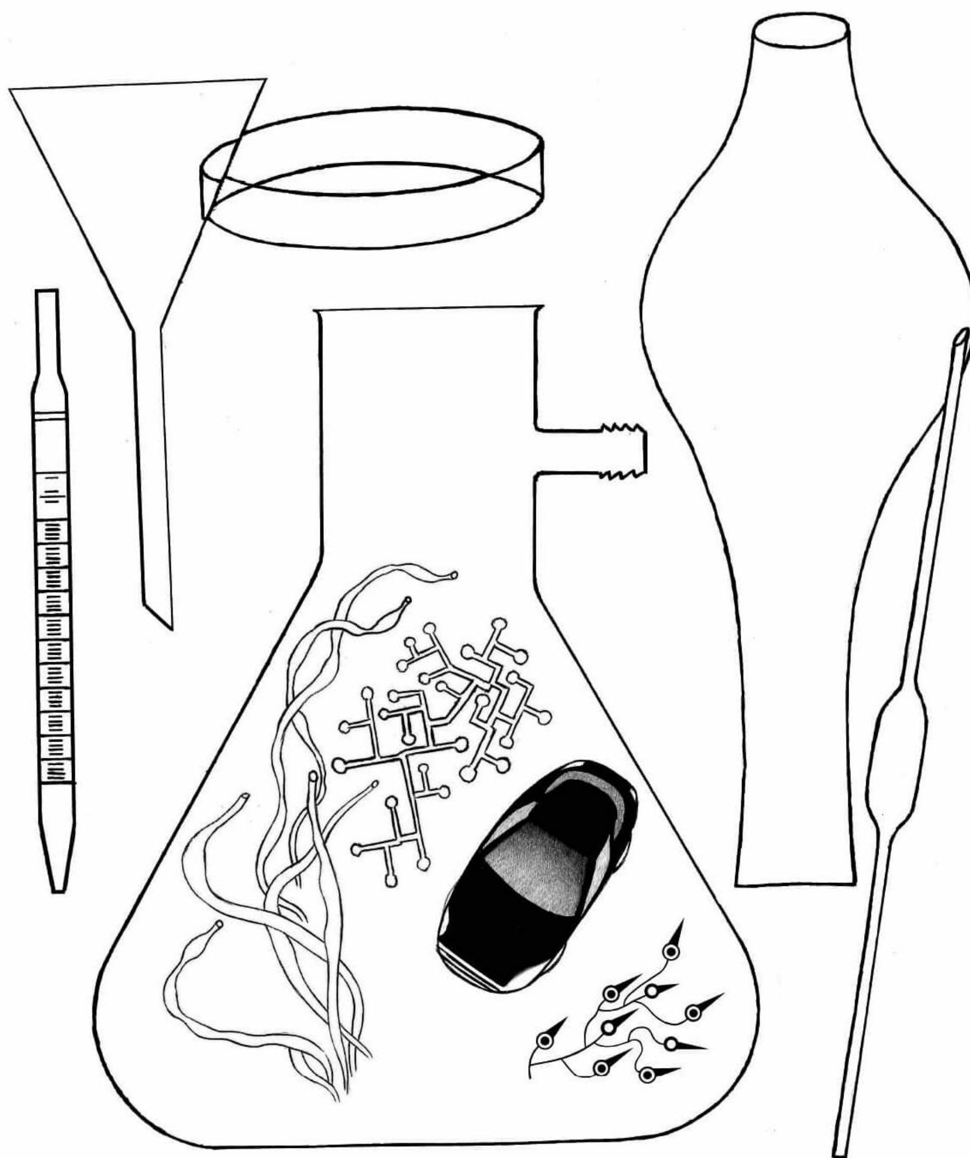
esto fue algo que uno de los dos dejó escapar, ¿quién sabe si no fui yo misma? Un corazón infectado por el mal de Chagas también se hincha antes de que necesite ser sustituido por otro, o por un marcapasos. Mi padre llamaba *coração de boi* a esa enfermedad, dijo el brasileño, corazón de buey, como ustedes dicen por acá. Como quien dibuja, él escribió la palabra *boi* en el iPad, y el traductor electrónico escribió buey en letras Times New Roman. La velocidad del carro borroneó las dos palabras. Y la cordillera abarrotada de casas parecía una boca de dientes armónicos. Una boca. Un corazón en la boca.

Aún tardaríamos bastante en deshacernos de la ciudad y llegar al punto de la montaña en que comenzaba su casa, por un camino de curvas. Las llantas hacían que explotaran las piedritas, poniendo a prueba su caucho nuevo e impecable. Dos curvas después aparecía la casa como un origami de un libro desplegable. ¿Cuál era el nombre del arquitecto? Lo olvidé, el jardín era dulce y arterial como los jardines de Isamu Noguchi, ¿no fue él quien lo diseñó? «No, fui yo mismo», dijo, mientras la puerta del carro se abría automáticamente y hacia arriba, con una sofisticación que él ya no percibía. Para él, la paleomedicina era casi tan importante como el paisajismo. La casa no era tan inmensa, pero respiraba como una piel de anfibio entre las paredes metálicas y las panorámicas de vidrio sesgadas. El concepto del paisajismo tenía continuidad en las fotos de jardines rupestres muy negros y blancos: en los muebles y en las piedras y en los objetos y los floreros de adentro de la casa. Desde allí se divisaban los múltiples ejes de la ciudad y las luces que se hacían más fuertes a medida que el horizonte se desvanecía; en una combinación de alivio y de espacio abierto fusionados con el pisco peruano y con el viento. Era imposible no pensar que ahora mismo los insectos en el laboratorio, en el otro lado de la ciudad, estarían más activos, en un recipiente tibio de vidrio, como nosotros tres acá. Nosotros cuatro; evidentemente, su esposa es más hermosa que yo, y eso que yo me considero hermosa. Ella me dice que es buena haciendo masajes, que conoce una técnica coreana y, de antemano, descubre tres nódulos en mi hombro en un único, eh…, ¿cómo defino eso que ella me está haciendo en el hombro? «Defínelo como un mimo». Lo defino así. El dolor era increíble y el alivio aún más grande. La contradicción en su mejor

expresión. «¡Wau!». ¡Qué cosa, dejé escapar sin querer un wau! «Hace bien, ¿no es cierto?», dijo, soltando mi hombro y recostándose contra la ventana más amplia, hasta convertirse en una silueta.

Él se le une a su esposa en ese conjunto de sombras que la favorecen más a ella. En realidad, el corte de los dos cuerpos es armónico. No sé en qué momento me pareció obvio que los dos se me estaban insinuando, que querían algo más que sólo información sobre el mal de Chagas y detalles sobre las variedades de insectos portadores en Colombia y Brasil. «¿El chinche, el pito?». Sí, el pito, tres ejemplares de insectos hinchados de sangre entraban en actividad en ese mismo momento, en el vigésimo piso de la esquina de la carrera 33 con calle 7ª. Allí, los insectos se despertarán del sueño diurno dentro del recipiente de vidrio, dentro de una arquitectura casi tan moderna y despojada como esta.

Ella me pregunta de dónde surgió mi insistente interés por la enfermedad. «¿Viene desde mucho antes de lo que sucedió?», insistió, como si lo supiera. Le pregunté si ella sabía del de la eh, de todo el asunto, ella dijo que sí sabía. ¿Quién te dijo? Él. Tu amigo brasileño me lo dijo. Tuyo, es decir, mi asistente. Mi asistente me miraba desde un punto en la distancia, mientras manoseaba una escultura moche que casi se cae para el disgusto de los anfitriones. Entonces ustedes ya saben que soy portadora de la enfermedad. Ellos sí lo sabían; sonrieron como si eso me convirtiera en alguien especial: en una iniciada, una sacerdotisa.

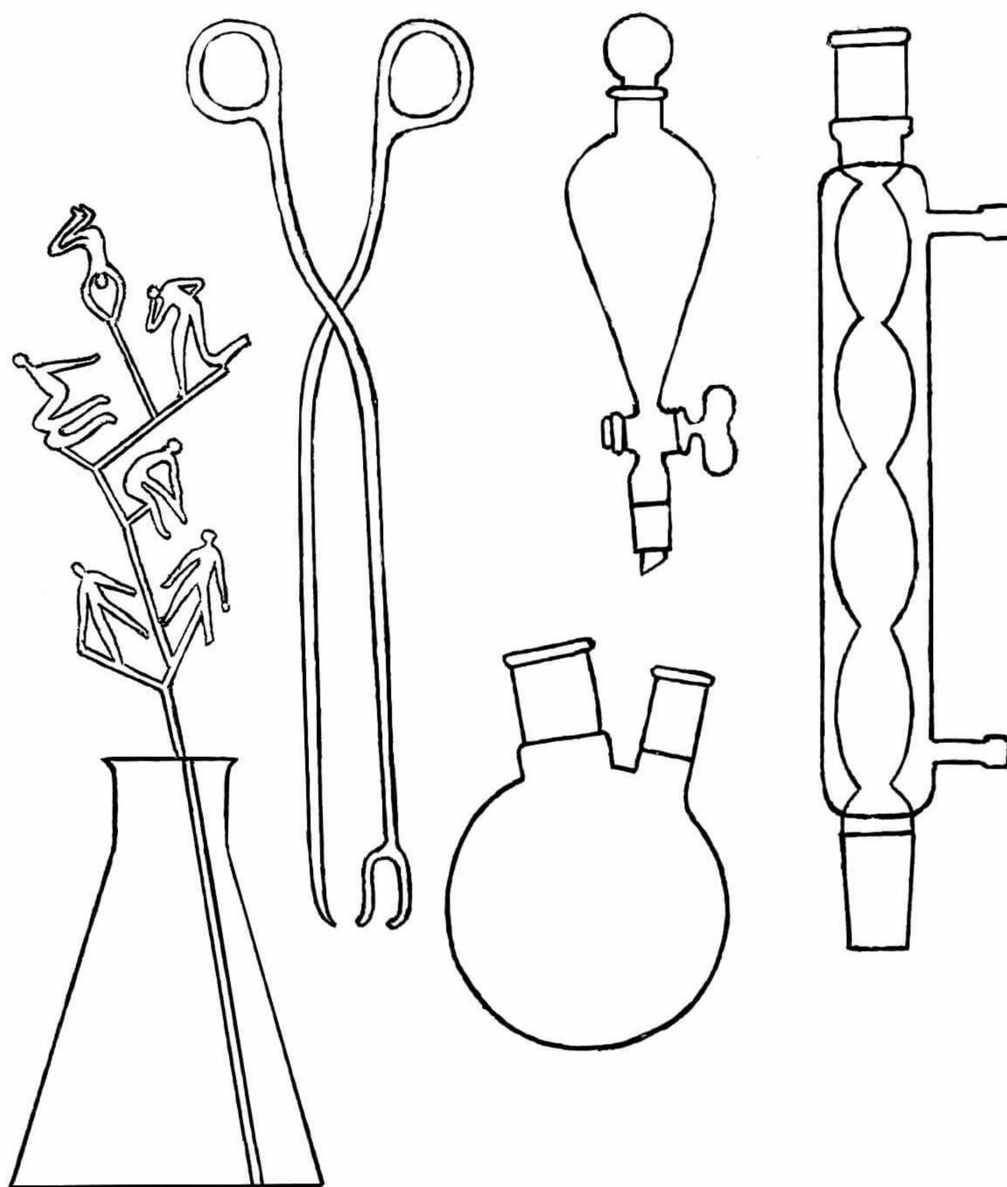


Sacerdotisa, él y ella se rieron, yo misma me reí mucho y mi asistente ocultó la sonrisa después de enderezar la escultura para apoyarla en su lugar, como quien pide perdón por profanar una reliquia. Debe ser que mi asistente es como una especie de fetichista. ¿Cómo me convertí en

«sacerdotisa»? Les expliqué que en ese momento yo manipulaba una inyección con sangre contaminada. Sucedió lo imperdonable, perdí el equilibrio, me resbalé en la esquina de la mesa en donde estaba otra placa de Petri con dos pitos. La placa se deslizó hacia el rincón, intenté evitar que se cayera al suelo, algo que no habría sido tan grave, pero descuidé la otra mano, la de la jeringa. Y la jeringa se cayó, apuntando hacia mi pie. El pie derecho. La fuerza de gravedad clavó la aguja dentro de mi carne, como una lámina en icopor. «Usted misma se contaminó», el paleomédico repitió lo obvio en voz alta, como si todos los que estábamos allí no lo supiéramos. «Aún había cura en esa etapa de la enfermedad», la esposa le añadió esta frase al contexto mientras caminaba en mi dirección, haciendo una transversal perfecta desde la ventana hacia el sofá en donde yo sigo sentada. El masaje coreano va a recomenzar, y eso me produce una combinación entre tranquilidad y excitación. «Sí, aún había cura en esta etapa de la enfermedad, y se tomaron las medidas profilácticas», eso obviamente no lo dije yo, sino Décio. Él sabía más del asunto que yo misma: es un especialista en el propio Carlos Chagas, el médico brasileño que catalogó la enfermedad y le dio su nombre, el mismo Chagas que está con su traje elegante bajo la luz blanca y negra del despacho negro y blanco, en la foto que mi asistente tiene como fondo de pantalla en el iPhone. Y otra foto del palacete estilo morisco, en el cerro frondoso del suburbio de Río, como si fuera una foto de la casa de un marajá en Rajastán. O la de un palacete temático en Barranquilla. ¿O en Cartagena? «En Cartagena, sí, Cartagena». Se tomaron las medidas profilácticas, caramba, todo de manera ejemplar. Somos una referencia indiscutible en términos de laboratorios, uno de los mejores centros de investigación. La verdad es que yo había adquirido la enfermedad desde mucho antes. O mejor, tengo el protozoario que causa la enfermedad en mi cuerpo, pero este no se ha manifestado. Lo tengo desde que era pequeña. La choza de madera, las tierras bajas son las que me dan esta cara triste. La aldea, la lluvia de panfletos políticos durante la época de elecciones, la guerrilla, el calor del viento, el calor del regazo de mi madre que aún aún aún me calienta. «Mis ojos tristes de sacerdotisa no tienen nada que ver con el paisaje de las tierras bajas, ¿oíste Deció?». Es todo lo contrario. La enfermedad en sí misma nunca se ha manifestado. Mi corazón

infestado de protozoarios no ha crecido, ni siquiera después de volverme adulta. Continúa del mismo tamaño. Tal vez continúa del mismo tamaño de cuando yo era una niña. Ese pensamiento debió hacerme escapar una sonrisa, porque todos se quedaron en silencio. Entonces, ¿de qué tamaño es mi corazón? Debe ser del de un puño cerrado, porque mostré mi puño cerrado cuando dije eso. El puño cerrado me devolvía un poco de la tensión que ella le había quitado a mi hombro con el masaje coreano.

Pero ustedes no nos trajeron aquí para que yo les hablara de cómo me infecté, ¿o sí? Ellos me decían que no, que no se trataba de eso. Décio también lo negó con la cabeza, en un pacto extraño con los desconocidos. ¿Desconocidos? Ahora dejé de buscar alguna complicidad en la mirada de Décio, no lo sé. El paleomédico se contactó primero con él, o ¿no fue así? Caramba, no voy a adornar su nombre, ni el de su esposa, tampoco voy a preguntárselos otra vez, ¿cómo es que era tu nombre, y el tuyo? Mejor no recordar los nombres, eso sería íntimo, nada de eso. ¿Será que ellos ya conocían a mi asistente? «Sólo se trata de una colaboración, mi oficina y la suya», dijo él, nuestro background y el de ellos. Las momias muiscas, las casas húmedas de las tierras bajas, un palacio en Río, la política y los retratos en negro y blanco, todo junto. Pero yo no tenía que responderles ahora mismo. Tendría todo el tiempo del mundo para hacerlo.



La ciudad se veía iluminada por un tránsito fuera de lo normal. El ruido del vidrio a prueba de ruido. «¿A prueba de ruido?», repetí mi pensamiento y él lo confirmó, «Totalmente a prueba de ruido, ¿otra dosis de pisco?». El forro acolchonado del banco de atrás del automóvil.

No muy lejos de allí, los campos de los páramos y la cordillera fabrican agua con su sudor, las montañas dejan fluir una especie de alivio que incómodo desciende por los alrededores. Y desciende por la ciudad que es la preferida de él y de ella. La ciudad preferida de mi asistente brasileño. Aunque él no conozca ninguna otra, aun así, es su preferida. El corazón se acomoda en las vértebras del cuerpo, como un reloj en una caja forrada. Como en ese estímulo bobo de quien, por primera vez, siente que el corazón comienza a crecer.

Rodrigo Fuentes
(Guatemala, 1984)



Foto: © Noé Obregón.

Recibió el Premio Centroamericano Carátula de Cuento Breve (2014). Escribió el libro de cuentos *Trucha panza arriba*, publicado en distintas editoriales de América Latina y traducido al francés y al inglés. Es cofundador de la revista de arte contemporánea y literatura *Suelta*, así como de *Traviesa*, editorial digital y revista literaria bilingüe. En 2017 fue escogido entre los 39 escritores menores de 40 años más importantes de Latinoamérica, en la segunda edición de Bogotá 39.

Realitá

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

Fue después de varias entrevistas, en persona y por teléfono, que Omar supo que tenía posibilidades de ser seleccionado para *Protagonistas de Nuestra Tele*, el reality colombiano.

Le pidieron que llegara al estudio a hablar con uno de los libretistas del programa. Debían ser solo treinta minutos, pero la conversación duró hora y media. Hubo sintonía, el intercambio fue de ida y vuelta. Poco después, Omar recibió un mensaje en Facebook donde el libretista le decía que se reunieran en el Park Way.

Quería hablarte, le dijo a Omar ya sentados en una banca, porque me caíste bien y quiero hacerte una recomendación: No participés en *Protagonistas de Nuestra Tele*.

¿Y eso?, preguntó Omar.

Es que veo que sos una buena persona y te quieren en el programa, respondió el libretista, pero si participás vas a terminar arruinando tu carrera.

Omar era estudiante y actor –había trabajado sobre todo en teatro, pero también en algunos spots y comerciales.

Pues gracias por el aviso, respondió asintiendo.

Va a pasar lo siguiente, dijo el libretista: van a llamarte de la producción y te van a citar a una reunión. Pero es una reunión falsa, lo que

quieren es agarrarte ahí mismo y llevarte a un hotel y dejarte aislado por una semana. Es una primera prueba para ver si podrías aguantar el reality.

Omar sabía que *Protagonistas de Nuestra Tele* duraba aproximadamente cuatro meses, y en ese tiempo los participantes no tendrían acceso al mundo exterior, ni a computadoras ni a celulares ni a nada de nada. Incomunicados. Pero el ganador –seleccionado por un jurado del mundo artístico y de la farándula colombiana– se llevaría la firma de un contrato de actuación con la productora RCN.

No, pues gracias por ser tan franco, respondió Omar.

Por dentro, estaba feliz. Las palabras del libretista habían terminado por convencerlo. Ahora se trataba de un reto. Si su estilo y su manera no compaginaban bien con el resto del elenco, significaba que sus posibilidades de ser seleccionado como el ganador eran incluso mayores. Además, uno siempre quiere cambiar el mundo, se le ocurrió a Omar, nadar a contracorriente.

Luego de esa conversación en el Park Way, Omar y el libretista terminaron enredados.

BOGOTÁ, 2019

Es de noche y comemos arepas en un restaurantito a la par de Doña Ceci, en el barrio La Candelaria. Resulta que Camilo, mi anfitrión en Bogotá Contada, visitó Guatemala hace unos años. Me está contando con sonrisa plena sobre sus experiencias con la cerveza Gallo, los *cerotes* que conoció y el lago en el departamento de Petén donde pasó varias noches estrelladas. Le doy un sorbo a la Club Colombia que tengo frente a mí.

También estuve en Honduras, dice ya encendido, justo después del terremoto del 2009. Recuerdo que mi mamá miraba aterrorizada las noticias desde Colombia, porque se temían réplicas.

Ese fue el año en que le dieron el golpe de estado a Zelaya, ¿verdad?, pregunto.

Cabal, responde (hemos estado intercambiando guatemaltequismos con este chapín honorario). Justo me fui una semana antes de que lo sacaran del

país.

Ese golpe lo promovió Hillary Clinton desde el Departamento de Estado, digo, el último golpe exitoso de los gringos en América Latina.

Asiente pero tiene la boca llena. La cerveza, la comida, la conversación, me están cayendo bien. Me acerca el recipiente del ají luego de echarle una cucharadita a su arepa y dice que está trabajando una tesis para su programa de escritura creativa.

¿Sobre qué la estás haciendo?

Sobre heterónimos.

Explica que creó cuatro heterónimos —MC Rayo, Albert, Charly y Agni— y los pondrá a producir contenido en redes sociales: música, video, *posts* de todo tipo.

Van a interactuar entre ellos y con otros, dice.

¿Otros? Me pregunto si en algún lugar distante del mundo alguna escritora está creando sus propios heterónimos, si ella y sus heterónimos interactuarán en un futuro cercano con Camilo y los suyos.

Menciono los heterónimos de Pessoa y Camilo asiente entusiasta, con verdadero regocijo, y me dice que en su casa tiene uno de sus libros. Cuando paso al par de días por el apartamento que comparte con su mamá —para lavar la ropa que sale demasiado cara en el hotel—, veré que entre las torrecitas de libros junto a su colchón hay algo del autor portugués.

Pero ahora estamos dándole las últimas mordidas a las arepas, y me dice que al final de su proyecto hará un ensayo hipertextual donde cada heterónimo contribuirá con texto, música, lo que vaya saliendo.

Con entradas y salidas al ensayo, explica, y muestra con sus dos dedos índice todas las posibles trayectorias de esas intervenciones.

Respondo que está buenísimo, e intento imaginar qué tan hiladas y logradas podrían ser esas intervenciones, cuánto tráfico recibirían. También me pregunto si se puede establecer algún vínculo entre los heterónimos y los falsos positivos, esos colombianos anónimos de la periferia que fueron asesinados durante el régimen de Uribe. El Ejército los disfrazaba luego como guerrilleros y los presentaba a los medios como bajas en combate – ejemplos, supongo, de una campaña contrainsurgente exitosa. Pero esa era gente viva, no personajes.

Pago con mis nuevos y coloridos pesos colombianos y salimos a la carrera cuarta a fumar un cigarro. Hay frío, hay alegría, estoy en Bogotá.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

Omar ya estaba advertido, pero aun así sintió un sacudón cuando lo llamaron de NTN 24 para decirle que había sido seleccionado para el casting de un comercial, que llegara a verlos. No había participado en ningún casting, y supo de inmediato de qué se trataba.

En los estudios de NTN le quitaron su celular, sus documentos de identificación, lo llevaron directamente a un hotel. Secuestrado, por así decirlo, durante una semana en esa habitación.

Empezó entonces el proceso de adaptación con llamadas a destiempo, variaciones de horarios de comidas, todo lo conocido como «estímulos de prueba». Observaron cómo reaccionaba, cuáles eran sus *issues*, si es que estallaba. Para entonces ya había pasado por una serie de pruebas psicológicas y de toda índole en las entrevistas previas –sabía a qué atenerse, qué y cómo debía aguantar. Y aguantó.

Para el primer episodio, ya en vivo y en el set, eran treinta los seleccionados. De entre esos treinta, terminaron eligiendo a veintidós para vivir en la Casa Estudio.

La Casa Estudio era un remedo de una casa dividida en distintos compartimientos: tres cuartos, cocina, sala, baños, espacios para entrenamiento actoral y para pruebas de música. Se encontraba al interior de una bodega, junto a los estudios de producción de RCN. Si Omar miraba al techo, lo único que ahí había eran cables, tubos y luces. A los costados, paredes falsas. No entraba el sol, no había vegetación; nunca se sabía si era de día o de noche. Ahí le tocaría estar, si dios y los *ratings* lo querían, durante los siguientes cuatro meses.

Los criterios que determinaban quién sería el ganador del reality eran dos: «convivencia» y «talento». En otras palabras: la capacidad de convivir con los otros concursantes, y la capacidad de actuar bien. En otras palabras: cualquier cosa. En otras palabras: lo que generara *rating*.

A cada quién le correspondió un apodo: por ejemplo, Javier Bilvao (albañil y electricista de Tunja) era «El humilde», Gabriela Garrido (estudiante de televisión y producción de Bogotá) era «La vulgar», María Teresa Blanco (modelo de Cúcuta) era «La damarronga», y a Omar (estudiante de comunicación social de Villavicencio) le tocó «Oscarcito».

Bogotá, 2019

Vamos varios en un carro a una conversación en la biblioteca de Suba, y ya me han estado advirtiendo que está lejos, que hay trancón, que nos preparemos. Pregunto que a cuánto tiempo queda y me responden con palabras ambiguas, alguien se encoge de hombros.

También en Guatemala está así el tráfico, digo, y todos asentimos con cierta pesadumbre latinoa-mericana.

En el camino me dicen que no alcanzaron a conseguir mi libro a tiempo, pero que pudieron sacarle fotocopias y leyeron unos cuantos cuentos. Qué maravilla, pienso, que existan estas versiones piratas del libro –el éxito casi se puede palpar y tiene olor a papel fotocopiado, calentito, recién salido de la máquina.

Es sábado de biblioteca en Suba y al llegar noto mucha gente en las computadoras, en las sillas, leyendo, hablando, pasándola bien. No quiero seguir diciendo que esto no se ve en Guatemala, que me da envidia.

¿Ya probó el tintico?, me pregunta alguien cuando tomo asiento frente a los participantes del club de lectura.

Todavía no, digo.

Ah, pues ahora lo traemos, es parte del club. Es más, dice guiñándome el ojo, algunos vienen aquí solo para eso.

Es impresionante el entusiasmo y la curiosidad y el desparpajo de los asistentes a estos eventos –cada quien habla con confianza, con una comodidad que, al igual que las bibliotecas, parece ausente en Guatemala. Aunque es cierto que hay razones e historia de sobra para explicar ese recato chapín. Luego de una breve conversación sobre mi libro, alguien sugiere que lea algún cuento.

Pero mejor lo leemos nosotros, se apresura a decir una señora mayor, y todos asienten.

Genial, les digo, me gustaría mucho escucharlos.

Pasamos ejemplares entre el público y, uno tras otro, sin orden aparente, los asistentes a la biblioteca de Suba van leyendo el cuento en voz alta, tomándolo y soltándolo donde les plazca, con sus voces jóvenes o carrasposas, con fluidez o trastabillando, tomando pausas o de corrido, con acentuaciones extrañas que les dan a los narradores un cantadito amigable. Narradores colombianos para mi cuento centroamericano, pienso, y me da una alegría enorme poder escuchar todas estas voces, las distintas maneras de leer y dirigir la historia.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

Lo primero que le correspondió a Omar al entrar a la Casa Estudio fue elegir cuarto y cama –así se definía con qué personas se estaría compartiendo de cerca. Con base en afinidades, o por el puro azar, se tomaba esa decisión fundamental. A Omar le habían hablado de otro participante que también estudiaba en su universidad, y gracias a esta coincidencia terminó eligiendo su cuarto.

Para ir suavizando el ánimo y reducir el estrés de esa primera semana de encierro, hubo champán y celebración. Pero pronto tocó la convivencia y empezaron a desenvolverse las tramas de cada personaje. La producción, por su parte, se dedicó a su trabajo: pinchando, empujando puntos flacos por aquí y por allá, buscando crear contenido.

Desde un principio había que moverse con astucia entre los concursantes. Por ejemplo, Omar sabía que Javier Bilbao –«el humilde»– era uno de los favoritos del público. Se acercó a él, primero por estrategia y luego por convicción.

Si a este lo quieren, pensó Omar, yo también debo mostrar empatía hacia él. Los concursantes votan, el público vota, el jurado vota. Si hay suficientes votos en contra, te echan de la isla.

Bogotá, 2019

Luego de la biblioteca de Suba vamos a un lugar cercano donde venden películas piratas. Es un puesto formal, bien ubicado, y Noé, que estudió y hace cine, va seleccionando las películas colombianas que tengo que ver:

Esta sí, esta no, esta no, esta tal vez, dice pasando rápido entre la torre de DVDs.

Voy recibiendo las aprobadas.

Pájaros de verano sale en Netflix el próximo mes, dice, así que sería mejor verla allá.

Más adelante me cuenta sobre los llamados San Andresitos –mercados o centros comerciales donde gran parte de la mercancía es contrabandeada o pirateada.

Yo ahí compré todos los tenis de mi juventud, dice. Iguales a los originales, pero a una cuarta parte del precio.

¿Y por qué se llaman San Andresitos?, pregunto.

Es que San Andrés es una isla colombiana en el Caribe, responde, más cerca de Nicaragua que de aquí, y era un lugar del cual venía mucho contrabando. De hecho era una isla pirata hace tiempo.

Qué bonito, se me ocurre, todos estos San Andresitos regados por Colombia, islas piratas para corsarios de a pie.

Buscando en internet, me entero de que en algún momento el pirata Morgan guardaba su tesoro en una cueva de San Andrés y que fue él quien declaró a la isla puerto libre. Ahora es una de las islas más pobladas del Caribe, «famosa por su mar de siete colores», y se hablan sobre todo español, inglés y creole.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

No es fácil el tema de los temperamentos en *Protagonistas de Nuestra Tele*. Con algunos de sus adversarios en la Casa Estudio, Omar ahora tiene buena relación.

Cuando sabía que tenía que votar en contra de alguien, Omar intentaba alejarse, mostrar distancia. No quería aparentar amistad y luego clavar el cuchillo por la espalda, aunque la traición sea elemento esencial del programa.

Hay que conocer las reglas del juego, saber cómo doblarlas y cuándo romperlas; el formato del reality ya es bien conocido. Por ejemplo: había personas que intuían en qué momento acudir a la historia personal, sincerarse ante la cámara y revelar penas y agravios del pasado. Por ejemplo: Colombia es un lugar muy católico, por lo que algunos otros se ponían a rezar en voz alta al ser filmados. Por ejemplo: la narrativa del príncipe y la princesa siempre pega, así que cada quien tenía que usar sus dones y encantos de la forma más estratégica.

Pronto quedó claro que Omar tenía un problema: en general se llevaba bien con el resto de participantes. Su puntaje de «convivencia» siempre salía alto, lo que en parte significaba que los *ratings* producidos eran bajos. El público quiere drama, de ser posible sangre, y Omar no estaba generando suficiente.

Al final de cada semana les tocaba una reunión con la producción. Ahí se hablaba de todo tipo de temas: cómo se sentía uno, cómo iba el mundo afuera de la Casa Estudio, cómo percibían los productores lo que cada quien estaba haciendo.

La lógica del reality exige cambios abruptos, la disrupción de la rutina, un perenne estado de exaltación y, de ser posible, paranoia. La tranquilidad es la muerte de los *ratings*. Así que mientras más avanzaba el reality, más obstáculos y vaivenes se iban presentando en el camino de los concursantes. Nuevas relaciones acababan sin mayor aviso, celos impostados buscaban acaparar las cámaras, las mentiras se sucedían o incluso se llegaba a los golpes.

Para la novena semana del programa –cuando la pigmentación de la piel ya había sufrido estragos y la luz blanca del set quemaba las pupilas– Omar se encontraba entre los diez finalistas.

Bogotá, 2019

Mi Gran Parrilla Boyacense es un templo de seis pisos dedicados a la carne. Desde el quinto nivel se mira la periferia chata de Bogotá extendiéndose hacia el horizonte. Pido un asado de vacío, aunque las opciones son innumerables, y tomo feliz mi primer jugo de lulo. También veo con disimulo y un poco de pena el plato de guacamole, ensaladita y papa solitaria que Pedro, el único vegetariano, pica en su esquina de la mesa.

Cuando bajamos las gradas, sosteniéndonos del barandal, nos topamos con la larga fila de comensales que esperan para hincarle el diente a alguna parte de la vaca, y son esas caras expectantes las que nos acompañan en nuestra salida del edificio.

Somos cinco en el carro pequeño y Felipe, que maneja, hace esfuerzos por sacarnos del valle de Bogotá. La carne pesa.

Después de hora y media hacia el norte llegamos a Guatavita, originalmente un pueblo colonial que fue reubicado a mayor altura a finales de los sesenta, cuando el embalse de la represa Tominé requirió inundar un sector amplio del territorio. Caminamos por las callecitas y las plazoletas interconectadas y me explican que el nuevo diseño del pueblo estuvo a cargo de arquitectos modernistas.

Intentaron mantener la identidad colonial del lugar, dicen, aunque con un toque peculiar.

Nos tomamos un masato –bebida fría de maíz ligeramente fermentado, similar al atol– y seguimos avanzando por las calles del pueblo, ojeando los techos de teja. El obelisco central es un buen ejemplo de lo que parece una arquitectura Jodorowski-colonial. Todo bonito y un poco bizarro.

A la noche cenamos y tomamos cervezas en la casa de los padres de Felipe, cercana al pueblo –mañana saldremos a la laguna de Guatavita, que se encuentra en las montañas aledañas. Pero por ahora escucho algunas anécdotas de la farándula literaria colombiana que me sacan la risa, y sobre todo hablamos de Tinder, de Grinder. De las personas que somos y las personas que aparentamos ser. Digo que nunca tuve la oportunidad de aprovechar esas aplicaciones, que llevo demasiado tiempo con mi novia. Me doy cuenta de que, a pesar de la variedad en edades, ninguno de los que aquí estamos les hemos sacado el jugo.

Alguien menciona la aplicación colombiana AdoptaUnMan, y elucubramos sobre el tipo de personaje que mejor explotaría esa herramienta.

Un voluntario en la mesa alza la mano, sugiere que esa dinámica de poder no le caería nada mal en estos tiempos aciagos.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

Omar se encontraba en su cama, las manos entrelazadas tras la nuca, cuando una de las productoras se acercó de puntillas hasta él.

Tengo que hablarte, le dijo con aire consternado: pasó algo serio.

¿Sí?, preguntó Omar, restregándose un ojo semidormido.

Le pidió que la acompañara y se alejaron hacia uno de los espacios de la Casa Estudio, fuera de cámaras. Ahí le explicó la realidad difícil de la situación.

Lamento tener que contarte esto, Omar, pero tu mamá se puso grave.

¿Cómo?

Tuvo que ir al hospital, y con esto la productora alzó una mano preventiva: pero no te preocupés, estamos haciendo todo lo posible.

¡¿Pero qué le pasó?!, preguntó Omar.

No tenemos los detalles, pero ya está con los mejores doctores. Aquí te informaremos de todo, tratá de concentrarte en lo que estás haciendo, no te dejés decaer.

Un silencio espeso, pulsante, se apropió del cuerpo de Omar. Se llevó las manos a la cabeza, miró con respiración dificultosa a su alrededor. Le pareció que empezaba a llorar, intentó ponerse de pie. Buscó la salida, pero ahí no había salidas.

Bogotá, 2019

El fuego en la chimenea florece desbocado por momentos, crepitante, y una vista amplia del embalse se abre tras el ventanal. Ahora que terminamos de

cenar y descansamos en la sala, mis amigos me cuentan sobre Pedro Manrique.

Manrique es un artista *inventado* por unos cuantos estudiantes de la Universidad de los Andes en los años noventa. Muchos pensaban que era un tipo de carne y hueso, una joya recién descubierta en el páramo cultural bogotano. Se escribieron textos críticos sobre su obra, se ensalzó su vida insólita. La escritora Carolina Sanín incluso publicó un libro titulado *Yosoyu* en el que reunía ensayos sobre el famoso Manrique. También grabaron un documental en el que Carolina y varios otros discutían la obra y trayectoria del hombre. Una broma infinita, documentada con el rigor y la seriedad que requería una guasa de esa magnitud.

Décadas antes, en 1974, el Movimiento 19 de Abril se había robado la espada del Libertador de América de la Casa-Museo Quinta de Bolívar. El robo de la espada de Bolívar entroncaba bien con el tono más lúdico de esas primeras operaciones del M-19, que a su vez publicó un comunicado que decía:

«Bolívar, tu espada vuelve a la lucha».

Resulta que en el 2008 alguien robó un grabado de Goya de una exposición itinerante en un museo en Bogotá. A Lucas Ospina –uno de los estudiantes que habían creado al artista Pedro Manrique en los noventa– se le ocurrió publicar un texto en un blog bastante visitado:

«Goya, tu grabado vuelve a la lucha».

Ospina se convirtió pronto en sospechoso del robo, la Fiscalía lo investigó a fondo y luego de un arduo proceso lo exoneraron. Poco después encontraron la obra de Goya en la habitación de un hotel céntrico. El grabado volvía a cautiverio.

Cuenta la leyenda que en una ocasión Pedro Manrique se acercó al Museo Nacional luego de la hora de cierre, y que un portero salió a ver qué quería.

¿En qué le puedo ayudar?, preguntó.

Vengo a donar mi obra al museo, dijo Manrique.

El guardia lo miró de arriba abajo, pues el hombre no tenía nada entre manos.

¿Y cuál es la obra?

Mi obra soy yo, respondió Manrique.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

El silencio espeso, el congelamiento, le duró poco a Omar. La sangre empezó a circular otra vez –sus brazos y sus piernas de vuelta a la vida, la mente aclarándose de a pocos, luego a trompicones, una idea ahora inapelable: huir de ese lugar.

Cada vez que algún concursante era eliminado del reality, abrían la puerta trancada de la Casa Estudio y, entre lágrimas y quizás algún abrazo, la persona se retiraba. Luego trancaban la puerta otra vez y el mundo de *Protagonistas de Nuestra Tele* regresaba a la normalidad.

Pero esta vez alguien había olvidado atrancar la puerta, aunque en realidad tampoco importaba: Omar hubiera escalado la pared falsa, se habría columpiado de los tubos y cables sobre su cabeza para escapar de ahí por donde fuera. Ya no estaba en sus cabales. Se acercó sin pensarlo a la puerta y esta cedió; Omar salió disparado, dejando atrás la Casa Estudio, corriendo por los pasillos de producción, llegando casi a la salida del complejo. Fue ahí que lo coparon.

Había varios pero también estaba la productora, y fue ella quien le habló mientras alguien más lo sostenía del brazo.

Por favor, Omar, dijo, no te preocupés, sabemos que es difícil pero te apoyamos. Tu mamá está bien cuidada en el hospital, y a vos te vamos a conseguir un buen psicólogo, vas a tener terapia, no te preocupés.

Pero Omar no estaba para escuchar eso, ya lo había mandado todo al carajo, quería salir a ese otro mundo –ahora brillante y difuso e irreal–, para ver a su mamá. Sacudía la cabeza, reacio, se limitaba a eso.

El semblante de la productora cambió y, viéndolo a los ojos con abrupta frialdad, manteniendo su mirada firme, le recordó lo que había firmado:

Omar, ya te comprometiste y sabés que eso está claro en el contrato. Si salís antes de ganar o ser eliminado, tenés que pagar el doble de tu salario.

El salario era monumental: 150 millones de pesos. Pero 300 millones, astronómico. Al ver el efecto que sus palabras habían tenido, el rostro de la

productora regresó a su consternación maternal.

Omar logró mantenerse en pie, asimilando lo dicho. Al fin se pasó una mano por el rostro para reorganizar las facciones descompuestas. Asintió un par de veces, y la comitiva se dirigió de vuelta a la Casa Estudio.

Bogotá, 2019

Salimos de la casa temprano, dirigiéndonos hacia la montaña donde –en la cumbre– se encuentra la Laguna de Guatavita. En el camino especulamos sobre el origen de ese ojo de agua perfectamente circular.

Fue un meteorito, dice alguien.

El cráter de una antigua erupción, sostiene otra persona.

Nos enteramos luego de que la Laguna de Guatavita es el producto de movimientos tectónicos que ocurrieron hace miles de años.

Hasta hace poco se podía subir a la Laguna por cuenta propia, pero ahora tenemos que hacer fila en la entrada para esperar al guía –las filas parecen norma en Bogotá, un elemento constante de la topografía humana.

El guía porta un sombrero de *ranger* y su voz nos llega magnificada por una bocina que cuelga de su pecho. Cuando mira a algún otro lado la voz se escabulle y al voltear a vernos otra vez nos llega con fuerza.

Él pertenece a la cultura muisca, nos explica, y la historia que cuenta sobre el lugar –como tantas otras en Colombia– involucra oro, despojo y exterminio de indígenas.

Apenas empezado el trayecto nos frenamos junto a un árbol de florifundia. Las ramas se van torciendo hacia lo alto, con hojas anchas de verde profundo, y entre el follaje cuelgan las famosas flores: campanas lánguidas y de suave color amarillo.

¿Y a este árbol lo llamamos…?, pregunta el guía al público.

Borrachero, se responde a sí mismo, lo llamamos borrachero.

Tiene una especie de método socrático que además es pegajoso, y durante el resto del trayecto lo adoptamos entre nosotros («¿Si seguimos subiendo vamos a…? ¿Cuando cae la noche Pedro se convierte en…?», etc.).

Ahora nos cuenta sobre las bondades del borrachero, y explica que tiene muchas propiedades medicinales. Ya he escuchado sobre el té de florifundia que se hace en algunas partes de Guatemala y que tiene efectos alucinógenos –incluso puede causar ceguera al consumirse. O que si se sufre de insomnio, solo es necesario poner una flor de florifundia bajo la almohada para dormir profundamente. El guía toma otra ruta:

Esta es una flor tremenda pero hay que saber usarla, dice. Porque si uno la usa mal, luego va uno al cajero automático a sacar plata y los ladrones ni siquiera tienen que mostrarle la pistola a uno, solo le piden la platica y usted la entrega tranquilamente.

Extiende unos billetes invisibles al frente para ilustrarlo, y Pedro me voltea a ver con asombro divertido.

Pero los alemanes también llegaron aquí hace algún tiempo, continúa el guía, y encontraron el borrachero, y luego se lo llevaron de vuelta a su país. Ahora la Bayer diseña cantidad de pastillas a partir de sus propiedades, aprovechando la escapolomina, la hioscomina, la atropina. Un árbol maravilloso. Tan bien les resultó el borrachero que allá le dicen a la flor la «trompeta de ángel».

Trompeta de ángel, repite alguien entre el público, y es cierto que suena lindo: la melodía celestial, la manera indolente y esa forma casi ergonómica de la flor. Comentamos en el ascenso que llama la atención este discurso ambientalista, condimentado también con advertencias sobre el crimen colombiano. O el relato sobre el extractivismo y la explotación extranjera, a la vez que se celebra la capacidad de la Bayer para usar bien la flora local.

La laguna se encuentra a 3.100 metros de altura y en la escalada va faltando el aire. Las ideas se mueven flojas y etéreas en mi cabeza –me estoy riendo de alguna broma que Pedro o Pablo han soltado y el oxígeno que alimenta mi cerebro se ha reducido aún más– pero llegamos a la cima y me asombro al ver ese gran ojo turquesa.

Me recuerda de inmediato a la Laguna Lachuá, en el departamento guatemalteco de Alta Verapaz. Recuerdo lo que fue cruzar la selva tupida a pie para llegar a esa otra laguna circular, entrar poco a poco entre el agua hasta sentarme en los tronos naturales de piedra caliza junto a la orilla, la alegría incómoda al sentir que pececillos blancos se acercaban para

mordisquear mis pies, causándome cosquillas y regalándome un *pedicure* natural, orgánico, gluten free.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013

De vuelta en la Casa Estudio, Omar se dedicó a dormir. Apenas salía del cuarto: se echaba horas en la cama, mirando los tubos y luces y cables del techo. Iba a esperar lo que fuera necesario hasta que lo echaran de ahí.

Al desaparecer Omar de la escena, desapareció también Rebecca (mejor conocida como Diva Rebecca o La Diva de América), uno de los personajes que Omar había creado para el programa. Diva Rebeca, una coqueta señorita de gran melena rubia o rosada según la ocasión, de vestido ajustado y lengua veloz, de humor y cierta maldad, entrevistaba a otros concursantes y aparecía en momentos clave para alborotar el programa.

A la hora de crear a Diva Rebecca, un referente para Omar había sido Jaime Garzón. Garzón fue un carismático e incisivo comediante, periodista y político colombiano asesinado por los paramilitares en el 99, probablemente con el apoyo de miembros del ejército colombiano.

Diva Rebeca acostumbraba caminar con sensualidad y coquetería por el set, blandiendo un tacón en mano, pues como explicaba ella misma:

«Y entonces me dije, gorda, esto es pa' defenderse de los machos, porque son bruscos, es que son atrevidos, gorda, así que voy con el tacón en mano a defender a las mujeres, ¡así soy yo!».

Pero con Omar rendido en la cama, pensando en su mamá –imaginándole enfermedades desconocidas y languideciendo en su propio camastro, el del hospital– Diva Rebecca también se fue evaporando del programa.

Bogotá, 2019

Llego tarde a la canchita de futsal a la que Harold me invitó y donde ya ha empezado el partido. Me apresuro a cambiarme, me acerco sin calentar al

campito rejado. Ya es de noche y grandes reflectores iluminan el pasto sintético.

Igual me dijeron que juegan escritores y editores, me digo, tal vez tienen toque pero a nadie le sobra pulmón.

Ese es mi primer error.

Pierdo el segundo balón que recibo, y el tercero lo paso directamente al rival. No soy un gran futbolista pero siempre me he defendido; al menos eso pensaba hace años, antes de esto. Ahora me llega un cuarto pase y tengo el pie tan mal colocado que el balón parece atravesarlo y sale a saque de banda.

Adopto otra estrategia: corro con furia para suplir mi oxidada técnica, mi falta de posicionamiento. Cada vez me buscan menos los de mi equipo, hasta que ya no lo hacen, lo cual agradezco (igual «me muestro» cuando tenemos el balón, sabiendo que no me lo pasarán), y en esas estoy cuando luego de una corrida siento un jalón en el bíceps femoral. Solo entonces, al frenar para llevarme una mano al punto del dolor, entiendo que mis pulmones queman con terrible intensidad, y me doblo y toso con furia. Se me va la sangre de la cabeza.

Salgo renqueando del campito y afuera Juan me regala un Gatorade.

Te dio soroche, dice él, te dio soroche, dicen otros, compasivos.

Yo me agarro la cabeza, aparento que me acaba de dar un dolor inconsolable (el dolor también está ahí; lo inconsolable son otras cosas).

Algunos del equipo se acercan al final y me preguntan cómo ando, se muestran consternados.

Por lo menos no soy brasileño, se me ocurre, o peor aún, argentino. Creo que todos aquí saben qué esperar de la Concacaf. Salgo cojeando del recinto junto a Juan, mis pulmones tiernos; buscamos un taxi y me dejo caer en el asiento con alivio.

Protagonistas de Nuestra Tele, 2013/Bogotá, 2019

Voy en un microbús de Idartes junto a Omar, y el conductor se mueve rápido entre el tráfico para llegar a tiempo a los diferentes estudios. Tocan

entrevistas en televisión y en radio.

Es la primera vez que voy a un set de tele en vivo –me hacen sentarme en una butaca alta y mis pies apenas llegan al suelo de puntillas. Me siento como un imbécil y respondo como puedo a la voz amable y de plástico de la presentadora. Nos subimos de vuelta al microbús y vamos al siguiente estudio.

Omar no para de textear y grabar mensajes de voz por WhatsApp mientras dejamos atrás la zona. Resuelve. Es simpático, pero se nota que no tiene descanso, coordinando lo de Bogotá Contada y temas relacionados a los medios de prensa en la inminente Feria del Libro de Bogotá. En algún momento se toma una pausa y, regresando a este mundo, me sonríe con cierta complicidad. Empezamos a hablar.

Me cuenta que, además de trabajar en Idartes, es actor de teatro y está escribiendo un libro.

¿Sobre qué?, le pregunto.

Es que yo estuve en un reality, dice, es sobre esa experiencia.

Es un tipo guapo, incluso encantador, y puedo ver por qué lo habrían elegido. Me dice que se trata de una colección de crónicas.

¿Y lo contás todo?

Es que te hacen firmar un contrato de confidencialidad, pero es de cinco años y los cinco años recién se acabaron. Así que ahora puedo contarlo todo.

Se ríe y saca la lengua, entre malicioso y coqueto.

Por unos minutos parece olvidar su celular (pero solo *parece*, pienso), mientras me va explicando cómo fue todo desde el inicio. Responde a mis preguntas con humor y un lenguaje preciso.

¿Y tu mamá?, le pregunto al final de su historia. ¿Qué era lo que tenía?

Omar se sonríe.

Nada.

¿Cómo así nada?

Nada, dice viéndome. Se lo habían inventado.

Noooo.

Síííííí, responde, y los dos sacudimos la cabeza.

Ratings, dice.

Ratings, digo yo.

Vamos acercándonos al estudio de producción donde toca otra entrevista y Omar señala un galpón cercano.

Ahí estaba la Casa Estudio, dice.

Observo esa bodegona grande de aluminio, ese lugar que podría albergar al mundo entero.

Lo que sí me dolió es que al final terminaran echándome por falta de «talento», me dice, se agarraron a eso.

Qué cabrones, digo, y agrego: además el tema del talento es delicado para cualquiera de nosotros, para quien sea que esté haciendo algún tipo de trabajo creativo.

Sí, me tomó un buen tiempo recuperarme de eso, pero después ya se me fue. Y ahora sigo actuando, sobre todo en teatro y en algunos spots, y trabajando aquí con Idartes, y estoy escribiendo este libro. En Twitter mucha gente me pregunta que cuándo sale, que quieren leerlo. Se ríe.

¿Y qué pasó con los que se quedaron?, le pregunto.

Pues al final ganó un man, pero eso lo incluyo en la última parte del libro, donde hablo sobre lo que pasa después de los realitys. Porque los concursantes salen como locos de ahí, súper acostumbrados a la atención, a las entrevistas. Y de un momento a otro todo se acaba, así que muchos se deprimen o empiezan a hacer locuras o inventarse cosas para retomar la atención, el *spotlight*. Y algunas de las chinas terminan muy mal también, con narcos por ejemplo, gente que cuando vio el programa dijo «Ah, está linda la china de ese reality, la quiero», y muchos metidos en droga, en alcohol, todo un rollo.

Qué loco, digo.

Loco, tenaz, responde, y entonces hace un alto el microbús y nos bajamos para entrar al estudio.

Luego de pasar un chequeo de seguridad entramos al área de producción. Me noto inquieto, como en todas estas entrevistas. Ahora intentaré que mis palabras calcen con lo que creo que soy yo o, peor aún, con aquello que quisiera ser.

Más adelante busco algunos detalles sobre Omar y el reality en internet, y me encuentro con la frase con que se despidió al ser eliminado:

«Loco es aquel que se atreve a ser sí mismo. Paz para Colombia. Ponle picante a la vida».

Jaime Manrique Ardila

(Barranquilla, 1949)



Foto: © Diana Navas.

Poeta, narrador y ensayista, ha escrito su obra en español y en inglés. Ha publicado las novelas *El cadáver de papá* (1978), *Oro colombiano* (1983), *Luna latina en Manhattan* (1992), *Twilight at the Equator* (1997), *Nuestras vidas son los ríos* (2006), *El callejón de Cervantes* (2012) y *Como esta tarde para siempre* (2018), así como el ensayo *Notas de cine* (1979). Como poeta ha publicado los volúmenes *Mi noche con Federico García Lorca* (1995), *Tarzán, mi cuerpo, Cristóbal Colón* (2000) y *El libro de los muertos (poemas selectos 1973-2015)* (2016). En el 2007, *Nuestras vidas son los ríos* recibió el International Latino Book Award.

Dos (o cuatro)

FANTASMAS BOGOTANOS

«Jaime, el amor es una mierda», me dijo la poeta María Mercedes Carranza la última vez que la vi, justo cuando yo salía de su oficina en la Casa de Poesía Silva, la misma casa en la cual el gran poeta colombiano José Asunción Silva se había suicidado en 1896.

Desde nuestro primer encuentro, el amor siempre había sido un tópico fundamental de conversación: nuestros amores presentes, los ya pasados, las alegrías, éxtasis, como también el amargue del desamor. Además, podíamos recitar nuestros poemas de amor favoritos. Su rechazo de algo que siempre había sido muy importante para ella me produjo un escalofrío. Antes de que yo pudiera reaccionar a ese apotegma, que parecía más una maldición, añadió: «Y la vida también es una mierda».

Dos años después, en julio del 2003, María Mercedes se quitó la vida. Teníamos una amistad de tres décadas: nos habíamos conocido cuando me gradué de Bachiller de las Artes en la Universidad de South Florida y había regresado a vivir a Bogotá, la ciudad donde pasé los años más memorables de mi infancia. En una librería en el centro de Bogotá compré un ejemplar de su primera colección, *Vainas y otros poemas*. Todavía tengo un recuerdo vívido de esa tarde fría, lluviosa, cuando, mientras me fumaba un descomunal cigarro de marihuana, descubrí una sensibilidad poética desconocida para mí en castellano. Llevaba un par de años traduciendo la obra de la poeta norteamericana Sylvia Plath (otra suicida) y me asombró

que, en la cultura parroquial, mojigata y solemne de la Colombia de ese entonces, existiera una mujer capaz de escribir poesía sin tapujos, poemas lúcidos y lúdicos y, sobre todo, de un humor corrosivo y subversivo que Carranza esgrimía no sólo para reírse de la cultura decimonónica reinante, sino además de sí misma.

Descubrí que *Vainas y otros poemas* había sido publicado por la imprenta de la familia de mi amigo Guillermo Ponce de León. Llamé a Guillermo, le comuniqué mi admiración por la poesía de María Mercedes y le pregunté si podría ponernos en contacto. Un par de semanas después, una tarde de un domingo gris, toqué en la puerta de una casa colonial en La Candelaria, que en aquella época era un barrio de casas bellas casi en ruinas. María Mercedes y su esposo, Fernando Garavito, vivían en un pequeño apartamento de paredes gruesas y gélidas como los de las casas bogotanas de hace siglos. Encontré una hermosa mujer joven, esbelta, de mediana estatura, pelo castaño oscuro y ojos color de miel. Sus facciones eran delicadas y su piel tenía un tinte blanco/amarfilado. Esa tarde descubrí que en persona se expresaba como en sus poemas: de una forma directa, con tonos sarcásticos, melancólicos y que también dejaban al desnudo su vulnerabilidad; llamaba las cosas por su nombre: al pan pan y al vino vino. Era una mujer moderna, brillante, independiente, ruda a veces, que infaliblemente reflejaba en todas sus acciones cortesía, respeto, modestia, buen gusto y una exquisitez genuina.

Pasamos esa tarde acomodados en una alfombra sobre unos cojines, tomando aguardiente, cantamos tangos con la voz desgarrada de Chavela Vargas de trasfondo de nuestra delirante conversación. Ambos amábamos la poesía de Luis Cernuda, quien en cierta forma estaba más cerca de nosotros que Lorca o Neruda. Hablamos con desahogo (su esposo estaba en otra parte de la casa y salió un momento para saludarme al final de mi larga visita). Tocamos el tema de mi homosexualidad: había salido del armario hacía poco y solo un par de amigos en la universidad, y un pequeño grupo gay en Barranquilla, conocían mis inclinaciones sexuales. No titubeé al hablarle con franqueza, pues intuí que ella no iba a rechazarme. Cuando le conté que ya había estado enamorado de un hombre, María Mercedes pareció ponerse feliz. Recuerdo que me dijo algo como: «Qué bueno que su

merced no oculte que le gustan los hombres. Aquí en Colombia todos los poetas homosexuales lo ocultan». Capté en ese instante que, por el hecho de hablar abiertamente acerca de mi preferencia sexual, había subido mucho puntaje en sus ojos. Desde aquel momento se solidificó entre nosotros una intimidad que perduraría hasta su muerte.

Por cerca de treinta años tuvimos una relación compleja, intensa, cálida e intermitente. Trabajé para ella cada vez que pasaba largas temporadas en Colombia, pues en esa época mi intención era radicarme en el país en un futuro cercano. Cuando María Mercedes y Fernando Garavito codirigieron el suplemento cultural dominical de *El Pueblo*, un nuevo periódico liberal publicado en Cali, escribí crítica de cine para el suplemento, que en las manos de ellos tuvo una energía revitalizante en la cultura nacional. En 1978, cuando Bill y yo nos radicamos en Colombia, María Mercedes, ahora casada con el poeta español Juan Luis Panero, editaba la sección cultural de *Nueva Frontera*, la revista dirigida por Luis Carlos Galán, el líder liberal que pocos años después fuera asesinado por órdenes de Pablo Escobar. Para *Nueva Frontera*, con María Mercedes como editora, escribí reseñas de libros y crónicas acerca del cine colombiano todavía en pañales.

Juan Luis Panero era hijo del famoso poeta Leopoldo Panero, quien, durante la guerra civil española, fue miembro de La Falange, un partido de ideología fascista. María Mercedes parecía sentir placer cuando repetía que Juan Luis era «doblemente marqués». Ambos eran de temperamentos fuertes, y no me extraña que su matrimonio fracasara. En esa época María Mercedes con frecuencia nos invitó a Bill y a mí a su apartamento para tomarnos «una copa» con Juan Luis, un hombre cosmopolita, elegante y buen poeta, uno de los más talentosos de su generación en España.

Después de su separación de Juan Luis, María Mercedes venía con Melibea –su hija del matrimonio con Fernando Garavito–, todavía una niña, a visitarnos a nuestro apartamento en La Candelaria. Bebíamos aguardiente o ron (Bill y yo vivíamos precariamente de las ocasionales ventas de sus cuadros y mis reseñas y traducciones), escuchábamos tangos, boleros de Agustín Lara o Benny Moré, devorábamos los sencillos pasabocas que Bill y Germán Espinoza (un joven que trabajaba para nosotros) preparaban

mientras María Mercedes y yo despotricábamos acerca de la poesía y los poetas y de la vida. Me fascinaban las anécdotas de su infancia en España, oírla hablar acerca de la casita donde veraneaban en Cadaqués, justo en frente de la mansión amurallada de Dalí, y sus recuerdos del pintor. Me parecía un cuento de hadas. Mi propia vida, en comparación, carecía del glamour europeo y de los personajes famosos o importantes que ella había conocido en su infancia y adolescencia. El español de Bill era pobre, así que después de un rato se fumaba un barillo y se ponía a pintar. Cuando a Melibea le daba sueño, subía a nuestra habitación y hacía la siesta.

Ahora, al mirar hacia atrás, veo a María Mercedes como una mujer rebosante de talento, de curiosidad y pasión, una madre que adoraba a su hija, pero también una mujer alienada que, a pesar de tener amigos fieles (ella tenía un talento especial para la amistad), parecía atada, tal vez estancada en su desarrollo como poeta, pues no había publicado un segundo volumen de poemas. Faltaban varios años antes de que aparecieran *Tengo miedo* y *Hola, soledad*, dos libros definitivos para solidificar su reputación. Para mí ella representaba una expresión genuina de Colombia: no se podía negar su arraigo en nuestra sociedad, sus raíces profundas en la cultura nacional, mientras que yo, que había inmigrado a los Estados Unidos a los diecisiete años, me sentía como un extranjero y un intruso en Colombia.

Recuerdo en particular una noche cuando me invitó a su nuevo apartamento en un edificio encima del parque del Planetario. Ambos bebimos a lo macho (como a ella le gustaba) y yo fumaba yerba sin parar y consumía cocaína con desaforo. María Mercedes no tocaba las drogas, el trago era lo suyo. Pasada la medianoche, me dijo: «Venga y le hacemos pasar un mal rato a mi padre».

Yo no conocía en persona a Eduardo Carranza, aunque en mi adolescencia me había aprendido de memoria varios de sus bellos poemas románticos. Marcó el número del poeta y le dijo, «Papá, perdone que lo llame tan tarde pero el escritor Jaime Manrique y yo nos vamos a fugar con Melibea a Venezuela esta noche». Parece que don Eduardo no le creyó del todo, pues María Mercedes lo interrumpió y añadió: «Ahí le paso a Jaime para que vea que no es una broma. Adiós, papá». Me puso el auricular entre las manos. «Maestro», le dije, temblando del susto, «hubiera preferido

conocerlo personalmente, en otras circunstancias, pero lo que dice María Mercedes es verdad».

Él se quedó en silencio. De pronto me dio miedo que le hubiera dado un ataque al corazón y le pasé el teléfono a María Mercedes que, también en silencio, lo colgó.

Nos reímos por un rato y seguimos bebiendo. Esa noche caí en cuenta de que otra cosa que teníamos en común era una relación tortuosa con la figura del padre.

II

En esa época yo era un buscapleitos, un muchacho insolente que actuaba como si no me importara la vida. En un arranque de soberbia, insulté a un funcionario de DAS, pues pusieron problemas para renovar la visa de turista de Bill. Esa noche estuvimos detenidos por varias horas; entonces comenzó una persecución de varios meses, pues mi actitud se volvió cada vez más beligerante. El DAS acusó a Bill de «robarse» los paisajes de Colombia en sus cuadros y, cuando finalmente salimos del país, juramos no regresar. (Yo regresé brevemente, a principios de 1980, para acompañar a la crítica de cine norteamericana Pauline Kael y a su hija, Gina James, quienes habían sido invitadas por el Centro Colombo Americano de Bogotá.)

Asqueados con la represión política del gobierno de esa época, Colombia empezó a representar un lugar que Bill y yo nunca olvidamos, pero hubiéramos preferido olvidar. Bill murió treinta años después sin pisar de nuevo el suelo colombiano.

Tardé veinte años en regresar. Para cimentar mi rechazo a la sociedad colombiana, en las siguientes décadas escribí ficción y ensayos exclusivamente en inglés, aunque continué componiendo mis poemas en mi lengua materna. Así, casi sin darme cuenta, empecé mi carrera literaria en los Estados Unidos. Pero cuando Pilar Reyes, editora de Alfaguara, publicó, a principios de 2001, *Maricones eminentes: Arenas, Lorca, Puig y yo,* a pesar de mis trepidaciones decidí regresar, aunque Bill me rogó que no lo hiciera. La Bogotá que recordaba era aquella en la cual hablar acerca de los «maricas» peyorativamente era la norma. En ese primer viaje de regreso,

María Mercedes organizó una lectura de *Mi cuerpo y otros poemas*, que ella había publicado en la Casa Silva. Durante esa semana nos vimos varias veces (el tiempo no había afectado la calidez de nuestra amistad), sin presentir que sería la última vez que nos íbamos a encontrar.

Con el paso de los años, mis grandes amigos escritores colombianos, María Mercedes, Mario Rivero y Nicolás Suescún, murieron. Comencé a concebir a Bogotá como un gran cementerio donde ambulaban los fantasmas de varios de los seres que más he querido. En el 2010 murió mi compañero Bill y me sumí en una depresión atroz que duró varios años. En medio de ese hoyo oscuro, de paredes congeladas, que parecía ir más allá de las entrañas de la tierra, fue publicada mi novela *El callejón de Cervantes.* Aprovechando un viaje a Bolivia, organizado por el Departamento de Estado de los EE. UU., hice una escala en Bogotá para promocionar el libro, que había salido unos pocos meses antes. Llegué a la ciudad enfermísimo: en Bolivia había cometido el error de cepillarme los dientes con el agua de la pluma en el hotel; me dio una infección estomacal incontrolable y contraje una gripa tenaz. Si sumamos a esto que durante mi estadía en La Paz tenía que utilizar un tanque de oxígeno todos los días, no solo para salir a la calle sino también para estar en el hotel, cuando llegué a Bogotá en julio del 2012, con un asma que nada aliviaba, estaba cerca del delirio y mi estadía en la ciudad fue un desastre: empecé a tener memorias postraumáticas del suicidio de María Mercedes y la muerte de Bill Sullivan, que también había ocurrido en circunstancias trágicas.

Pasaron cinco años antes de que regresara a Bogotá de nuevo, en esa ocasión para dar un recital en la Feria del Libro sobre el volumen de mis poemas selectos, *El libro de los muertos,* publicados por la Universidad Javeriana. En esa ocasión me sentía un poco más sereno, pues iba acompañado de mi compañero Isaías Fanlo. Fortalecido por la compañía y el amor de Isa, en el transcurso del 2018 regresé para la publicación de mi nueva novela, *Como esta tarde para siempre*, invitado por la Editorial Planeta; luego, en el mismo año, hicimos un segundo viaje para aceptar una invitación del programa Bogotá Contada, que planeó para nosotros una serie de eventos en la ciudad.

A los autores invitados por Bogotá Contada nos piden que escribamos un texto inspirado en la visita. La primera idea que se me ocurrió –algo que había pensado por muchos años– fue hacer un retrato de María Mercedes, pues para mí ella es alguien entrañable que marcó de forma decisiva mi desarrollo como escritor y mi relación con la capital de Colombia. Finalmente había llegado la hora de empezar a hacer al menos un primer esbozo acerca de uno de mis fantasmas más cercanos. Apenas decidí el tema de mi ensayo, apareció con una insistencia imposible de negar la figura de José Asunción Silva, otro fantasma bogotano cuya poesía me ha acompañado desde mi adolescencia hasta hoy en día. La conexión entre María Mercedes y José Asunción Silva está muy clara, ambos son grandes poetas, ambos se sintieron incomprendidos por la sociedad bogotana y ambos acabaron suicidándose. Entre ambos poetas existía también el lazo de la Casa de Poesía Silva.

III

Entre las actividades que le sugerí a los organizadores de Bogotá Contada estaban una visita a la Casa Silva, un encuentro con Melibea Garabito Carranza, una visita al Cementerio Central, para visitar las tumbas de José Asunción Silva y su hermana Elvira, dejar una ofrenda floral y leer en voz alta el «Nocturno III» de Silva, que yo había memorizado cuando era un adolescente en Barranquilla y recitaba en concursos de declamación.

La mañana de la visita había un grupo de personas esperándonos en el Cementerio Central, entre ellas Melibea Garavito Carranza, a quien hacía más de quince años no veía. Me impresionó volver a ver el rostro de María Mercedes trazado en las facciones de Melibea, quien es más diminuta que su madre, pero igual de bella y delicada. También estaban presentes un par de guías oficiales y varias personas más que se habían sumado al tour. Los guías empezaron su meticuloso recorrido del cementerio. Había llovido mucho la noche anterior y los caminos –a los que les falta mantenimiento– tenían charcos de todos los tamaños; había que caminar con extremo cuidado sobre los resbaladizos senderos de pasto húmedo y de barro. Los concienzudos guías se detuvieron en las tumbas donde yacen los restos de

presidentes, escritores, políticos, educadores, empresarios, y nos explicaron la importancia de los personajes. Así pasamos un par de horas; mi dolor de espalda era tan agudo que apenas podía arrastrar los pies y con frecuencia tenía que sentarme en una tumba fría. De pronto nos detuvimos frente a una tumba bastante cuidada: allí yacían los restos de Cornelio Hispano (1880-1962), un poeta colombiano desconocido para mí. Isa Fanlo y yo nos detuvimos después de leer las fechas que marcaban su paso por este mundo, y no sé por qué razón nos dio por mirar lo que había detrás de la lápida. En la cara oculta al público había una hermosa lápida inmaculada, decorada con flores de colores vibrantes que parecían haber sido puestas justo antes de que Isa y yo llegáramos.

Estas son las palabras que escribió Isa acerca de ese descubrimiento:

> La lápida oculta es la del poeta Víctor Manuel Londoño, compañero inseparable de Cornelio Hispano. La lápida, testimonio de ambos para el resto de los días, los mantiene juntos, pero siempre de manera discreta. Al pie de la tumba, allí en la parte de atrás, algún anónimo había dejado un ramo de flores frescas: la memoria, así pues, sigue viva. Jaime, que llevaba un ramo para la tumba de José Asunción Silva, dividió las flores en dos y ofreció unas rosas y un girasol a la lápida de Hispano y Londoño, los dos poetas amantes.
>
> ¿Qué mayor muestra de amor puede haber que la que se hace contra viento y marea?
>
> Frente a la lápida que acabábamos de descubrir, me pregunté por qué los poetas tuvieron que esconder una relación tan importante en la parte de atrás de una tumba, y me emocioné pensando en que la discreción que tienen que llevar en la muerte también la tuvieron que llevar (seguramente con más motivo) en vida. Pensé en los miedos y las tensiones, pero también en los encuentros felices en la intimidad, en un amor que fue más fuerte que todo lo que les rodea, en un deseo robusto de tanto luchar contra el mundo. Imposible no emocionarse cuando uno piensa en todo esto.
>
> Y también pensé en que todos estos gestos que hacemos, cada día, por la visibilidad de los deseos y las identidades que no se ajustan a la norma, las hacemos también por los millones de personas que, antes de nosotros y también hoy en día, no pudieron ni pueden hacerlo. Cada beso, cada abrazo, cada vez que nos tomamos de la mano, cada vez que bailamos en la calle, que salimos sin escondernos, estamos diciéndoles a los que nos precedieron: «yo soy, yo existo, también, por ti»; y estamos tendiéndole una mano imaginaria (pero muy real) a todas aquellas personas que, todavía en nuestro tiempo, son atacadas y discriminadas. Fuimos, somos y seremos.

IV

Estos dos nuevos fantasmas de pronto cobraron para Isaías y para mí una extraordinaria importancia, y todavía estábamos ensimismados en esa historia cuando llegamos finalmente ante las tumbas de José Asunción y

Elvira. Pensaba leer en voz alta el «Nocturno III» pero, en ese instante, bombardeado por tantas emociones conflictivas, me sentí incapaz y le pedí a Melibea que lo leyera. Escucharla leer el poema con sensibilidad y amor por Silva fue como volver ver a María Mercedes cuando la conocí por primera vez hacía ya treinta y cinco años. De pronto, toda mi experiencia de la semana que había pasado en Bogotá dio un vuelco total y me encontré de nuevo al principio de mi peregrinaje, cuando había iniciado esta búsqueda absurda de mis fantasmas bogotanos. Recordé entonces un poema que le había escrito a la ciudad y la reacción de María Mercedes cuando le pregunté qué le había parecido. Me contestó con una mirada imposible de descifrar –como la de una esfinge egipcia– que sin embargo develaba su destino final. Mi poema acerca de Bogotá dice así:

Bogotá
Regresaré y habrás cambiado
como cambian las cosas,
pero las calles que anduve,
mis casas en La Candelaria y en Palermo, estarán allí.
Los eucaliptos perfumarán tus lomas,
los colibríes desangrarán tus atardeceres,
y en tus noches gélidas, brumosas
pernoctarán mis fantasmas.

Ciudad donde amé por primera vez
ciudad que vives en mis sueños, como un ser
viviente con voz y aliento.
Regresaré a buscar un idilio desvanecido
tratando de rellenar mis huellas,
lo que conocí, y los cuerpos que amé
que ya no encenderán mi deseo.

En el futuro, mi historia se repetirá,
otro poeta partirá a perseguir sus sueños.
Así eres, Bogotá, paisaje donde quiero morir,

un dorado paraíso perdido
cementerio de mis deseos.



Foto: Jaime Manrique Ardila.

Juan Carlos Méndez Guédez
(Barquisimeto, 1967)



Foto: © Diana Navas.

Autor de las novelas *La ola detenida* (Harper Collins), *El baile de madame Kalalú* (Siruela), *Los maletines* (Siruela), *Una tarde con campanas* (Alianza), *Chulapos mambo* (Casa de cartón), entre otras, y los libros de cuentos *La noche y yo* (Páginas de Espuma), *Ideogramas* (Páginas de Espuma), *Hasta luego, míster Salinger* (Páginas de Espuma) y *La bicicleta de Bruno* (Ediciones B). En 2009 ganó el Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro por *Tal vez la lluvia* (DVD ediciones) y en 2013 obtuvo el Premio de los Libreros al mejor libro publicado en Venezuela por *Arena negra* (Lugar Común).

Una canción de Carlos Vives y los contrabandistas de esmeraldas

La sensibilidad funciona por igual
en la luz y en las sombras.

Robertson Davies

El otro que lleva mi nombre
ha comenzado a desconocerme.

Roberto Juarroz

Quise responder con una palabra que fuese todas las palabras.

La miré unos segundos. Esos ojos amarillos, esa boca gruesa, esa melena afro que llevaba apretada con una goma azul.

No sé a ustedes, pero a mí la belleza me intimida, me quiebra, me arruga, y en ese instante Magdalena tenía su rostro junto al mío esperando una respuesta.

—Estoy en Bogotá para convencer a Carlos Vives de que utilice mi letra en una de sus canciones.

Fue la mejor explicación que conseguí a mano. En alguna medida era cierta. En su fondo más remoto condensaba las otras respuestas que yo podía ofrecer: el ángel de Mutis, el estadio El Campín, las noticias que llevaba aguardando desde días atrás, el sonido de oro leído en una novela, la foto en Miami.

Magdalena Yaracuy me contempló con una mezcla de perplejidad y burla. Su mirada resultó dolorosa; quedé dentro de un lugar oscuro: un lugar situado entre la humillación y el hastío; y eso que yo me había resignado a

que mi antigua compañera de estudios me tuviese en ese momento tirado en el suelo con los brazos inmovilizados por una efectiva llave de lucha libre.

—¿Quieres que Vives grabe una canción con una letra tuya?… Menudo gilipollas.

—Así soy yo.

—El caso es que me suena tu cara.

Tardé un rato en responder.

Sentía en mi cabeza una catarata de agua cayendo como espuma.

—Soy Alonso.

—¿Cuál Alonso?

—Alonso, el del liceo Villavicencio, allá en Barquisimeto. Estuve todo el bachillerato sentado en el pupitre a tu lado izquierdo.

Magdalena dio un bufido. Soltó mis brazos y se puso de pie. La vi sacudirse los pantalones y relajar el gesto tenso de su rostro. Una lluvia muy fina, casi invisible, caía sobre nosotros.

—No recuerdo a ningún Alonso.

Con gestos lentos quedé sentado y me di la vuelta. Chispazos de dolor recorrían mis brazos; en mis labios brotaba una gota de sangre de un sabor salino, espeso.

—Jamás me prestaste atención. Eras una de las guaras populares del liceo, una de las muchachas bonitas que fumaba en las veredas. Y yo sólo era el presidente del club de ajedrez. Nuestros mundos no se cruzaban.

Sonrió. Algo en ojos pareció serenarse. Al fondo, el edificio de Colpatria se llenó de luces y colores. Nuestros rostros flotaron en un fulgor de tonos amarillos, rojas, violetas y azules.

—¿Usabas gafas de pasta?

—Sí. Llevaba lentes en ese momento. Ahora utilizo de contacto.

—Te ves mejor así.

—Y es más seguro. Con la paliza que acabas de darme, me habrías roto los anteojos.

—No seas exagerado, Alonso. Apenas te he dado unos toquecitos. Suelo hacerlo cuando alguien me anda siguiendo en secreto.

—No aguanto el dolor en la boca, Magdalena.

—¿Por qué me seguías?

Contemplé cómo la mano de mi antigua compañera entraba en su bolso. Imaginé que allí guardaba un revólver. A doscientos metros vi las espaldas de un par de policías militares.

Supuse que podía correr pidiendo ayuda, pero si se armaba un tiroteo, aquel encuentro con mi admirada Magdalena terminaría trágicamente. Opté por decirle la verdad, lo que en algunas ocasiones suele ser una buena opción.

—Te reconocí. Estamos en el mismo hotel por la carrera décima. Caminé detrás de ti. Quería saludarte. Nada extraño entre antiguos compañeros. Me sorprendió tropezar contigo porque tengo entendido que ahora vives en España.

—Viajo mucho por mi trabajo.

—Lo sé. Eres una cotizada detective internacional que adora a María Lionza y que para resolver sus casos se ayuda con brujería. Pero eso lo recordé luego, cuando empezaste a golpearme. Hasta ese instante sólo había pensado: «Mirá, esa es Magdalena, la guara preciosa que se iba a fumar en la Vereda 12 de El Obelisco para que no la regañaran los profesores del Villavicencio».

Magdalena sacó la mano de su bolso y acarició el borde de unos de sus bolsillos.

—Soy una profesional. No pensarás que me vas a pillar con un piropo y dándome una explicación tan ridícula como eso de que estás buscando a Carlos Vives para regalarle una letra.

Me dio un empujón y me pegó de la pared. Luego fue palpando todo mi cuerpo para comprobar si yo iba armado. Treinta años atrás habría dado la vida por sentir esas manos tocando mi piel, pero los milagros siempre suceden a destiempo.

Cuando verificó que yo era un inofensivo señor desarmado se echó hacia atrás y me contempló con fijeza.

—Alonso, ¿a ti no te gustaba bailar?

Asentí con la cabeza.

—Así es, pero… yo que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo baile desfallecía Magdalena Yaracuy.

La mujer sonrió.

—No sé si a Borges le gustaría esa versión.

—Borges estudio en Ginebra. Si hubiera estudiado contigo en Barquisimeto lo habría escrito como acabo de decirlo.

Y sí.

Yo bailaba.

Todavía lo hago.

Quizá un poco menos porque a veces la rodilla/a veces la espalda/a veces los pies. Ya se sabe, después de los cuarenta y cinco reconoces las partes de tu cuerpo que siguen vivas porque te crujen y te duelen.

Y sí. Bailaba. Y era bueno porque resultaba leve, impredecible y divertido, pero de un modo natural. No a la manera acrobática de los bailarines profesionales.

Magdalena me tomó del brazo con suavidad. Regresamos juntos al hotel. Me halagó que ella recordase esa parte de mi vida.

—Te invito a cenar para que perdones los carajazos que te di. No es buena idea llegarle por detrás a un detective y tocarle el hombro.

Le hizo una seña al botones para que nos consiguiese un taxi.

Apenas cruzamos palabras durante el trayecto. La ciudad onduló en nuestros ojos: luces y sombras líquidas; brochazos oscuros. Cada tanto yo miraba mi celular, como si de ese modo pudiese acelerar la llegada de los mensajes que aguardaba desde hacía días. Suspiré. Los años sólo servían para transformarnos en seres borrosos que aguardan una sentencia.

—¿Cómo recordaste que yo bailaba?

—El día de la graduación, allí en el Colegio Javier… es una fiesta de la que conservas muchos detalles. Todos los muchachos que me gustaban se emborracharon. Me besé con uno de ellos, pero se quedó dormido junto a la piscina. Igual fue una noche linda. Y lo que retengo es el muchacho de los lentes de pasta, con su cara de lerdo, bailando maravillosamente en medio de la pista. Al final, era como si todos hubiésemos sido derrotados por el cansancio, la noche, el ruido, y sólo en él siguiese ocurriendo la fiesta.

—Pues sí. Ese era yo.

Solté un soplido. Las palabras de Magdalena fueron como un mordisco feliz en mi nuca. En otro momento habría sonreído, pero sólo me limité a mirar otra vez el celular para comprobar si el mensaje que esperaba había llegado al fin.

Y no.

Nada.

Ñoquis cuatro quesos. Flan de caramelo. Vino tinto chileno.

Cenamos en un italiano llamado Di Lucca. Me sorprendió que Magdalena pidiese exactamente los mismos platos que yo, como si su cuerpo estuviese vaciado de fuerzas, como si se hubiese convertido en un espejo que por instantes sólo supiese repetir mis gestos.

Supuse que se encontraba enfrascada en resolver algún caso. Se lo comenté cuando protegidos por un paraguas salimos a fumar.

—¿Y qué más sabes sobre mí?

—Poco. Ya te lo dije, que para resolver tus investigaciones te ayudas con brujería, que eres muy solicitada, aunque en España te han suspendido la licencia algunas veces porque te saltas el papeleo que pide algún ministerio.

—No está mal –dijo ella.

—Se han escrito libros sobre ti.

—Eso he escuchado. Hay un paisano nuestro que usa mis historias. Menudo farsante; seguro que escribe tirado en un sofá… ¿Y no serás tú de los que piensa que todos los detalles de una novela son ciertos?

Negué con la cabeza.

Me froté las sienes. Hace mucho que había hurgado en esos novelones en los que ella aparecía.

Metí dos ñoquis en mi boca y sentí que ese sabor de la papa y el queso recorrían mi cuerpo entero.

Luego pensé en el último libro que había leído antes de venirme a Bogotá, una novela de Ernesto Pérez Zúñiga en la que creí adivinar la idea de que existía un sonido de oro que reposaba en lo más oculto de algunas melodías. Pensé también en un poema de Álvaro Mutis que había revisado

antes de empezar esa novela y que me produjo la impresión de que un ángel me aguardaba en algún lugar indescifrable.

—Por eso mismo me interesan las novelas y los poemas –susurré–, porque la vida está muy mal escrita; los finales son siempre repetidos.

Magdalena suspiró.

—Quizá tienes razón… el asunto es que sí, estoy resolviendo un caso, algo de unos contrabandistas de esmeraldas… pero no avanza, y sólo queda esperar. En este trabajo mío hay que tener paciencia y esperar, esperar, esperar.

—Y eso es asfixiante –respondí.

—Mucho… Mejor cambiemos de tema. ¿Así que tú has venido a convencer a Carlos Vives de que cante una letra escrita por ti? Parece un plan insensato. ¿No crees que ya tenemos una edad como para no perseguir pendejaditas?

—Eso dice mi esposa –murmuré–, pero entre mirar el techo de una habitación sin esperar nada, y buscar a Carlos Vives para mostrarle una letra mía, pues prefiero lo segundo.

—¿Aunque parezca que quien cuenta ese plan sea el muchacho que bailaba en la fiesta de graduación del Colegio Javier hace más de treinta años?

Me ardió el estómago. Una cosa es que Magdalena me hubiese reducido con un par de golpes y otra que estuviese hurgando en mis heridas con palabras tan parecidas a las de mi esposa.

—Tengo sueño, Magdalena, no quiero quitarte más tiempo. ¿Llamamos un taxi?

Ella arrojó la colilla del cigarrillo al suelo y la estrujó con su zapato.

Pensé que no volveríamos a vernos.

Me pareció mejor de ese modo.

Yo apenas dormí. Cada tanto bajaba a la entrada del hotel, pensando que si fumaba un par de pitillos el cansancio lograría vencerme. Fue inútil. Llegó la mañana, una luz láctea entró por la ventana de mi habitación y ardió en mis ojos.

En algún momento de la madrugada decidí no esperar más; regresaría a Venezuela de inmediato, pero cuando en el comedor me serví el segundo plato de changua, Magdalena apareció por la puerta y sin mediar palabra se sentó frente a mí.

—Chamo, chamín, chamín, tenemos que ir a la calle noventa y seis.

—¿Para qué?

Mi antigua compañera olía a champú, a cremas humectantes.

—Carlos Vives tiene allí su restaurante. Gaira Café. Igual tropezamos con él y le puedes contar tu idea.

—Anoche te parecía una idea infantil.

—Anoche estaba cansada y grosera, Alonso. Me comporté como una esposa. Odio comportarme así porque jamás he podido ser esposa de nadie. Mi cerebro no vino con talento para el tedio.

—¿Y el caso que estás investigando?

—Estoy en la fase de espera; puedo ayudarte hoy, quizá mañana también…

—Es decir que no te parece una idea infantil.

Magdalena tomó una bocanada de aire.

—A ver… ¿Has escrito letras para otros cantantes?

—No.

—¿Eres músico, poeta?

—No. Soy periodista. Y ahora vivo de hacer biografías en inglés para gente con dinero y sin talento.

—¿Conoces a alguien que pueda ponerte en contacto con Vives?

—No.

El mesonero se acercó a la mesa y nos sirvió café. Magdalena le echó azúcar y comenzó a revolver con gestos muy lentos.

—Querido, digamos que he conocido mejores ideas que esa que tienes ahora mismo. No repetiré que me parece una idea infantil. Y si te hace ilusión… pues perfecto; además ese cantante está buenísimo y canta buenísimo. Tengo algo de tiempo. ¿Por qué no compensarte por los golpes de anoche?

Paseamos por el Parque de la Independencia. Dos soledades que se rozaban los brazos al caminar. Cada uno iba silencioso, deslizándose entre los árboles. Yo sentía que el verdor y la frescura entraban sigilosas en mí, como un suave licor que apaciguaba mi ansiedad. La idea de que Vives cantase una de mis letras me pareció cada vez más razonable. Era como si la savia de los eucaliptos, las acacias, los pinos, los chicalás, estuviese recorriendo también mi cuerpo entero.

Supe que era una sensación momentánea, un sopor vegetal que se disiparía en minutos y por eso quise vivir en ella con la mayor intensidad posible. Cerré los ojos. Respiré. Por instantes se borró mi familia en Caracas, se borró Caracas, se borró la espera de alguna buena noticia.

El sosiego duró poco. Apenas al salir del parque y tomar un taxi junto a Magdalena regresó la fotografía que me asaltaba desde hace semanas. Esa foto casual que me hice en Miami con Abel, Rolando y Dimas. Un retrato de cuatro amigos que ahora resultaba una broma siniestra, pues sonreíamos abrazados y pocos días después Abel estaba muerto, Rolando preso y Dimas se encontraba atrapado en su casa sin poder moverse del país.

Me froté el rostro con las manos.

—Bogotá es una nube –susurró mi compañera del liceo.

—Puede ser, ¿verdad? –dije señalando el cielo encapotado y gris.

—Eso dice Barrera Tyszka en un cuento.

—He leído libros suyos, pero ese cuento no lo conozco.

—Es extraño que no me haya fijado en ti en el liceo. Siempre me gustó la gente que llevaba libros en la mano.

—Yo no leía demasiado en ese tiempo. Comencé a hacerlo en la universidad. De todos modos, te recuerdo más bien con los malotes del liceo, los que jugaban al baloncesto o al béisbol.

—Yo no recuerdo eso, Alonso.

—Lo único inamovible es el presente. El presente nos jode y nos dice que lo que tenemos es lo único que hay. Pero el pasado siempre puede cambiarse. La gente comienza a ser feliz cuando es capaz de inventarse su pasado y mejorarlo.

Llegamos al restaurante de Carlos Vives.

Allí comenzaron los desacuerdos con Magdalena. Nos enteramos de que en ese momento cobraban entrada y yo me negué a pagar. Quería un plato de comida y mirar si el músico se encontraba en su restaurante. Ya no estaba sobrado de dinero. Los ahorros se acababan; mi situación era demasiado confusa como para gastar sin límite. Además, debía enviar a Barquisimeto un lote de medicinas para mi madre, mi abuela y mis tías.

Magdalena insistió en que debía rascarme el bolsillo, pero me negué en redondo. Dije que prefería aguardar cerca de la entrada. Magdalena resopló. Su rostro se volvió encarnado. Me dio la espalda y entró sin decirme una palabra. Quizá supuso que yo la seguiría.

Pasó una media hora. Fumé. Fumé. Fumé. La situación era ridícula. Un aire frío se escurría entre mi abrigo. Dudé entre regresar al hotel o entrar a despedirme de mi compañera. No fue necesario decidir; Magdalena salió a toda prisa y con una media sonrisa en los labios me tomó por el brazo.

—Dame la letra.

—¿Qué dices?

—Dame la letra. Ya. Ya mismo. Carlos Vives está en una mesa del fondo con varias personas. Lo miré y me guiñó el ojo. Uno de los mesoneros me advirtió que no es común que pase por aquí. Hay que aprovechar el momento. Yo me acerco, lo saludo y le doy la letra de la canción que tienes y le digo que no puede perder esa oportunidad.

—Te mandará al carajo.

—No lo hará. Tiene cara de tipo educado y usa pantalones verdes. Los hombres que usan pantalones verdes son personas muy seguras de sí mismas que jamás se comportan groseramente con nadie. Dame la letra. Lo más probable es que no le preste atención, pero no tendrás otra oportunidad igual. Yo le dejo la letra en la mesa y me retiro. Allí pones tus datos para que te contacten.

Miré al suelo. La punta de mi zapato derecho estaba desgastada.

—Creo que lo mejor sería tener una conversación previa con él. Entrar en el tema lentamente. Mirar estilos, lenguajes que esté buscando en este momento. Ver si hay una semiótica común que…

—No me jodas más, chico, eso no es posible. Jamás lo volverás a tener tan cerca en tu vida y él no tiene tiempo para conversar. Dame la puta letra

de una vez.

—No la tengo.

—¿Qué dices?

—No tengo la letra.

—Corre al hotel y la buscas. Yo espero aquí y busco alguna excusa para que no se vaya antes de que regreses.

—Magdalena, no tengo la letra. No la he escrito.

Ella tomó una larga bocanada de aire, me miró con pupilas incendiadas y apretó sus labios como evitando que saliese de ellos alguna palabra. Se dio la vuelta. Regresó al restaurante con pasos rápidos. La vi desaparecer en segundos; llevaba las manos apretadas. Fue desolador. Sentí como si en ese segundo se estuviesen condensando muchos momentos de mi vida; una lluvia de basura, mierda y ceniza cayó sobre mis hombros.

Incluso por segundos, la siniestra foto en Miami me pareció lejana, inofensiva.

Comenzó a llover. Tomé un taxi y le pedí que me llevase de regreso al hotel. Quería dormir, dormir, dormir. Quería fumar, fumar, fumar. Pensé que debería existir un modo seguro de dormir y fumar al mismo tiempo.

Pasé la tarde echado en el sofá, mirando el cielo pálido y un trozo de montaña. Intenté comunicarme con mi esposa un par de veces, pero tal y como había sucedido en los días anteriores nadie respondió. Era normal. Habíamos acordado no comunicarnos directamente.

Tomé una pastilla para los nervios y quedé derrumbado en la cama. En la tele, diez millonarios jugaban a introducir un balón en una cesta y la gente gritaba emocionada cada vez que lo conseguían.

La puerta sonó con fuerza. Dos, tres veces. Luego un timbre.

Aturdido me puse de pie y abrí. Magdalena pasó sin saludar y se echó sobre el sofá.

—¿Qué te pasa, Alonso?

Ignoraba de qué hablaba.

—Pues ahora mismo sucede que me has despertado.

—Qué carajo. Llevas media hora llorando. Estoy en la habitación de arriba. Soy un poco curiosa, en los hoteles me gusta escuchar cómo la gente hace el amor, o discute o comenta las películas. Pero es que tú no paras de llorar. Eso no mola ni hace feliz.

Me miré en el espejo. Era cierto. Mi rostro parecía arrasado y los ojos hinchados y rojizos amenazaban con saltar fuera de mi cara.

—Carajo. Qué bien. He descubierto un modo de dormir y llorar a la vez. Mi tía Bárbara decía que podía dormir y hacer el amor al mismo tiempo, así quedó embarazada nueve veces de su marido.

Moví una silla y me coloqué frente a Magdalena. Ella me contempló con irritación.

—¿Quieres hablar? ¿Te dolió tanto lo de hoy con Carlos Vives?

Tomé una larga bocanada de aire.

—Quizá se fueron sumando cosas. En el liceo se me ocurrió que me haría rico si escribía un manual humorístico para jugar ajedrez. Ya sabes, algo lleno de chistes y juegos de palabras y dibujos graciosos. Pero el caso es que yo jugaba tan mal al ajedrez y tenía tan pocas ocurrencias que nunca escribí ese libro; diseñé una portada, registré la idea, pero nada. Luego en la universidad fundé una empresa para escribir telenovelas con personajes normales y corrientes; nada de modelos guapísimos; esto iría de gente común como los que van en el Transmilenio, gente como nosotros, como la gente que camina por la calle, pero nunca logré hacer una escena completa porque lloraba al pensar que a la gente como nosotros jamás le suceden historias de telenovelas. Y cuando acabé la universidad diseñé una silla para fiestas que incorporaba un brazo de metal donde podía colocarse la bebida. Hice algunos modelos, pero se caían de lado y mi esposa se fracturó el codo probando uno de ellos.

Magdalena puso cara de póker. Imagino que sentía una profunda lástima o un profundo desprecio, pero no movió ni un músculo de su rostro. Detrás de ella, la madrugada se untaba en el ventanal: penumbra con reflejos dorados y el paso de nubes lentas que avanzaban hacia las montañas.

—Alonso, no llorabas por eso. Por mi trabajo conozco a la gente. Estás acostumbrado a lo que te sucedió hoy.

Alcé el rostro y miré la lámpara del techo. La foto de Miami seguía rondando mis pensamientos. ¿Sería ese el motivo por el que lloraba en el sueño? Estaba extraviando hasta el rastro de mis pesadumbres.

Magdalena comentó que le dolía la cabeza. La altura de Bogotá comenzaba a hacerle efecto. Le advertí que me había sucedido lo mismo al principio de mi viaje, que no se le ocurriese subir una escalera con el mismo vigor que lo hacía en Madrid o terminaría como yo, que una tarde debí recostarme de una pared pues el mundo se estaba disolviendo bajo mis pies y fui rescatado por dos señoras bogotanas que al contemplar el verdor de mi rostro trajeron agua y me sentaron en el suelo.

Miré mi habitación; era más bien un pequeño apartamento, un salón, varios sofás, un escritorio, una mesa redonda para comer, el dormitorio. Un último lujo que me permití al llegar a la ciudad y que ahora me parecía un error irreversible pues ya había pagado por adelantado la estancia de varias semanas.

—Tienes razón, Magdalena, no lloraba por eso. Tuve una pesadilla –le dije.

—¿Qué soñaste? –dijo ella y se acomodó en el sofá.

Di varias vueltas, acomodé la cortina de la ventana que había quedado enganchada con una silla.

—Estaba de paseo en Ginebra. Y toda persona que iba conociendo me decía que el primer paseo que haríamos sería visitar la tumba de Borges. Yo amablemente les advertía que no me gustan las tumbas, que estaba buscando un ángel, pero la siguiente persona volvía a hacerme la misma oferta. Y yo la rechazaba, pero luego venía otra y otra y otra persona invitándome a visitar la tumba de Borges. Creo que más de veinte o treinta personas quisieron llevarme al cementerio y los fui esquivando, aunque seguía escuchando la frase. La tumba de Borges, la tumba de Borges. Corrí por toda esa ciudad que más que a Ginebra se parecía a Bogotá, corrí para que no me siguiesen invitando a ver esa tumba. Llegué a un lugar más tranquilo, hasta que en una esquina tropecé con un cantautor que empezó a aporrear su guitarra y dijo en español: un poquito de música para alegrar la tarde. Caminé un poco más, encontré a otro cantautor que cantaba la misma canción, pero con otra voz, y luego en la siguiente esquina a otro que

también dijo: un poquito de música para alegrar la tarde. Salté a un río, llegué a la otra orilla y allí encontré a un cantautor que me agarró por un brazo y me dijo: un poquito de música para alegrar la tarde, pero lo murmuró con un acento diferente, y descubrí que aquel hombre era ciego, descubrí que era el propio Borges cantando «El cóndor pasa» con una guitarra.

Magdalena alzó una de sus cejas.

—¿Y qué pasó luego?

—Sonó la puerta. Me despertaste. No estoy seguro de si justo antes Borges alcanzó a decirme que desde la eternidad teníamos una cita en ese instante y en ese laberinto que era Ginebra; una Ginebra en la que se veía Montserrate.

Desde la calle se escuchó el ruido de un carro que atravesaba el aire de la noche a toda velocidad. Magdalena colocó su mano derecha sobre mi frente y la escuché susurrar una oración a María Lionza, la diosa la montaña de Sorte. Cerré los párpados. Me gustaba el contacto de esa mano. Me hacía bien. Una mano cálida, firme, y a un mismo tiempo tersa.

—Ahora sí dormirás tranquilo –dijo mi compañera del liceo al terminar su rezo.

Se puso de pie. Avanzó hacia la puerta y la abrió.

—Tienes un montón de serpientes flotando en fondo de tus ojos, Alonso… Quizá mañana quieras contarme la verdad de lo que te está pasando –murmuró.

Desperté lleno de energía. Había descansado como nunca. Ni siquiera llegué a la cama; quedé relajado sobre el sofá donde me dejó Magdalena y al abrir los ojos tuve esa sensación festiva de la infancia, cuando el sol te acariciaba la cara y sólo querías comer y estirar el cuerpo.

Después de devorarme un par de tamales salí a la calle. Primero fui a una farmacia y luego al correo para enviar un lote de medicinas que mi familia jamás conseguiría en Venezuela.

Al terminar mis gestiones, respiré un aire de madera y tierra húmeda cuando estuve rondando el Parque de la Independencia. Luego me desvié.

Seguí mi instinto. Alguna vez, muchos años atrás, había visitado la ciudad con mi esposa y con mi suegro.

Por la séptima, avancé mucho rato entre estatuas vivientes y músicos callejeros. Estuve mirando a uno de ellos: un Carlos Vives completamente plateado que bailaba al ritmo de «La cumbia de todos». Me gustó que hubiese escogido esa canción para su espectáculo; no era de las más conocidas de Vives, pero resultaba chispeante, eufórica y bajo sus compases se atravesaba esa melancolía propia de la alegría y la belleza cuando se saben efímeras. «Dentro de esa canción hay algo que todavía no sé nombrar», pensé.

A su lado, una mujer con vaporosos vestidos rosa parecía emerger de un cuadro victoriano. El detalle contrastante era la bandera de Venezuela colocada en su base. Fue así como me di cuenta; varios de las estatuas vivientes llevaban una. Caminé un poco hacia mi izquierda, unos percusionistas excelentes descargaban sus ritmos sobre tambores y congas; también habían puesto la bandera en medio de todos ellos. Comprendí que era un modo de recalcar la pobreza en la que se encontraban; probablemente habían llegado a la ciudad caminando kilómetros y kilómetros, atravesando el páramo de Berlín. Así la bandera era una petición de auxilio; también una señal de que al huir de la miseria venezolana habían sobrevivido a la altura y a las bajas temperaturas. Estar allí era un modo de recordarse a sí mismos que no habían terminado enterrados en las orillas de la carretera.

Coloqué un par de monedas a los músicos. Tras de mí, encontré un carrito de madera que vendía hayacas. La vendedora miraba al frente con los ojos vacíos, perplejos, como si todavía no pudiese creer lo que nos estaba sucediendo. Agité mi cabeza. Sentí dentro de ella trozos de vidrio; puntas de metal. Volví a sacudirla. Deseaba recuperar la plenitud y el descanso con que había despertado esta mañana.

Caminé un rato por la Plaza de Bolívar. Unos vendedores ofrecían tiras de mango verde en vasos de plástico. El color de la fruta era eléctrico, vivo. Me detuve frente a ellos y a lo lejos contemplé caminar a Magdalena, que apenas al mirarme alzó el brazo para saludar. La esperé fumando un cigarrillo.

—Tienes buena cara –me dijo.

—Eres una maga. Dormí como hace años no dormía –le dije–. Qué bueno verte por aquí. ¿Paseando?

—Sí. Recordé que hay un sitio estupendo para comer ajiaco. ¿Lo conocerás?

Soné mis dedos.

—Claro que sí… ya sé cuál me dices. Es genial. Estuve hace un tiempo –murmuré y la tomé del brazo.

—¿Almorzamos juntos? Te invito.

—Mejor que mejor, Magdalena. El sitio se llama La Puerta Falsa.

—Ese mismo. También comí allí alguna vez. Normalmente podría recordarlo, pero estoy cansada. Tuve un caso agotador hace unos días en Medellín.

—Mi suegro siempre me decía que no pasase por Bogotá sin ir a La Puerta Falsa a comer un ajiaco. Era colombiano. Murió hace unos meses en Caracas.

—¿No quiso regresar?

—Le gustaba mucho Venezuela. Cruzó la frontera sólo con la ropa que llevaba puesta. Estuvo jodido varios años, pero unos señores de San Cristóbal lo contrataron como jardinero, lo ayudaron y pudo progresar. Hizo un buen dinerito trabajando mucho en Barquisimeto. Le gustaba su tierra, pero decía que en Venezuela pudo conseguir lo que aquí le negaron.

—¿Y tu esposa?

Sonreí con torpeza y crispación. Era como si esas palabras fuesen el pinchazo de una muela.

—Mi esposa sigue allá con los dos chamos.

Esperamos un rato en la puerta para poder entrar. En la calle, un muchacho con una antigua máquina de escribir manual vendía poemas a los paseantes. Miré fascinado el rodillo, el sonido feroz de las teclas, la blancura del papel. No habían pasado tantos años y nuestra propia memoria se había convertido en un museo.

El restaurante era pequeño, pero al final consiguieron ubicarnos en una barra de madera a la que llegaba el terso olor de los tamales y de los humeantes ajiacos. Pedimos un par de sopas y dos jugos de mora.

Esperamos. Magdalena miró un rato su celular. Yo contemplé la pared. Una pared color marfil.

La pared me puso muy triste. Era una pared. Una pared igual a otra pared. Pero me puso muy triste. Ese color tan uniforme. Esa pared tan pared.

Podía tocarla con sólo extender un poco la mano.

—¿Qué sucede, Alonso? –susurró Magdalena.

—No sé si puedo regresar a Venezuela –murmuré–. Me gustaría que Carlos Vives cantase una canción con una letra escrita por mí, pero lo que en verdad sucede es que no sé si podré regresar a Venezuela.

En ese momento trajeron los dos ajiacos. El olor acariciaba. La mano de Magdalena pasó por mi rostro y limpió los dos lagrimones que cayeron por mis mejillas. Comimos en silencio un buen rato; el ajiaco estaba espectacular, pero esa pared que se encontraba frente a mis ojos parecía cada vez más sólida, más alta, más próxima, como si fuese el tronco de un animal desconocido que con lentitud se iba aproximando a mi cuello para olisquearme.

—Hace unas semanas me hice una foto –susurré–. Una foto en Miami, con tres amigos de la universidad: Abel, Rolando y Dimas. Nos encontramos por casualidad los cuatro; cada uno andaba en sus cosas. Bebimos un par de cervecitas, posamos para la foto, la colgamos en las redes y cada uno siguió su camino. Menos de una semana después supe que al regresar al país, en el propio aeropuerto, a Abel lo arrestaron sin orden judicial. Lo tuvieron desaparecido cuatro días hasta que la policía admitió que lo había detenido por considerar que estaba implicado en un atentado contra el presidente. Informaron eso y dijeron que lo llevarían a tribunales, pero una hora después Abel cayó desde un piso nueve y se mató. Hablaron de suicidio, claro. Supuestamente estaba solo, sin vigilancia y tuvo la habilidad para quitarse las esposas, caminar hasta una ventana, abrirla y lanzarse al vacío, frente a cientos de policías en un lugar lleno de cámaras.

—Eso es imposible. Jamás un detenido por la policía política va a quedar solo y le van a permitir que ande libremente por las instalaciones de la cárcel.

—Obvio. Lo suicidaron. Imagino que le aplicaron «la ventana».

—Sé de qué hablas, es una tortura en la que cuelgan al preso en una ventana muy alta para que aterrorizado firme la confesión que ellos le pongan por delante.

—Y, por lo que me contaron, antes de eso le aplicaron electricidad y también le hicieron el buzo para asfixiarlo dentro de un inodoro. La única duda es si se les cayó del noveno piso o lo tiraron a propósito porque le había dado un paro cardíaco.

Magdalena suspiró y estuvo un rato con la mirada perdida.

—Lo siento mucho, Alonso. Rezaré por él.

—Pero es que unos días después Rolando regresó al país. No sucedió nada, pero esa misma noche llegó una comisión y se lo llevaron preso. Hace quince días que su familia no tiene acceso a él y no les han dado ninguna noticia.

—¿Lo acusan por lo mismo?

—No. En este caso se inventaron que ha estado conversando con generales para dar un golpe de estado. Los cargos son diferentes.

—¿Y el tercero de tus amigos?

—Entró a Venezuela sin novedad ninguna, supo de los problemas de nuestros panas y me escribió angustiado. Luego intentó viajar a Curaçao porque sintió temor de que pudiese pasarle algo, pero en el aeropuerto sin razón ninguna le anularon el pasaporte. No puede salir. No hay ninguna causa abierta, no lo acusan de nada, pero no puede salir y todas las noches imagina que vienen a buscarlo y se lo llevan junto a Rolando y los trasladan a un piso nueve para colgarlos de los brazos.

Magdalena continuó comiendo su ajiaco, pero por su mirada se notaba que le daba vueltas y vueltas a sus pensamientos. Estuvo un rato mordiendo una papa, luego giró el rostro y me miró.

—Y tú eres el cuarto de la foto. Eres el siguiente en la lista, Alonso…

Fumamos en la calle, mirando la gente que vendía repuestos, electrodomésticos, ropa usada.

Luego entramos a una librería, pero Magdalena no se detuvo sino que subió por unas escaleras y llegamos a un café. Me contó que en el lugar se

realizaban presentaciones de libros, lecturas de poemas. Estaba completamente vacío, pero buscamos una mesa del fondo.

—Entonces, Alonso, tu miedo es que al volver te tengan una sorpresa preparada.

—Así es. Trabajo fuera haciendo biografías en inglés, ya te lo dije. Gano un dinerillo contando la vida fantástica de pequeños empresarios, de líderes religiosos de medio pelo, de deportistas olvidados. Cobro en dólares. Muy poco pero en dólares. Con eso mantengo a mi familia. Tan sólo que me dejen atrapado allí sería matarme de hambre. Pero tampoco sé si quieran meterme en una de esas cárceles de ellos donde tienes la luz encendida las veinticuatro horas hasta que enloqueces, o prefieran hundirme la cabeza en una poceta.

—¿Y hay algún motivo para que te interroguen?

—No te entiendo.

—Quiero ayudarte, Alonso. Pero para eso debo saber la magnitud de lo que está sucediendo. Estabas con dos amigos, uno de ellos acusado de participar en un atentado contra el presidente, otro de incitar a un golpe de Estado… y el otro…

—Son inventos.

—No lo dudo. Conozco a esas ratas. Mi pregunta es por qué están yendo a por vosotros. Por qué la han tomado con ustedes, chamo.

Respiré hondo. Bebí un sorbo de café.

—Lo ignoro.

—Las posibilidades son siniestras. La primera es que uno de ustedes esté metido en algún lío que ellos quieren tapar. La segunda es que uno de ustedes se inventó algo para dañar al resto.

—O las dos a la vez, Magdalena. Lo he estado pensando. Yo no estoy en ningún lío. Nunca he hecho nada demasiado importante. Iba a las marchas contra el gobierno, aporreaba ollas en el balcón de mi casa. Tampoco he delatado a mis compañeros. No soy de ese tipo de personas y mis contactos con esa gentuza del gobierno son inexistentes.

—Pero alguien tocó una tecla delicada, Alonso. ¿Qué hacían tus amigos?

—Abel era profesor universitario; Rolando es médico; Dimas es periodista.

—¿Alguno fue partidario del gobierno alguna vez?

—Ninguno, joder. Y llevamos unas vidas normalitas.

—Ya me lo dijiste. Lo más épico que han hecho es dar un cacerolazo.

—Exactamente.

Magdalena pidió otro café.

—¿Y por qué te viniste a Bogotá?

Coloqué las manos en la mesa y acaricié la madera. Era una mesa circular; me gustó intentar seguir su forma durante unos segundos.

—Cuando terminé mi trabajo en Miami fui a Francia a conversar con un posible cliente. Allí me fui enterando de lo que estaba sucediendo en Venezuela con mis amigos. Me asusté cada vez más. Yo estaba en un hotel en Lamballe, en la Bretaña. El trabajo con mi cliente no tenía pinta de avanzar; decía que nos haríamos ricos con su historia y que yo cobraría porcentaje. Nada de adelantos. Lo mandé al carajo. Pero frente a mi hotel quedaba la estación de trenes y la miraba todos los días. Pensaba que los trenes existen para acercarnos a casa, pero que yo desconocía si seguía teniendo casa. Hablé con mi esposa y le conté lo que sucedía. Ella dijo que intentaría averiguar pero que no hablásemos más por teléfono; ella buscaría el modo de avisarme que el camino estaba despejado.

—Y no te ha dicho nada.

—Ni una palabra. El caso es que una noche en mi hotel yo seguía mirando la estación de tren. Había niebla. Lluvia. El tiempo no me ayudaba a mejorar los ánimos. Puse la tele, en un canal conseguí un concierto de Carlos Vives en El Campín… Espectacular. Aquello era electricidad pura. Siempre me ha gustado Vives, pero esa noche me gustó más, como si ese concierto estuviese sucediendo para consolarme, para moverme el cuerpo. Me puse a bailar en la habitación. Era pequeña pero me las ingenié para moverme y moverme hasta que estuve exhausto. Caí en la cama rendido, pero antes de dormir revisé los libros que llevaba y me encontré con un poema de Mutis que me encanta.

—¿Qué poema?

—«Canción del este».

Magdalena sonrió y alzó la barbilla.

—«A la vuelta de la esquina un ángel invisible espera; / una vaga niebla, un espectro desvaído te dirá algunas palabras del pasado. / Como agua de acequia, el tiempo cava en ti su arduo trabajo / de días y semanas / de años sin nombre ni recuerdo. / A la vuelta de la esquina te seguirá esperando / ese que no fuiste, ese que murió de tanto ser tú mismo lo que eres. / Ni la más leve sospecha, ni la más leve sombra te indica lo que pudiera haber sido ese encuentro. / Y, sin embargo, allí estaba la clave de tu breve dicha sobre la tierra».

Di un manotazo eufórico sobre la mesa.

—Ese mismo, ese mismo poema. Nunca he podido aprenderme nada de memoria.

—Igual lo he cambiado un poco. Hace años que no lo releo, pero siempre me encantó. Mutis estuvo en Caracas. Hice una cola de hora y media en el Museo de Bellas Artes para que me firmase su libro, un libro amarillo que todavía conservo en Madrid. ¿Y qué pasó entonces?

—Pues que me dormí con el recuerdo del concierto y de ese poema. En la mañana desperté temprano y desayuné unos cruasanes con mantequilla y varios quesos. Mientras comía me puse a ojear una novela de Ernesto Pérez Zúñiga, y allí hablaban de un músico del barroco que descubrió algo que llamaban el tercer sonido. Y entonces leyendo, todo se iluminó. Yo a veces siento que me acerco a un sonido que surge de ciertas canciones, un sonido de oro, un algo que sólo sucede como un chispazo y que me hace feliz y me aclara y me sosiega. Eso me pasa con las canciones de Vives.

—Y entonces decidiste venirte a Bogotá.

—Así es. Las claves me parecían muy nítidas. Lo vi todo claro. El ángel invisible, el sonido de oro… Bogotá. Aquí a lo mejor podía conseguir el sosiego para saber qué hacer de ahora en adelante.

—Viniste a buscar un ángel.

—Eso es...

Magdalena suspiró y se arregló el pelo.

—No puedo evitarlo, Alonso. Me caes muy bien.

El taxi nos llevó a la Avenida Caracas entre cuarta y sexta. Magdalena me preguntó si tenía ahorros. Confesé que muy pocos. La escuché resoplar.

—Tocará prestarte dinero.

Nos detuvimos frente a una casa anaranjada, un poco derruida, que tenía pintadas en un azul oleoso unas letras gigantes: Sobandero El Tigre. Entramos. Un hombre con ojos amarillos y una bata blanca saludó afectuosamente a Magdalena. Cada vez que movía las manos un penetrante olor salpicaba el aire. Cuando el hombre se retiró le pregunté a Magdalena qué era ese aroma y me dijo que quizá se trataba de la infundia, un producto hecho con grasa de gallina criolla.

Cerca de nosotros permanecía un muchacho; tenía el tobillo como una patilla; y a su izquierda se encontraba un niño adormecido en los brazos de su madre.

El hombre de ojos amarillos se acercó a la señora y le preguntó qué necesitaba.

—El niño se me descuajó –dijo la mujer.

El hombre respondió que con unos masajes en la barriga quedaría perfectamente. Luego se giró hacia nosotros y habló con mi amiga en susurros

—Esa persona con la que necesitas hablar llega en diez minutos.

Nos sentamos en una pequeña sala. Frente a mí brillaba un cartel con un dibujo de la columna humana. Magdalena miraba el reloj con impaciencia. Le pregunté qué estábamos haciendo en ese lugar.

—He cuadrado una reunión. La solución a tu problema es sencilla, tienes que saber qué está pasando. Pues nos vamos a enterar.

Afuera comenzó a llover. Sentí que el agua penetraba mi cuerpo hasta morderme los huesos. Recosté mi cabeza en la pared. Un muchachito joven entró al local y le hizo una señal a Magdalena para conversar en la calle. Hice un gesto por levantarme pero ella me indicó con su brazo que no me moviera.

Esperé unos minutos. Al fondo se escuchaban los quejidos de un hombre; decía algo sobre su codo y puteaba a la humanidad. Me dormí varios minutos. Creo que llegué a soñar. Más que un sueño con imágenes era un sueño con palabras que se iban dispersando, que comenzaban a

agruparse de una manera fortuita pero sonora, como si el sentido que brotase de ellas dependiese de su ritmo y sus combinaciones.

Abrí los párpados. Vi salir sonriente a un hombre que movía el brazo y murmuraba: «El tigre es el tigre».

Magdalena entró de nuevo con un papel en sus manos y se sentó a mi lado.

—Alonso, tenemos que hacer una visitica a la cárcel.

—¿Y esa vaina?

—Vamos a la Cárcel del Buen Pastor. Allí hay alguien que nos puede ayudar.

Una calle estrecha y al fondo un portón azul.

Nos bajamos del taxi. Una señora que vendía café y empanadas nos miró con indiferencia. Magdalena tocó con los dedos una ventanilla y una mujer de rostro redondo le preguntó qué deseaba. Ella sacó un papel y lo mostró; nos dijeron que debíamos esperar media hora.

Estuvimos recostados en la pared, fumando.

En el cielo un avión atravesó las nubes. Vi el parpadeo plateado de sus alas.

Frente al portón se detuvo una camioneta blanca; de allí bajaron dos policías y una muchacha esposada que llevaba un cigarrillo al que le dio dos caladas antes de tirarlo en el suelo y entrar.

La lluvia había cesado unos instantes, pero el cielo se extendía gris sobre nuestras cabezas.

—Entonces lo de la letra de la canción de Carlos Vives te lo inventaste para mí –comentó mi amiga.

—No exactamente. Cuando volaba hacia Colombia pensé que debía convertir en algo concreto mi intuición del ángel de Mutis y el sonido de oro. Pensé que si Carlos Vives me aceptaba como su letrista podría ganar buen dinero y me sería posible sacar a mi familia de Venezuela mientras las cosas se calmaban.

—¿Se te suelen ocurrir muchas ideas de ese tipo?

—Algunas. Creo que te lo dije; mi esposa suele odiarme cada vez que tengo una de esas ideas. Mira al cielo y resopla. Desde que se fracturó el codo por la silla que inventé nunca más volvió a fiarse de mí.

—Es que el amor no aguanta un codo roto, Alonso.

Metí las manos dentro de los bolsillos.

—¿Y a quién venimos a ver aquí?

—Una tipa llamada Estefanía. Trabajó estos años para los milicos venezolanos en Puerto Ordaz. Pasaba información. Hace unos meses la mandaron para acá con el fin de que se infiltrase en los campamentos de refugiados y provocase disturbios. Así podían ir deteriorando la imagen de la gente que está huyendo y decir que son delincuentes que no soportan la felicidad de vivir en Venezuela. Ella hizo su trabajo, pero se negó a seguir cobrando en bolívares. Peleó con sus jefes y decidió intentar negocios por su cuenta, así que habló con una gente y aceptó llevar una maletica con tres kilos de coca a España, pero la capturaron en El Dorado.

—Carajo, ¿y esa es la persona que me va a ayudar?

—Sigue teniendo amigos en la policía venezolana y en la oficina de identificación. Cuando la arrestaron llevaba cuatro pasaportes venezolanos, cuatro pasaportes con cuatro nombres distintos y ninguno era el verdadero.

—Menuda joyita la muchacha.

—Puede venirnos bien. Cobra un poco caro y en dólares. Ya me pagarás. Iré anotando los gastos. Pero como bailas tan bien y estudiaste conmigo en el Villavicencio no te cobraré mis honorarios.

—Se te agradece. Supongo que no podría pagar lo que cobras. ¿Y esta gente sólo acepta dólares?

—Sólo dólares. En Venezuela la gente del gobierno, para sus vagabunderías, sólo trabaja con dólares. Las mordidas, los sobornos, los policías, los jueces, sólo se mueven con dólares. No son pendejos; los precios en bolívares cambian dos veces al día.

Tomé aire. Pensé si encender otro cigarrillo pero me ardía la garganta. El portón se abrió y una mujer policía con un uniforme de camuflaje nos hizo una seña para que entrásemos. Lo hicimos y nos llevaron a una oficina estrecha en la que nos tomaron las huellas de los dedos y nos pusieron un sello en el brazo. Luego pasamos a otro pasillo donde nos dijeron que nos pusiésemos de espalda y nos tocaron para verificar que íbamos desarmados.

Luego nos advirtieron que debíamos dejar en una taquilla el dinero, los celulares y las llaves y nos colocaron un segundo sello en el brazo.

Hicimos una pequeña cola y debimos sentarnos en una silla metálica con la que imagino verificaron de nuevo que no llevásemos armas. Nos colocaron un tercer sello en el brazo y pasamos a una galería en la que una señora le susurró a Magdalena que sólo teníamos media hora.

Justo antes de traspasar una reja nos imprimieron un cuarto sello, pero ahora en el otro brazo.

Al fin se abrió una puerta metálica de color blanco y llegamos a un patio. Caminamos sin mirar a los lados y atravesamos varios grupos de mujeres que llevaban uniformes color caqui.

A nuestra derecha pude ver las ventanas de las celdas. Montones de ropas descoloridas colgaban de los barrotes; parecían banderas tristes de una batalla perdida.

Al llegar junto a unos bancos de cemento Magdalena me indicó que nos sentáramos. Al fondo, en un segundo patio, se escuchaba música y varias reclusas desfilaban como en un concurso de belleza. Llevaban una banda de tela con el nombre de su país, daban una vuelta y luego tomaban un micrófono para responder preguntas. En el rato que estuvimos esperando vi pasar a Miss Italia, Miss Venezuela, Miss México y Miss República Dominicana.

Un olor denso a comida llegaba a mi nariz. Una mezcla salada y picante que me hizo estornudar un par de veces. Magdalena golpeaba su rodilla con el dedo índice y fingía estar distraída mirando el concurso, pero comprobé que no se perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. Por la vivacidad de su mirada descubrí el momento en que se acercaba la persona que habíamos ido a visitar. También llevaba el uniforme caqui y junto a ella avanzaba un jovencito con el cabello muy corto y esos andares masculinos de quienes pretenden verse mayores de lo que son.

Magdalena sonrió con sutileza y se puso de pie.

La mujer se detuvo y le hizo una seña a su acompañante para que se marchase. Fue en ese momento que comprobé que la otra persona también era una mujer, pero con ropa muy holgada y los brazos llenos de tatuajes de calaveras, hachas sangrantes, nombres de muchachas y motivos marineros.

—Soy Estefanía –dijo y nos invitó a volver a sentarnos en los bancos de cemento.

Era rubia teñida y llevaba la boca pintada de un rojo intenso. Luego volvió a hacerle una señal con la mano a su acompañante para que se alejase.

—Mi Tyson es muy celoso –dijo ella–. Pero es muy dulce y aquí en la cárcel una está muy sola, así que tuve que buscarme mi «chacho».

Magdalena miró hacia el suelo.

—Dile que se marche de una vez. Vinimos a hablar sólo contigo. Y vinimos en son de paz, pero yo a los celópatas me los suelo comer con patatas después de darles un buen par de carajazos y una patada voladora. Y cuando eso pasa no hay pagos en dólares.

—Eso me han dicho –asintió Estefanía y volvió a hacerle un gesto a su acompañante hasta que al fin este se retiró con pasos lentos.

Un reguetón sonó en el otro patio y varias mujeres mecieron sus caderas para seguir el ritmo. Magdalena estiró los brazos y dijo que le dolían las articulaciones. Luego miró a Estefanía y le comentó que nos habían dicho que podía ayudarnos con un problema en Venezuela.

—Así es, así es. ¿Y qué me les está pasando por allá?

—Tiene que ver aquí con el amigo –dijo Magdalena señalándome.

—Pues para empezar que me cuente todo con detalles.

Abrí la boca para comenzar mi historia, pero Magdalena me tapó la boca con su mano.

—No, no, cariño. El asunto no va así –acotó mirando a Estefanía–. Él sólo te va a decir su nombre y su número de cédula de identidad. Y tú nos vas a averiguar si hay algún problema con él en Venezuela. Nada más. Nosotros no te vamos a contar nada. Tú nos vas a contar a nosotros. Te aprendes esos datos, me dices cómo vamos a recibir tu respuesta, y te ingresamos la mitad de lo acordado.

—Eres muy desconfiada. Si conozco el problema podré averiguar mejor.

—No sabemos si hay un problema. Eso es lo que vas a averiguar tú –insistió Magdalena.

Yo susurré mi nombre y mi cédula de identidad tres veces. Estefanía apretó los párpados, repitió en voz muy baja los datos que yo acababa de darle. Luego se acarició el muslo y apretó las mandíbulas.

—Tengo un primo allá en el Imperio, en Orlando. Le harán a él mi ingreso. No me fío mucho del carajo, pero él sabe que si me falla cuando salga de aquí va a tener un problemita bien grande. No soy tan sólo una mula que no coronó.

—Lo que tú digas –susurré.

—Pero mejor les hago llegar la información fuera. Mi Tyson se pone de mal humor cuando ve hombres cerca de mí.

Miré a las mujeres que bailaban en el otro patio. Llevaban bien el ritmo pero la sonrisa de todas ellas me pareció forzada, como si la música pasase a su lado sin entrar en sus cuerpos.

Esa noche bebimos una copa en mi habitación y luego salimos a dar una vuelta. Magdalena dijo que podíamos ir a cenar a un sitio que había conocido en un viaje anterior. Atravesamos calles y calles penumbrosas. Nos perdimos un par de veces, pero al fin mi amiga logró orientarse y nos detuvimos en la calle 39 frente al restaurante El Barrio. Nos quedamos en la terraza para poder fumar. Pedimos chicharrón, arepas de yuca y un par de cervezas. Luego cada uno se encendió un cigarrillo y miramos cómo la lluvia reiniciaba su lenta persistencia sobre la ciudad.

Magdalena cada tanto parecía desaparecer, como si sus pensamientos la llevasen muy lejos. Pensé que mi situación la angustiaba, pero cuando le hablé de ello su rostro se transformó y adoptó una serenidad muy profesional.

—Yo me preocupo de lo que ya conozco. Lo que ignoro no me angustia. Veamos qué nos dice Estefanía.

—Pero hay momentos en que me parece que te pusieran una tonelada de plomo en los hombros –le advertí.

Quedó en silencio unos instantes. Luego apareció la camarera con nuestro pedido. Di un mordisco a la arepa de yuca; estaba rellena de queso, y al morderla sentí que flotaba sobre el suelo.

—Lo que sucede es que me mata la espera –dijo Magdalena–. Ya te lo dije… estoy en un caso sobre unos contrabandistas… y la espera me está carcomiendo. Miro el reloj, miro el reloj, miro los días que pasan.

La escuché respirar con fuerza. Por unos segundos, entre la arepa de yuca y la actitud de mi amiga, la angustia pareció disminuir hasta casi hacerse invisible; era como si las desgracias de las últimas semanas le estuviesen ocurriendo a otra persona. Pero lo cierto es que sentí un pinchazo cuando vi que Magdalena sacaba su teléfono y comenzaba a mirar la foto que me hice con mis amigos en Miami.

—¿Cómo conseguiste eso? Yo la borré de las redes.

—La información se transforma pero no desaparece; mi trabajo es conseguirla –susurró Magdalena–. Quiero comprender si en esta foto hay algo que pueda explicar lo que ha sucedido con tus amigos.

Miré de nuevo la fotografía. Cuatro hombres con poco pelo y algo de tripa sonríen a una cámara; al fondo se contempla una bahía con veleros y un cielo incendiado de rojos y naranjas. ¿Qué podía encontrar Magdalena en esa imagen que nos ayudase? Me estremecí al mirarnos congelados en ese instante, afables, felices, sin saber que la muerte y el dolor nos esperaban sólo unos pocos días después.

—Pues allí lo que ves son cuatro personas que han olvidado por un momento que viven en un país horrible donde te pueden torturar o matar con un fusil por protestar en la calle.

—¿Qué llevas en tu mano? –preguntó ella.

—¿Ah?

—En tu mano derecha llevas algo apretado. No es posible saber qué es, pero allí guardas algo.

Miré la foto. Sentí un escalofrío.

—No lo recuerdo. ¿Es importante?

—Quizá no.

Magdalena colocó el celular a un lado y siguió comiendo. Le comenté sobre lo espléndida que estaba la arepa de yuca y sonrió, como si estuviese aterrizando en ese momento de un viaje lejano. Miramos la lluvia.

—Cuéntame de tu esposa y tus hijos –susurró.

—Ah, pues llevamos ya cinco años juntos. Muy bien todo. Muy bien… –dije mientras mi voz se apagaba–. Cierto que el accidente con la silla para fiestas nos cambió un poco. Creo que antes le divertían mis ideas y ahora comienza a perder la paciencia. Pero en general, todo bien. Estos son mis

hijos –dije mostrándole una foto en mi teléfono–. No se parecen a mí, se parecen a su madre y al padre. Son hijos del anterior matrimonio de mi esposa, pero el padre se marchó muy pronto y yo los he criado; me dicen papá y eso es lo que soy.

—¿Y ese señor qué hace?

—Nada especial. Comerciante –respondí.

—¿Y tiene contacto con sus hijos?

—Sí, sí. Sobre todo en estos últimos tiempos. Al principio, muy poco, pero estos años… salen juntos, pasa por casa y les deja regalos, los llama por teléfono.

Magdalena me miró con fijeza.

—Parece que te incomoda el tema.

—No demasiado. Un poco, quizá. Los cuatro hemos estado muy bien estos años y verlo reaparecer ahora que está ganando buen dinero… es como un invitado que ya no esperas y de repente llega a una fiesta. Pero es normal que quiera compartir con sus muchachos. A ellos les hace bien. Es como tener un padre para las vacaciones y un padre de verdad, que soy yo.

—¿Y trabaja tu esposa?

—No. Prefirió quedarse en casa cuidando a los niños. Sé que es un poco antiguo, pero nos pareció bien así.

—Así que ustedes viven de esas biografías que escribes… Y entre los personajes para los que has escrito, ¿hay alguna que pueda resultarle incómodo al gobierno de Venezuela?

—En absoluto. Gente que vive en su mundo, que es un mundo en inglés; si les preguntas donde queda Bogotá o donde queda Caracas alzarán los hombros… No es un trabajo emocionante, pero es el que he hecho muchos años. No me gustó estar en la redacción de un periódico. Planifiqué alguna vez un ciclo entero de novelas históricas con las que me haría millonario, pero jamás pude escribir una línea. Ya no me importa para nada, pero a veces… qué se yo. Hace poco vi un documental sobre este escritor colombiano: Hernán Hoyos, el que hacía libros muy sexuales que vendía de puerta en puerta.

—Algo he escuchado…vendió miles de ejemplares.

—Ese mismo. Pero lo que me llenó de envidia fue ver su velocidad al teclear una máquina de escribir. Parecía tener treinta dedos. Qué delicia. Él no planificaba, no pensaba, no tenía ideas… las hacía. Sus manos eran algo muy concreto que construía historias muy concretas. Sus manos eran palabras, eran páginas. Me produce envidia alguien así, alguien que convierte un gesto en algo tangible.

La lluvia continuó acariciando las calles. Un aire húmedo sopló sobre nosotros. No nos habíamos quitado los abrigos. Magdalena tocó mi frente con uno de sus dedos, luego sacó un cigarrillo y en voz muy baja la escuché murmurar una oración.

—¿Qué haces?

—Voy a hacer una consulta por tus cosas. No es este el mejor lugar, pero acabo de recibir un mensaje de los espíritus que me acompañan. Dicen que lo haga ahora, así que no hables, come tu arepa calladito y responde sólo si te pregunto algo.

Magdalena tomó el cigarrillo, lo encendió y le dio siete caladas cortas. Luego se persignó con el pitillo y comenzó a fumar con normalidad. Yo nunca había creído demasiado en esas cosas, pero tampoco tenía una idea mejor en ese momento. Con mi abuela había ido un par de veces a la montaña de Sorte para consultar una bruja que acertó al advertirme que en quinto año tendría serios problemas para aprobar química. Hasta allí llegaba mi experiencia con el espiritismo marialioncero que cultivaba mi amiga, así que hice lo que ella me pidió y terminé de comer mi arepa.

La vi escrutar la ceniza del cigarrillo. Sus ojos parecían hacerse más hondos, más oscuros.

—Tus caminos no están despejados.

—¿Eso es malo?

—Un poco sí. No terminan de abrirse; hay problemas, sí, hay problemas que tal vez pudiesen solucionarse. Pero los caminos no terminan de abrirse.

—¿Quieres decir que no puedo regresar a mi casa?

—Ahora mismo tienes que esperar.

—¿Cuánto?

—El tiempo de los espíritus no es nuestro tiempo. Les rezaré para que te den sosiego y lucidez –murmuró Magdalena y un gesto adusto cubrió su rostro–. Cariño… el exesposo de tu mujer…

—¿Qué pasa con él? –respondí abriendo mucho los ojos.

—Dijiste que es comerciante. Eso no es muy exacto, ¿verdad?

—Pues sí, comercia, compra, vende…

—Digamos más bien que es un empresario, dices que está ganando dinero. No es un señor que vende pintura o repuestos para carros. Es un empresario.

Sentí que las aletas de mi nariz se expandían. Miré hacia la calle. La lluvia estaba cobrando fuerza.

—Sí, Magdalena –susurré con impaciencia.

El cigarrillo terminó de consumirse. Magdalena no lo estrujó sino que se persignó de nuevo con él y lo colocó suavemente en el cenicero.

—Eso me parecía a mí… y tal vez lo tienes muy cerca. Te aparece un hombre muy cerca de tus pasos, y no sé si sus intenciones son buenas.

—¿Mi mujer me está siendo infiel con su exmarido?

Magdalena resopló impaciente y me pellizcó la mejilla.

—Ay, tontico mío… un cuerno no ha matado nunca a nadie. A esta vida vinimos a recibir y dar cornadas. Eso que me preguntas no lo sé. Te hablo de algo importante. De algo grave. No me gusta la sombra que acabo de mirar cerca de ti.

—¿Y es él?

—Todavía lo ignoro. Dime algo, ¿el exmarido de tu esposa trabaja para el gobierno venezolano?

La lluvia ocultó la calle tras una capa blanca y fluctuante.

—Sí –murmuré.

Luego quise decir algo más, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Al amanecer no pude levantarme de la cama. Me pesaban los brazos, las piernas, el tronco. Miré la ventana. Las montañas reverberaban bajo la luminosidad del aguacero que caía sobre Bogotá. Estuve acostado hasta

cerca del mediodía cuando escuché que tocaban a mi puerta. No me sorprendió encontrar allí a Magdalena, que entró sin preguntar y luego recorrió las esquinas del salón con una figura pequeña de María Lionza a la que terminó besando antes de colocarla sobre el escritorio.

—A ver –dijo sacando de su bolso varios frascos–, ahora mismo te vas a dar un baño que te voy a preparar. Un chorrito de cuernociervo, esencia de canela, esencia de rosas, y este limón partido en cruz –dijo mostrando una frutica redonda, muy verde y pequeña.

—¿Es necesario?

—Hay que despejarte los caminos.

Obedecí. El olor penetrante cubrió mi piel y cuando ya terminé de darme el baño, me vestí y salí al salón donde Magdalena no dejaba de mirar una tablet con gesto muy serio. Me llamó con el dedo y señaló la fotografía que me hice con mis amigos en Miami.

—Mira esto.

—Ya la he visto muchas veces, Magdalena.

—Has visto tu foto, pero conseguí dos fotografías más del mismo momento.

—¿Cómo hiciste eso?

—Tú borraste la tuya, pero tus amigos no lo hicieron; las dejaron en sus redes. Tengo las que colgaron ellos y que habrán hecho con sus teléfonos. Son segundos después de la tuya…

Magdalena me mostró las dos fotografías. No noté demasiadas diferencias. Quizá algo en las sonrisas de los cuatro, un pequeño matiz, una transformación mínima.

—¿Y qué pasa?

Mi amiga señaló mis manos.

—En la tuya guardabas algo en tu puño derecho. Lo apretabas muy fuerte. En la segunda foto que conseguí ya no tienes nada en la mano derecha. Y en la tercera tu amigo Dimas tiene algo en su bolsillo –Magdalena amplió ese trozo de la foto y remarcó con el índice–. Es un pen drive.

Las piernas me temblaron. Me dejé caer en una silla.

—No te entiendo.

—Sí, me entiendes –dijo y caminó con rapidez hacia la ventana. Luego me llamó y con su boca señaló hacia la calle. –¿Qué ves?

—A la izquierda un hombre y una mujer que conversan; a la derecha una muchacha que fuma sentada en un banco.

—Pues te diré lo que yo veo. Una mujer y un hombre conversan amablemente, con cordialidad, pero cada tanto ella se acomoda el cabello y él se arregla el cuello de su camisa. Ellos aún no lo saben, pero pronto estarán haciendo el amor. Y ahora observa hacia el otro lado de la calle, mira a la muchacha.

—¿Qué pasa? No veo nada especial.

—Tiene la mochila a un lado, fuma intranquila, cada tanto observa si alguien conocido pasa por el lugar, no tiene amigos y por eso está sola, y mira el reloj para saber a qué hora puede regresar a su casa sin despertar sospechas. Se ha escapado de clases y sufre acoso en su liceo. Tiene miedo. Gira el cuello con demasiada rapidez.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—La gente habla hasta sin hablar, Alonso. En tu fotografía apretabas en la mano algo importante. Luego se lo entregaste a Dimas, el periodista. Ese pen drive que se encuentra en su bolsillo en la tercera foto no se encuentra en la primera.

Me miré en el reflejo del vidrio. Estaba pálido.

—¿Y eso te parece importante?

—Eso es importante. Tú lo sabes, y como eres un lerdo no has querido contarme la verdad de lo que sucedió en Miami. Le diste un pen drive a un periodista, y luego la gente que estaba contigo empieza a sufrir consecuencias, empezando por él, que ahora está atrapado sin poder salir de Venezuela.

Me eché sobre el sofá. Cierto era que había esperado que Magdalena me ayudase sin entrar demasiado en el terreno de lo que sucedió estas últimas semanas. Me froté el rostro. Tomé aire. Aquella ciudad tan alta y tan cerca del cielo me hechizaba con su dulce lluvia pero también me apretaba el pecho.

—Es que es una historia…

—Alonso, la verdad es algo inmenso, inabarcable, que nos supera. Por eso casi siempre dentro de nuestra verdad dejamos siempre un detalle suelto; algo que nos guardamos para nosotros. Me dirás que tu historia es demasiado larga, pero si quieres que te ayude tienes que contarla entera.

—Tal vez… el asunto es que no me siento orgulloso.

—Pues no me hagas perder el tiempo –resopló Magdalena–. Te guardas tu historia. Quedamos algún mediodía para cenar unas marranitas y un arroz atollado por aquí cerca; recordamos los tiempos del liceo Villavicencio y luego yo me largo cuando termine de hacer lo que vine a hacer aquí –explicó con voz agria.

Cerré los ojos. Un zumbido recorrió mi cerebro.

—Tengo la fantasía de que si no hablo de ello el problema desaparecerá o que lo sucedido estas semanas no tendrá relación con ese encuentro en Miami. Prefiero pensar en las canciones de Carlos Vives que en lo que quizá pasó esos días.

Magdalena encendió la cafetera, puso el filtro y buscó agua caliente.

Se notaba mal humorada.

—El ex de tu esposa es un empresario que trabaja con los militares. Trabaja en importaciones. Tiene un montón de empresas de maletín en la que es socio de generales y jefazos del gobierno, empresas que han recibido dólares a bajo precio para importar medicinas.

Me rasqué la sien derecha.

—Carajo, ¿viste todo eso en el cigarrillo?

—No, querido, en el cigarrillo vi que tienes una mala sombra cerca de ti. Pero los detectives manejamos buscadores de internet mucho más sofisticados que la gente común.

En la tablet me mostró la foto de una vecina de mi edificio. No comprendí qué importancia podía tener aquello hasta que me mostró el fondo de la imagen. En la calle, mi esposa y mis dos hijos bajaban de un lujoso carro. Era una imagen secundaria, pues la fotografía estaba dominada por el rostro sonriente y los labios de bótox de mi vecina del piso cuatro.

—Anoté la placa del carro de donde se baja tu familia; hice un par de llamadas a Venezuela, el carro está a nombre del ex de tu esposa; busqué el nombre de ese señor y encontré información normal: las actividades

políticas a las que asiste, las fiestas, sus vacaciones en California, pero también conseguí un reportaje donde se le acusa de haberse robado millones de dólares fingiendo importar medicinas que nunca llegaban a su destino.

—Carajo, Magdalena, es que yo…

—Sí, el tipo es tremenda rata. Tu mujer está mejor contigo que con alguien así. Por sus negocios están muriendo miles de personas todos los días en los hospitales. Cada vez que ese señor se compra un apartamento en Madrid o en Nueva York (y en el reportaje dicen que tiene varios), es porque un montón de gente ha muerto de cáncer, hipertensión, diabetes, enfermedades renales crónicas, o una simple infección que en cualquier otro lugar del mundo era tratable… Pero cuenta… cuenta qué pasó.

Acaricié mis sienes. La sombra de un dolor de cabeza asomaba bajo mi piel.

—Es un hijo de puta, Magdalena. Tenía un carrito viejo y un apartamentico en La Candelaria cuando abandonó a sus hijos. Y ahora reapareció para inundarlos de regalos, el muy desgraciado. Si vieras las vacaciones que les da: Estados Unidos, Europa, parques temáticos, ropa carísima, juegos de video de última generación. Rata sucia. No creo que le interesen sus chamos, sino mostrar lo bien que le está yendo.

Magdalena se sirvió café y apretó la cinta con la que esa mañana domesticaba su leonina y maravillosa melena.

—Es la última oportunidad que te doy. Ya perdí la paciencia. Gasto más energías en saber qué me ocultas que en averiguar si puedes regresar a Venezuela sin peligro.

Caminé un rato por la habitación. Bajo mis pies, la alfombra mullida dejaba escapar un sonido terso.

—Un día, limpiando en casa el maletero, encontré un pen drive. Yo no recordaba haberlo dejado allí. Además, estaba en un sitio extraño, al fondo de una caja, cubierto de revistas viejas y envuelto en un trapito amarillo. No dije nada en casa. Lo miré esa noche.

—¿Qué esperabas encontrar?

—No sé. Documentos antiguos, biografías que había escrito hace tiempo, alguna foto. Pero lo que vi era un montón de documentos escaneados. Aquello era asqueroso. Las empresas falsas del ex de mi

esposa; los documentos acreditando los millones de dólares que ha recibido; las operaciones bancarias para desviar esos fondos; fotos con generalotes y con los capos del gobierno.

—¿Y qué hiciste?

—Nada especial. Dejé el pen drive en su sitio después de copiar los archivos en un pen drive diferente que me quedé yo. Y en las madrugadas, cuando todos dormían, los revisé con calma. No soy experto, así que muchas cosas supongo que no las comprendía del todo.

—¿Y por qué estaba esa información en el maletero de tu apartamento?

Miré a la pared. Sentí que la sangre se hacía espesa dentro de mi cuerpo.

—Hay dos opciones. Las dos me resultan horribles. El ex de mi esposa tiene libre acceso a mi casa y guardó en el maletero esa información tan delicada. La otra opción es que lo guardó mi esposa para cuidar a su ex.

—Lo hablaste con ella.

—No. La vida siguió normal… lo que no entiendo es por qué ese tipo acumuló esa información contra sí mismo.

—Es un seguro de vida. Con esa información puede incriminar a otros y así se asegura de mantenerlos callados; y si finalmente algún día estalla un escándalo internacional él correrá a ofrecer información a cambio de impunidad. El que canta primero es quien se salva. Ellos saben que en la propia Venezuela no les va a suceder nada porque controlan a los jueces, pero ya hay varios corruptos que han caído presos fuera del país, y todos para salvarse entregan lo que tienen a mano. El ex de tu esposa estaba tomando precauciones.

Asentí y estiré los brazos para despejarme. Luego tomé aliento y volví a hablar.

—Cuando pasé los archivos de uno a otro pen drive me di cuenta de que también había archivos de audio. Luego quise escucharlos pero no pude.

—El caso es que fuiste a Miami para entregarle esos archivos a Dimas.

—Para nada. Fui a Miami por un cliente. Una biografía que pensé podría sacar adelante. El asunto no cuajó. Perdí el viaje. Me encontré con

mis amigos por casualidad. Nos vimos algunas veces, los cuatro a la vez, o a veces con uno o con otro.

—Y llevabas el pen drive contigo.

—Siempre lo hacía. Nunca lo dejaba en casa. Para donde yo me moviese iba el pen drive.

Magdalena caminó por la habitación. Acarició la figura de María Lionza.

—Dimas no firma el reportaje donde denuncian las corruptelas con las medicinas. Lo hacen periodistas que ya viven fuera de Venezuela.

—No es el tipo de información con la que trabaja mi amigo. Él les pasó el pen drive a otros colegas y ellos lo trabajaron. Pero creo que quedan cosas allí por investigar, por exprimir. En los archivos de audio parece que se escuchan reuniones en los que altísimos jefes dan instrucciones a directores de hospitales de que no acepten donaciones de medicinas de onegés internacionales. Les dicen que la escasez debe mantenerse, que es una estrategia política.

—Cabrones.

—Sí. Ya no sólo es que así pueden hacer negocios millonarios, es que de ese modo machacan a la gente. La gente sin sus medicinas se muere, se anula. No hace falta dispararle a una manifestación si tienes a la gente desesperada buscando un antibiótico. Los aplastas.

—Un exterminio en cámara lenta.

—Eso mismo. Pero yo sólo leí algunos documentos; esos audios no los escuché. Me lo comentó Dimas después de que yo le entregase el pen drive.

—¿Y qué fue lo que ustedes acordaron?

—No acordamos nada. Yo le di el pen drive y ya. Y no fue algo pensado, fue un impulso. Una noche con varios whiskies le comenté que sospechaba del ex de mi esposa, le hablé de sus negocios. Él me dijo que a esos hijos de puta había que denunciarlos en el mundo. Y esa tarde de la foto…

—¿Qué pasó esa tarde, Alonso?

Mi amiga colocó una mano sobre otra y me miró con agudeza.

—Pues que llamé a mi esposa y le advertí que no había cuajado lo de la biografía, que estaríamos muy ajustados de dinero las semanas siguientes y

ella suspiró… suspiró y luego me dijo que no me preocupase, que ella tenía suficientes ahorros.

Magdalena alzó las cejas.

—Pero dices que nunca ha trabajado.

—Eso mismo. ¿De dónde carajo va a tener dinero mi esposa? Pues dinero que le da él, para los muchachos, para ella… quizá incluso para mí. Desde hace unos años lo de las biografías ha ido mermando. Ahora la gente satisface la vanidad con las redes; ya no quieren hacer libros con sus maravillosas vidas, sino que las exponen todo el tiempo. Y, sin embargo, en casa el poco dinero que yo ganaba iba alcanzando. Pensé que mi esposa hacía milagros, pero ahora comienzo a sospechar que ella rellenaba los agujeros con dinero del ex marido.

—Eso te indignó.

—Mucho. Así que miré las noticias, los testimonios sobre la gente que estaba muriendo en Venezuela por la falta de medicamentos y decidí darle el pen drive a Dimas. Ya te lo dije, fue una especie de impulso, nos estábamos haciendo fotos y le pasé la información en un instante, sin dar mayores detalles… pero Abel y Rogelio jamás supieron lo que yo había hecho.

—¿Y tú no has regresado a Venezuela desde ese momento?

—No. Seguí intentando con un par de clientes más en Europa, pedí dinero prestado, usé la tarjeta de crédito. Y el resto lo sabes, aquí estoy en Bogotá, esperando, esperando, como tú dices.

Dejamos de hablar unos minutos. En la entrada del hotel escuché ruidos. Un montón de adolescentes se apiñaban detrás de unas cintas de colores que habían colocado las personas de seguridad. Imaginé que algún cantante famoso o algún actor permanecía cerca de la puerta.

—Pues, Alonso querido, me cuesta pensar que lo que ha estado pasando estas semanas sea casualidad.

—Eso creo. ¿Sabes lo peor? Tal vez puse a rodar esa información no porque sea un hombre ético, sino porque quise vengarme. Ni siquiera cuando hago lo correcto lo hago por la razón adecuada. No soy un buen hombre, soy un patético marido celoso.

Al día siguiente fui caminando hasta la librería del FCE en el centro. Cerca de la entrada una señora cantaba desgarradoras melodías y se cubría con un paraguas para que la lluvia no la empapase. A sus pies había un sombrero donde la gente podía echar monedas, pero el sombrero permanecía vacío y se estaba llenando de agua.

Estuve un rato dando vueltas entre los anaqueles. Hechizado. Con la rara sensación de que paseaba por los escombros de una antigua memoria. En Caracas ahora resultaba muy difícil encontrar una librería en condiciones, con novedades, con el olor vivo del papel fresco y la tinta. Muchas habían cerrado, otras sobrevivían sacando de los almacenes antiguos títulos descoloridos que no se habían podido vender en su momento.

La librera, con mucha gentileza, me recomendó un montón de títulos. Estuve un rato paseando; el local tenía forma circular. «¿Un ángel puede vivir dentro de un círculo?», pensé.

Al fin me decidí. Compré algunos libros de cuentos y un par de poemarios. Los estuve ojeando en un café mientras aguardaba a que la lluvia concediese un respiro.

Desde que revelé a Magdalena la verdad de mi situación sentía que un nudo se apretaba en mi garganta. Era como si al contar mis sospechas al fin estas hubiesen cobrado cuerpo y se hubiesen convertido en algo muy tangible, muy sólido. Mientras no pronuncié lo que había sucedido en Estados Unidos tuve siempre la vaga esperanza de que el miedo me estuviese jugando una mala pasada.

Ahora, todo parecía cobrar una miserable nitidez. Mi gesto en Miami tal vez había significado la muerte de un amigo, la cárcel de otro, la incertidumbre de un tercero. Tuve la lucidez suficiente para comprender que no podía cargar eso sobre mis espaldas; no podíamos ser responsables de los actos de un torturador o de un asesino. Al menos esa certeza era necesario mantener.

Miré el reloj. Magdalena me había invitado a almorzar en Casa Vieja del Centro Internacional. Durante días, había visto ese lugar desde mi ventana del hotel sin dejar de preguntarme qué era aquella construcción antigua rodeada de edificios imponentes. Regresé andando. Muchos de los

lugares por los que paseaba ahora me traían el recuerdo de mi suegro, de sus desvaídas anécdotas sobre la ciudad. Yo le caía bien a aquel hombre porque escuchaba enteras sus historias, algo que su hija nunca fue capaz de soportar. Además, mi suegro detestaba a su antiguo yerno. Apretaba los labios al recordarlo, como si tuviese un buche de hiel en la boca.

Quizá si estuviera vivo yo podría comentar con él mis dudas; decirle que desconocía si podría volver a Caracas; decirle que desconocía si su hija continuaba a mi lado, o si por el contrario, la vida y el exmarido me habían relegado a un rincón penumbroso y maloliente.

Luego pensé que no, no habría sido un buen interlocutor para ese tema; fue siempre un guerrero. Odiaba los lamentos, las quejas, la pusilanimidad. Me apreciaba a mí, quizá porque nunca llegó a conocerme bien del todo. Ese tal vez debía convertirse en un truco para vivir: ocultarme, mostrarme a trozos.

Pedí una mesa. Magdalena aún no se encontraba en el restaurante. Al comprobar que había llegado antes de la hora lamenté no haberme pasado por la séptima para mirar un rato al Carlos Vives plateado. Habría estado bien contemplarlo con quietud, escrutar sus movimientos, escuchar esa cumbia que pasaba de momentos de euforia a momentos de melancólica lucidez, como si en la voz de Vives las mutaciones de la existencia pudiesen condensarse en un mismo fraseo y dentro de sus compases sucediesen palabras esenciales: palabras graves, palabras agudas, palabras densas, palabras leves; sonidos de tierra, sonidos gaseosos, sonidos húmedos, sonidos en los que crepitaba el fuego.

Mi amiga apareció con el rostro un poco encarnado por las prisas y miró su reloj al sentarse frente a mí.

—Sólo me retrasé cuatro minutos –exhaló una bocanada de aire–. Pero el ascensor no llegaba; hay alguna convención deportiva en el hotel y no dejaba de subir gente en chándal y zapatillas. No parecen profesionales; dan la impresión de ser una convención de contadores públicos que se reúnen a competir; creo que esta tarde va a haber una epidemia de meniscos rotos, tríceps desgarrados y hasta algún infarto.

De entrada, pedimos unas bolas de maduro y chorizo, de segundo, un calentado cachaco.

Lo cierto es que yo ordené la comida por ambos. No me extrañó. Salvo cuando hablábamos de mi caso (y entonces mi amiga cobraba bríos y parecía una gata con las uñas afuera), el resto del tiempo Magdalena se mostraba como un cuerpo desinflado, una sombra traslúcida.

—Bueno, bueno –dijo dándose palmaditas en su propia mejilla, como si quisiese hacer que la sangre circulara por su rostro–, estuve mirando los reportajes que se han escrito sobre las mafias que robaron el dinero de las medicinas.

—¿Y qué sucede?

—Dime algo, tú conoces los reportajes que aparecieron y los materiales que tenía el pen drive. ¿Hay muchas coincidencias?

—A ver, Magdalena. Los reportajes son más extensos. Manejan datos más amplios, manejan varias teorías. Es como si el material del pen drive fuese sólo una parte de lo publicado.

Magdalena miró al techo y achinó un poco los ojos. Miré sus manos; eran hermosas. Ya tenían alguna pequeña peca de sol, alguna arruga mínima, y a la vez eran muy hermosas.

—El que se hayan hecho públicos esos datos deja sin nada al ex de tu esposa para defenderse en el futuro; él ha quedado desarmado, sin nada que vender. Pero que su material sea sólo una parte del reportaje le dejará alguna duda razonable sobre cómo sucedió la filtración.

—Es decir, que sospechará de mí, pero que no tendrá certeza de que fui yo.

—Eso pienso. ¿Qué le contaste a Dimas sobre el pen drive?

—Nada. Ningún detalle. Estaba irascible, pero desde luego no le iba a decir que el pen drive estaba en el maletero de mi casa y que posiblemente mi esposa estuviese al tanto. Se lo di y ya.

—Abel muerto, Rogelio preso… pero Dimas está en su casa; es como si sospechasen algo de él, pero sin tenerlo claro…

—O a lo mejor es una casualidad… la mayor violencia fue contra mis otros dos amigos, los que nada tenían que ver con la filtración.

—Pero fueron los primeros en regresar al país… ¿Podían estar ellos en algún problema distinto?

—Hay noches en que me gustaría pensar que sí. Pero no, no lo creo.

Mi amiga alzó los hombros.

—No sé qué decirte. Esa posibilidad te aliviaría; hablaría de una casualidad siniestra. Pero pienso en algo más probable: torturaron a Abel y no pudieron averiguar nada de la filtración porque él nada sabía y entonces se les murió o lo mataron; torturaron a Rogelio y sucedió lo mismo; nada pudo contarles. Así que ya han comenzado a dudar. Están escrutando a Dimas para ir sobre seguro. Están esperando que cometa un error para caerle encima.

Un escalofrío me recorrió entero. Cubrí mis ojos con la palma de mi mano derecha. No era sencillo habituarse a la idea de que tus amigos estuviesen colgados de una tubería con unas esposas mientras les golpeaban las costillas con una manguera, o que los arrojasen desde un piso nueve al ver que habían sufrido un paro cardíaco.

Pedí un café.

Pensé en mi esposa, en mis hijos. Una mañana me despedí de ellos con la naturalidad de quien supone siempre estarán allí, como una referencia fija, como un olor familiar al llegar la noche, y ahora era como si se estuviesen borrando, como si fuesen una de esas fotos antiguas que comenzaban a perder sus colores.

Noté una vez más el gesto ausente de Magdalena.

—Te has molestado conmigo porque no te conté toda la verdad –le dije–. Pero tú tampoco lo has hecho.

—¿Qué dices, Alonso?

—Te sucede algo. Por el mucho tiempo que hemos pasado sin vernos no puedo decir que te conozca, pero durante cinco años de la adolescencia no hice otra cosa que mirarte cada segundo, encantado, embobado… No estás resolviendo ningún caso en este momento. ¿Qué haces aquí en Bogotá? ¿Cuál es el detalle de la verdad que falta en tu historia?

Magdalena sonrió con tristeza y me acarició la mano. Estábamos lejos de las ventanas; no podíamos mirar la lluvia, pero sí sentir su olor.

—¿Sabes? Si esto fuese un relato policial, Alonso, este sería el momento en que el mundo se pondría de cabeza.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que ahora mismo, mientras yo pido unas brevas con arequipe, tú comprenderías que todo ha sido una trampa. Que vine a esta ciudad para investigarte a ti; que el caso eres tú y que estoy averiguando cómo hiciste llegar los datos a esos periodistas que los publicaron. ¿Comprendes lo que te digo?

El florero salió volando y estalló contra el suelo.

La camarera recogió los pedazos sin mirarme. Yo incliné la cabeza como un gesto de disculpa que ella ignoró. Había sido un accidente. Agobiado por las palabras de Magdalena intenté tomar la copa de agua y la punta de mis dedos rozó el florero y lo lanzó fuera de la mesa como si fuese un avión al que se le apagan los motores.

Tragué grueso y hablé.

—Digamos entonces, Magdalena, que en ese momento yo me quedaría mirándote y sentiría que se me cae el alma a los pies porque descubro que no nos encontramos por casualidad, que te han contratado para averiguar en qué ando, para saber si fui yo el que filtró la información sobre la estafa siniestra con las medicinas.

—Eso podría ser una buena solución.

—Y entonces yo te habría facilitado el trabajo porque ya tendrías todos los datos. Y hasta me sentiría ridículo recordando que te comenté que vine a esta ciudad a buscar el ángel del poema de Mutis, el que guarda el secreto de la vida que no me atreví a llevar.

—Quizá eso haría que te pusieses muy violento. Eso podría explicar lo del florero que acabas de destrozar para indignación de la camarera que me ha traído estas estupendas brevas con arequipe.

—Pero faltaría saber quién te contrató.

—Punto importante. Hay dos opciones: el ex de tu esposa o tu esposa.

—Cierto. La primera no me encaja. He oído hablar mucho sobre ti. No eres una hija de puta. Jamás trabajarías para un gusano como ese. Quizás pensaría en mi esposa. Para una mujer que te dice que tiene un problema con su exmarido y su esposo creo que sí podrías trabajar.

Magdalena colocó su mano en mi brazo. Estuve a punto de saltar como si tuviese electricidad en la punta de sus dedos, pero hice un esfuerzo y le

sostuve la mirada; no encontré allí cinismo o ferocidad; en el fondo de esos ojos lo que había era el espesor de una derrota reciente, de una expectativa convertida en escombros.

—Bueno… –susurró Magdalena–, me sucede igual que a ti… eso que acabo de decirte sería estupendo en un relato policial, y tendría un aire más épico, más rotundo; como cuando tú me comentaste que entregaste el pen drive indignado por las miles de personas que están muriendo en Venezuela por la falta de medicinas, pero al final me dijiste que te quedaba la duda de si en realidad lo habrías hecho por un ataque de celos.

—No entiendo.

—Que esa solución de relato policial me la acabo de inventar porque me parece más interesante que mi propia vida de este momento. La respuesta es mucho más simple, resolví un caso en Medellín y me bebí una botella de vino para celebrarlo, y le escribí a un antiguo amante, un hombre al que quise mucho y le conté que me encontraba en Colombia, pues alguna vez pasamos unos días deliciosos en Bogotá.

—¿Y qué sucedió?

—Que él me contó que estaba en México en un tema de trabajo, que se escaparía una semana para pasarla conmigo, que aunque hacía diez años que no sabíamos el uno del otro, por favor lo esperase, que aquí recorreríamos la ciudad tomados de la mano, como una vez hicimos.

—Y en eso estás.

—Sí. No soy la malvada ni la buena de un relato policial, soy una mujer esperando a un hombre que ya es obvio nunca va a venir. Cada tanto me envía pequeñas excusas, posposiciones, me dice que espere un poco, que está punto de dar el salto a Colombia, pero ya van siete correos diciéndome que viene.

—Y el que va a venir viene… no lo avisa siete veces.

—Muy bien, Alonso, lo has pillado. Por eso me notas así. Quise mucho a ese tío.

—El hombre de tu vida… –murmuré.

Magdalena rio sin fuerzas.

—Totalmente. Sí. Todos tenemos muchas vidas. Así que él es el hombre de una de mis vidas; una de mis vidas más bellas. Nos conocimos

en esta ciudad, estuvimos juntos un mes; hablamos de alquilar juntos un piso al regresar a Europa. Pero subimos a Montserrate.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No sé si es verdad, pero escuché una leyenda que dice que los novios que suben a Monserrate y se besan mirando Bogotá, al bajar comienzan a vivir cosas terribles y terminan su relación.

—Jamás he escuchado eso.

—Pues eso nos sucedió. Tal cual. Peleamos a muerte la noche siguiente de haber subido a la montaña y él se marchó dando un portazo. Luego sólo supe de él por redes sociales, por noticias indirectas, hasta que ahora le escribí. Pero se ve que la leyenda es cierta y aquí me voy a quedar esperándolo.

Le acaricié la barbilla a Magdalena.

—Entonces ese era el detalle que faltaba. El que faltaba en la verdad de tu historia.

—Así es. Digamos que ahora estamos en paz –respondió mi amiga.

—¿Y seguirás aquí?

—Seguiré unos días, pero sin esperar a nadie. Ahora en la tarde tenemos una cita tú y yo; ya hay respuesta sobre tu asunto en Venezuela.

Desde mi estómago sentí una bola de hielo que subía hasta mi garganta y luego volvía a bajar.

—¿Me puedes adelantar algo?

—Bebe tu café y cruza los dedos.

A lo lejos vimos La Piscina, un prostíbulo inmenso con letras azules sobre un fondo blanco. Dimos algunas vueltas; no sé si Magdalena se confundió con la dirección o si pretendía verificar que nadie nos seguía. En una esquina se detuvo y miré un grupo de personas con banderitas venezolanas comprando en un negocio que estaba en la trece con calle diecinueve. Supuse que adquirían dulces para venderlos luego en el Transmilenio.

Tenían rostros pálidos, desolados.

Caminamos luego por la dieciocho con Caracas. Vi mujeres en las esquinas esperando clientes y conversando entre ellas. Frente a una óptica,

una mujer con el pelo castaño, vestida con traje de taller y con un catálogo de productos Avon, oteaba la calle. Magdalena me dijo que me acercase a ella y le dijese que la invitaba a un papelón con limón.

—Ella te va a corregir, y cuando lo haga, te dirá el sitio donde conversaremos los tres.

Esperé un par de minutos y me acerqué. La mujer me miró unos segundos, fingió tomar notas en un cuaderno y me dijo que le parecía estupendo tomarnos una aguapanela, que la esperásemos en un cafetín próximo llamado La Gran 18.

Magdalena y yo caminamos hasta allí. Un negocio con sillas verdes y espaldares de listones anaranjados. Buscamos un lugar hacia el fondo y esperamos un rato. Me distraje mirando las fotografías de las comidas que ofrecían en el lugar. La música de cantina estaba alta; rechinaba en mis oídos.

Comenzaba a impacientarme cuando la mujer que fingía vender productos Avon se sentó frente a nosotros. Pedimos refrescos de manzana para los tres.

—Bueno, les traje el recado de Estefanía –murmuró.

—¿Qué ha dicho?

—En principio… no hay ningún problema con esta persona y ese número de cédula.

—¿Qué significa en principio? –preguntó Magdalena.

—Que ahora mismo no hay ninguna alerta contra él –dijo señalándome.

—¿Está todo bien?

La mujer suspiró y extendió sus piernas.

—A ver. No. No está todo bien. Vamos con calma. Digamos que no hay una orden específica contra Alonso en este momento; pero hay casos en los que la persona puede entrar y cuando ya está en el país se activa una alerta. Básicamente lo que quiero decirles es que él entrará sin problemas, pero después podría haber cambios.

—¿De qué tipo? –pregunté.

—O te anulan el pasaporte para que no puedas salir, o te arrestan para interrogarte o simplemente se olvidan de ti y nunca pasa nada malo.

Entiendo que gente cercana a ti estuvo en un lío –dijo tocándome el pecho con la punta de su dedo–. ¿Hasta dónde estás salpicado?, eso lo sabrás tú. La gente del gobierno no lo sabe con certeza, pero tiene sus sospechas.

Magdalena me miró de reojo.

—Es muy amplio lo que dices.

—Lo sé. Pero es lo que hay ahora mismo.

Quedé un rato en silencio. Bebí el refresco de un solo trago. Me ardía la garganta.

—No es gran cosa lo que me ha enviado Estefanía –se quejó mi amiga.

—Yo creo que sí. Es una advertencia, pero además, por cierta cantidad me dice que puede ofrecerle un pasaporte venezolano totalmente limpio con otro nombre. Podría entrar desde Cúcuta y le entregarían una cédula nueva en San Cristóbal.

—Ni hablar, ni hablar… –dije moviendo mi mano con una enérgica negativa–. Yo no soy capaz de hacer eso.

Una pareja de ancianos pasó por la calle. Llevaban las manos llenas de bolsas y sombreros con dibujos grises.

—La otra opción –insistió la mujer–, es que hagas tu viaje normal y pruebes a ver qué pasa. Entras y esperas. Puedes probar. Quizá nada suceda. Seguro tu esposa se pondrá muy contenta de volver a verte.

Sentí que debajo de la silla se abría un agujero, y por el agujero me iba hundiendo yo, poco a poco, muy poco a poco.

Pasé el resto de la tarde mirando la tele en mi habitación. Vacío. Vacío de palabras. No estaba triste, ni alegre, ni angustiado. Yo no estaba. Era un par de ojos mirando un programa de concursos en la tele.

Sonó el teléfono. Magdalena me llamó y dijo que bajase a la entrada. Le advertí que no tenía ganas de pasear, pero ella insistió en que bajase en cinco minutos.

Me esperaba tras el volante de un carro alquilado. No escuché a dónde íbamos, pero permanecimos un buen rato en varios atascos. La lluvia golpeó las vidrieras del carro hasta empañarlas. Las limpié con la manga de mi camisa y en algunas tiendas vi árboles de navidad y adornos rojos.

Llegamos a una calle penumbrosa donde había mucha gente haciendo cola. El palo de agua había cesado pero el aire vibraba con una sensación húmeda, cristalina. Magdalena guardó el carro en un estacionamiento subterráneo.

—Deja aquí las monedas, el cinturón, los bolígrafos, el encendedor y los cigarrillos –me advirtió.

Obedecí.

Me puse al final de una cola y Magdalena señaló con su mano un estadio de fútbol.

—El Campín. No puedo llevarte al concierto de Carlos Vives porque ya fue hace tiempo, pero conocerás el estadio donde lo viste cantando esa noche, y además verás jugar al Santa Fe y al Junior de Barranquilla.

Tardé un rato en abrazarla. Lo hice con suavidad.

La cola de gente se movió con rapidez. Nos revisaron tres o cuatro veces. Una señora pequeña y gorda se ofrecía para cuidar los cinturones y las monedas de las personas porque la policía no permitiría que la gente los metiese al estadio. A quienes solicitaban sus servicios les daba un papel con un número, y luego se colgaba el cinturón en el cuello y ataba las monedas dentro de un grupo de bolsitas que anudaba en su brazo.

Magdalena compró tequeñones y agua para los dos. El césped brillaba. Era como si luces esmeraldas rebotaran sobre el aire. Descubrí que jamás había visto un juego de fútbol en vivo. Mi brazo y el brazo de Magdalena se rozaron varias veces. Traté de adivinar durante todo el juego el lugar donde habrían colocado el escenario sobre el que cantó Vives. Quise pensar que algún resplandor sonoro de aquella noche seguía persistiendo en este instante.

Mi amiga me preguntó si había hablado con mi esposa.

—No. En su momento dijo que no hablásemos por seguridad. Pero ahora comienzo a dudar si es por mi seguridad o por la de ella. Quizá yo fui sólo una bisagra de unos cinco años para que ella volviese a su punto de partida.

—En el mismo lugar y con la misma gente… –acotó mi amiga y supe que citaba la frase de alguna canción que ahora yo no recordaba–. Pero oye esto que quiero decirte, si por alguna casualidad tu esposa te llamase estos

días y te dijese que vayas a Caracas de inmediato porque ahora todo está bien…

Respiré hondo.

—No debo ir, ¿verdad?

—Exacto.

—Es decir, que lo mejor que puede sucederle a mi vida es que mi esposa no vuelva a llamarme para fingir que me da una buena noticia.

—Así es, Alonso.

—¿Y eso lo viste en la ceniza de un cigarrillo?

Magdalena concentró su mirada en el césped durante varios segundos.

—Sí –dijo con la sutileza necesaria para que supiese que me estaba mintiendo pero que no debía preguntar más.

Me pareció mejor así. No indagar. No saber lo que mi amiga había averiguado. No explorar en las complicidades que mi esposa tenía ahora mismo con su exmarido.

—Me habría gustado ayudarte –acotó.

—Tal vez en mi futuro había un sótano lleno de ratas.

—Tal vez.

Me llevé las manos a las orejas. Las tenía frías. Pensé que quizá era buena idea inventar un abrigo de orejas del que colgase un pequeño estuche en el que pudiese guardarse el celular. Preferí no comentar nada. No deseaba que mi amiga resoplase y mirase al cielo.

En el descanso sentí que Magdalena me contemplaba con fijeza. Había fulgor en sus ojos; en los míos. Durante segundos imaginé que al regreso del hotel la desnudaba y sentía el sabor de sus pechos inundando mi boca.

Fue extraño. En pocos momentos la mirada de mi amiga mutó en una inmensa fatiga. Me sucedió lo mismo. Fue como si el peso entero del mundo cayese lentamente sobre nosotros.

La luz del estadio me encandiló unos segundos.

Mi amiga y yo apoyamos cada uno la cabeza en el otro.

—Hasta respirar cansa… –susurré con voz rota.

La gente comenzó a cantar a nuestro alrededor, bailando y alzando los brazos: «Muchachos traigan vino, juega Santa Fe. Esta banda está de fiesta. Hoy no podemos perder. Muchachos traigan vino, juega Santa Fe».

—Mira lo que nos está pasando… –murmuró Magdalena mientras se iniciaba la segunda parte del partido–. Tú has venido a Bogotá para que Vives cante una de tus canciones, y yo estoy resolviendo el caso de unos contrabandistas de esmeraldas. Por eso estamos muy ocupados.

—Eso. Me gusta. Sí. Eso es lo que nos sucede.

—Y hemos acordado vernos aquí porque siempre hemos seguido siendo amigos, y porque en la fiesta cuando nos graduamos en el Villavicencio nos enrollamos después de que te vi bailando.

—¿Ah sí? Cuéntame eso…

—Claro, Alonso. En los jardines de una casa por Santa Elena. Allí nos metimos esa misma noche y allí amanecimos. Fue la primera vez que escuché el poema de Mutis, porque tú lo repetiste de memoria. Nunca hemos olvidado ese momento y ya no tenemos nada que demostrarnos el uno al otro.

Sonreí; me gustó aquello; debía participar de ese juego; debía hacerlo crecer. Pensé que asomar un detalle era mi opción. Nada grande ni pequeño existe sobre la faz de la tierra hasta que no cuenta con la precisión de un detalle.

—Y llevabas un collar hermoso, un collar con cuentas de madera, y traté de desnudarte con tanta rapidez que lo rompí sin querer y se regaron por todo el jardín y nos reímos mucho intentando recuperarlas.

El estadio soltó un ronco rugido de miedo.

El Junior hizo un gol; Magdalena asintió; luego dijo que nos marchásemos.

Al cuarto trago de aguardiente sentí que el cuerpo se calentaba y que cada músculo era capaz de encontrar sus exactos movimientos. Estaba en mi habitación del hotel y la canción retumbaba: «Esta es la cumbia de todos nacida en mi tierra. En una noche cansada rompió sus cadenas. Esta es la cumbia de todos, bailaba la bella». Y yo retumbaba con la canción, movía mis brazos, mis caderas, mis piernas. Caminaba hacia su centro, hacia su semilla más profunda. Recorría el salón entero buscando esa melodía que se iba moviendo para que yo la siguiese.

Bebí un largo trago. Fuego líquido. Algún día, cuando fuese posible, enseñaría a mis hijos a bailar así. Sólo para ellos: moviéndose dentro de la sonoridad más honda de una melodía sin que importase lo que sucedía afuera.

Sonó el timbre. Abrí. Era Magdalena: preciosa, indignada, feroz y con los ojos hinchados por el sueño.

—¿Se puede saber qué haces?

—Pasa, pasa… –le dije y la halé por el brazo.

—Es tardísimo. Va a amanecer. Mi habitación salta con el volumen de tu música. Vas a despertar al hotel entero.

—Después de que llegamos del estadio comprendí algo… –le dije bebiendo otro sorbo de aguardiente–. No podía dormir y recordé un paseo que hice por la séptima… El ángel, el ángel invisible…

—¿Qué sucede con él?

—Que está dentro de esta canción de Carlos Vives. Adentro, muy adentro.

Magdalena se sentó frente a mí. Yo moví la computadora para que la música se expandiese por el salón.

—¿Y entonces, querido?

—El ángel del poema de Mutis está dentro de esta canción de Carlos Vives y la manera de llegar a él es bailando esta canción sin descanso mientras uno mira Bogotá por las ventanas.

Mi amiga se puso de pie.

—No parece mala idea –dijo con un asomo de comprensión.

—Pues ponte ahora mismo, Magdalena. Entre los dos llegaremos antes. Tienes que meter la música dentro de ti y tú entrar en la música. Entera. Completa. Ser esa canción.

Mi amiga comenzó a moverse. Estaba en mejor forma física que yo así que pudo ser más enérgica. Los dos nos rondábamos, nos completábamos, pero también cada uno se movía dentro de sí mismo. Yo parecía bucear dentro de un agua luminosa, ella parecía abrir el aire como si fuese una gasa.

Le pasé la botella de aguardiente y bebió un largo trago.

El amante de Magdalena nunca vendría a la ciudad; yo no podría regresar a Caracas, y cuando amaneciese, mi amiga y yo tendríamos un dolor de cabeza feroz y tendríamos sed y nos dolería la luz en los ojos y un sudor frío nos quemaría la frente. Pero eso no importaba; eso sería después. Ahora bailábamos. La canción de Vives nos mecía y nos elevaba. «En el sistema solar hay un sonido nuevo. De Bogotá a Monterrey se escucha en los vuelos».

Cerré los ojos. Casi lo vi. El ángel tenía en sus manos un sonido de oro que nos estaba ofreciendo al extender sus brazos. Tenía la forma de un pequeño sol que mutaba del negro al blanco, luego al amarillo, luego al rojo. Casi lo vi. Luego volví a perderlo. Me moví con mayor sinuosidad. En unos minutos la gente de seguridad subiría para pedirme que apagase la música. Ellos no entenderían el ángel. Debíamos darnos prisa e ir hasta el fondo.

Magdalena se subió al sofá y desde allí sus brazos agitaron el aire de la madrugada. Le respondí agitando mis manos y mis hombros. Estábamos cerca. Podríamos hacerlo. Sí. Bebimos por completo la botella de aguardiente en un par de sorbos. La música volaba. Estábamos muy cerca y éramos felices.

El ángel, el ángel. Yo presentía el ángel.

Por la ventana vi el cielo de la ciudad: despejado, compacto.

Ya no llovía.

Bogotá-Madrid, noviembre-diciembre de 2018



L I B R O A L V I E N T O

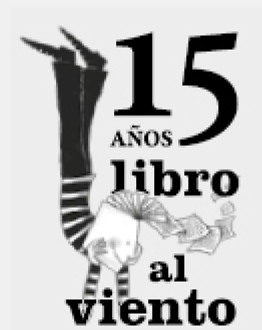
1 5 A Ñ O S

COLECCIÓN UNIVERSAL
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

COLECCIÓN CAPITAL
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

COLECCIÓN INICIAL
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

COLECCIÓN LATERAL
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



T Í T U L O S D E L P R O G R A M A

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla*)
Gabriel García Márquez

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de
Santafé y Bogotá) (2 ediciones)
José María Cordovez Moure

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
(2 ediciones)
Miguel de Cervantes

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos
Rafael Pombo

14 La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

15 ¡Qué bonito baila el chulo!
Cantos del Valle de Tenza
Anónimo

16 El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Chistian Andersen

18 Algunos sonetos
William Shakespeare

19 El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

20 Iván el Imbécil
León Tolstoi

21 Fábulas e historias
León Tolstoi

22 La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del Sol
Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poemas colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores

Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff,
León Tolstoi

37 CUENTOS LATINOAMERICANOS III
Julio Ramón Ribeyro,
Alfredo Bryce Echenique

38 CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 POESÍA PARA NIÑOS
Selección de Beatriz Elena Robledo

40 EL LIBRO DE MARCO POLO SOBRE LAS COSAS MARAVILLOSAS DE ORIENTE

41 CUENTOS LATINOAMERICANOS V
Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 TENGO MIEDO
Ivar da Coll

43 CUENTO DE NAVIDAD
Charles Dickens

44 MITOS DE CREACIÓN (2 ediciones)
Selección de Julio Paredes C.

45 DE PASO POR BOGOTÁ
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX

46 MISA DE GALLO Y OTROS CUENTOS
Joaquim Maria Machado de Assis

47 ALICIA PARA NIÑOS
Lewis Carrol

48 JUANITO Y LOS FRÍJOLES MÁGICOS
Cuento tradicional inglés

49 CUENTOS PARA RELEER
Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 CARTAS DE LA PERSISTENCIA
Selección de María Ospina Pizano

51 RIZOS DE ORO Y LOS TRES OSOS
Traducción de Julio Paredes

52 EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
Joseph Conrad

53 CUENTOS
Saki

54 CINCO RELATOS INSÓLITOS

H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la Barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística
San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León

59 Por la sabana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante
Biografía de Antonio Nariño
Eduardo Escallón

64 Viva la Pola (2 ediciones)
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 Soy Caldas (2 ediciones)
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 Relatos en movimiento
Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 Historias de mujeres
Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 El paraíso de los gatos
Émile Zola

69 Cartilla moral
Alfonso Reyes

70 Tierra de promisión
José Eustasio Rivera

71 PÜTCHI BIYÁ UAI. PRECURSORES
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia I
Miguel Rocha Vivas (2 ediciones)

72 PÜTCHI BIYÁ UAI. PUNTOS APARTE
Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia II
Miguel Rocha Vivas (2 ediciones)

73 GLOSARIO PARA LA INDEPENDENCIA (2 ediciones)
Palabras que nos cambiaron

74 LA HISTORIA DE RASSELAS, PRÍNCIPE DE ABISSINIA
Sammuel Johnson

75 ANACONDA Y OTROS CUENTOS
Horacio Quiroga

76 EL FÚTBOL SE LEE
Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza,
Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 ESCRIBIR EN BOGOTÁ
Juan Gustavo Cobo Borda

78 EL PRIMER AMOR
Iván Turguéniev

79 MEMORIAS PALENQUERAS Y RAIZALES (2 ediciones)
Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 RUFINO JOSÉ CUERVO
Una biografía léxica

81 ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES
Lafcadio Hearn

82 LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 CALIDEZ AISLADA
Camilo Aguirre
Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 FICÇÕES. FICCIONES DESDE BRASIL
Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 LAZARILLO DE TORMES

Anónimo

86 ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández BEF, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 LAS AVENTURAS DE PINOCHO
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 RECETARIO SANTAFEREÑO
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 CARTAS DE TRES OCÉANOS 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS
Textos portugueses sobre el mar

91 ONCE POETAS BRASILEROS
Selección y prólogo de Sergio Cohn Traducción de John Galán Casanova

92 RECUERDOS DE SANTAFÉ
Soledad Acosta de Samper

93 SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES
José María Cordovez Moure

94 FÁBULAS DE SAMANIEGO
Félix María Samaniego

95 COCOROBÉ: CANTOS Y ARRULLOS DEL PACÍFICO COLOMBIANO
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 CRONISTAS DE INDIAS EN LA NUEVA GRANADA (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 BOGOTÁ CONTADA
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA
Francisco de Quevedo

99 DIEZ CUENTOS PERUANOS
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA
Gabriel García Márquez

101 CRÓNICAS DE BOGOTÁ
Pedro María Ibáñez

102 DE MIS LIBROS
Álvaro Mutis

103 CARMILLA
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 CALIGRAMAS
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 FÁBULAS DE LA FONTAINE
Jean de La Fontaine

106 BREVIARIO DE LA PAZ

107 TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez

108 CARTA SOBRE LOS CIEGOS PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 BOGOTÁ CONTADA 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 POEMAS DE AMOR COLOMBIANOS

111 EL MATADERO
Esteban Echeverría

112 BICICLETARIO

113 EL CASTILLO DE OTRANTO
Horacio Walpole

114 LA GRUTA SIMBÓLICA

115 FÁBULAS DE IRIARTE
Tomás de Iriarte

116 ONCE POETAS HOLANDESES
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 SIETE RETRATOS
Ximénez

118 BOGOTÁ CONTADA 3

Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 Guadalupe años sin cuenta
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos

Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 BOGOTÁ CONTADA 5

Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 LA DICHA DE LA PALABRA DICHA

Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 EL HORLA

Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO

Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 SHAKESPEARE: UNA INDAGACIÓN SOBRE EL PODER

Estanislao Zuleta

138 VERSIONES DE LA INDEPENDENCIA

139 CUENTOS MÍTICOS DEL SOL, LA AURORA Y LA NOCHE

Teófilo Braga

140 FÁBULAS DE TAMALAMEQUE

Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 CANCIONERO DE ROCK AL PARQUE

142 BOGOTÁ CONTADA 6

Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez



* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca
y deja volar tu imaginación.





BOGOTÁ CONTADA 6
FUE EDITADO POR EL INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES
PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO,
BAJO EL NÚMERO CIENTO CUARENTA
Y DOS, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES
DE OCTUBRE DEL AÑO 2019
EN BOGOTÁ.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«Qué bonito, se me ocurre, todos estos San Andresitos regados por Colombia, islas piratas para corsarios de a pie.»

RODRIGO FUENTES

Propuestas no convencionales

LIBRO AL VIENTO LATERAL

El Instituto Distrital de las Artes - Idartes le recuerda que este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

«Al igual que ha venido sucediendo en las anteriores entregas, y esta [edición de "Bogotá contada"] no es la excepción, la ciudad se ha revelado como un semillero inagotable de historias.»

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL









Alcaldía de Bogotá